

FELIX
DE AZUA

Mansura



Lectulandia

En esta libérrima versión de la crónica de Joinville, Azúa relata las penalidades que rodearon una posible cruzada de catalanes a Tierra Santa en el siglo XIII. Cruzada posible pero poco probable. Sin embargo, la intención del texto es, evidentemente, otra. Algo de las ilusiones y decepciones de su propia generación pervive irónicamente en estos cruzados, a los que el autor trata con simpatía y distancia. Algo de aquella terquedad, todavía presente en ciertos fósiles del 68, y algo también de aquella mística. La curiosa mezcla de ingenuidad, exquisitez y brutalidad, tan propia de las crónicas medievales, tiene de ese modo una imprevisible segunda vida. Al centrarse con cierta minuciosidad en los acontecimientos reales que narra Joinville, Azúa ha tenido que despojar a su texto de todo artificio pesado y dejarlo en los cueros vivos. Todo lo más, con alguna cota de malla oxidada y un yelmo abollado. Así, desnuda y modestamente, se cuenta la historia de un fracaso.

Lectulandia

Félix de Azúa

Mansura

ePub r1.0
Titivillus 09.11.15

Félix de Azúa, 1984

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

AVISO AL LECTOR

El relato que vas a leer a continuación es una versión sumamente libre de una célebre, aunque poco leída, crónica medieval francesa, el Livre des Saintes Paroles et des Bons Faits de Notre Saint Roi Louis, obra de Jean de Joinville (1225-1377), caballero de la Champaña que acompañó al rey Luis en una de las últimas cruzadas de la cristiandad.

Las libertades que me he tomado con el original eximen de toda responsabilidad a Joinville, pero casi todos los sucesos que aquí se cuentan también los cuenta él.

Resulta muy arriesgado suponer que tal o cual rareza no pudo suceder en el siglo XIII pero tal otra sí. Quien, llevado por su curiosidad, lea la crónica de Joinville, comprobará cuántas veces lo increíble es más verdadero que lo posible.

Para nosotros, atrofiados por la información, es casi imposible concebir la aventura como algo más que una forma primitiva del expolio, o la sobredosis de disfraz que precisa toda empresa codiciosa. Pero si la aventura solo fuera negocio y latrocinio, no perviviría. La imaginación es la hermana eterna de la memoria mortal; es el recuerdo de lo que nunca sucedió, porque nada sucede como es debido. Ojalá este relato renueve la vida de un cruzado que peregrinó a Tierra Santa movido por la codicia, sin duda, pero también por la imaginación.

I. EN EL QUE SE PRESENTA EL AUTOR DE ESTA CRÓNICA

He nacido para morir y siendo mi muerte una cosa cierta, tanto que ni Dios puede impedirla sin menoscabo de la justicia, pues si todos los nacidos han de morir, la gracia a uno de ellos concedida sería agravio de todos los restantes, no debo, ni quiero, emplear mis talentos de manera mala. Es por ello que cuanto aquí se diga será verdad y cosa o acontecer que yo mismo he vivido.

Me anima a escribir el buen recuerdo que conservo del Rey, quien, siendo hombre nacido de mujer y tan flaco de carácter como cualquiera otro, tan sujeto a la tentación y a la indignidad, a la soberbia, al mal juicio, al abuso y la crueldad, y teniendo como pocos capacidad para dañar a gran número de gentes, pues en eso consiste la máquina del poder, siendo, como digo, hombre igual a todos, nunca le vi cometer error grave que no reparase en lo posible con reflexión y propósito de enmienda.

Difícil es evitar el mal, y no hay que demandar perfección ni siquiera a un rey, pero sí puede exigirse de todos el reconocimiento de la propia conducta, pues, a falta de esta virtud, sobre el mal que es natural en nuestras vidas se suma la ignorancia que no es natural en nosotros sino en los animales. Así y todo no es de extrañar que sean más numerosos los que eligen la ignorancia, pues conocerse a uno mismo es tarea que conduce, las más de las veces, al hastío.

He vivido junto al rey muy largo tiempo; al principio en razón de mi cuna, pero más adelante por deseo expreso suyo. Puedo decir que el azar me puso a sus pies, pero que él decidió no pisarme sino caminar a mi lado libremente y por gusto, como se verá a lo largo de este relato.

Son los poderosos aquellos que con mayor comodidad eligen algunos entre los muchos, y yo he sido un elegido de los poderosos, lo que ha dado origen a una preocupación mía muy acuciante que es la de ser yo justamente quien soy, y no cualquier otro. Pero este ser yo quien soy, más lo debo a quien me eligió que a mí mismo, y me creo obra de otro que quiso hacerme así tal como soy.

Estas son, pues, las dos razones que me empujan a contar lo que hoy comienzo, y es la una que mi personaje principal, el Rey, siempre supo lo que se hacía; y es la otra que entre las cosas que hizo me encuentro yo mismo. Gran distancia, sin embargo, entre mi personaje principal y aquellos otros como Aquiles y Odiseo que ni sabían lo que se hacían, ni supieron hacer de nadie el paciente narrador de la razón de sus trabajos. Dicen que hay bellos versos que cuentan sus aventuras, pero la hermosa caballería que representan de bien poco vale para caminar por la senda de la vida mortal. Mucho ruido, mucha vanidad, poco corazón, como no sea el del honrado Héctor ante cuyo penacho no solo lloró su hijuelo sino todos cuantos supieron la desgracia del caballero troyano, pues somos todos hijos de Héctor, que de Aquiles no puede haber descendencia y de Odiseo más valiera que no la hubiese. Aquellos de los

antiguos fueron tiempos tan desnudos de cuerpo cuanto de alma, que la tenían en cueros y limpia como un pez. Y pienso que el gran tamaño de sus pasiones era en parte debido al breve número de las mismas que conocían. Fuera de ira, soberbia y lujuria, poca cosa más. No es de extrañar que tan corto número de poleas diera tan enormes ruedas en la espaciosa estancia del alma.

Pero nosotros, cristianos, tenemos un número grande de registros, palancas, teclas y mecanismos pasionales que nos obligan a trabajar en delicado, pues unos a otros se empujan y obran por ocupar mayor espacio. Ni Aquiles ni Odiseo pudieron detener su carrera con el fin de yacer en un prado, escuchar la música y conversar sobre parientes muertos. No se les vio quietos en lo alto de una loma contemplando el apagarse del día. No pudieron perder el tino frente a un cuerpo doliente y un espíritu muerto sobre maderos, símbolo de todos los sufrimientos terrenos que ellos soportaron en la carne pero no en el seso. No sabían levantar fabricas del tamaño de un monte, sostenidas por árboles de piedra y cuajadas de cristales, en cuyo interior puede vivirse la soledad. Sus templos estaban abiertos y transitados como nuestros mercados. En fin, eran más tibios para la muerte y más perezosos para la vida. Y llevaban la bendita luz del mar en los ojos.

Yo no creo que nosotros los cristianos seamos mejores que aquellos antiguos, pero sí creo que, siendo como ellos, puesto que bien les comprendemos, ellos en cambio no nos comprenderían. Si los antiguos ganaron tierras y fama con una espada corta y un venablo, nosotros, que también tenemos espadas y venablos, las ganamos con ballestas y armaduras que en verdad anulan a las espadas y venablos. De modo que sobre ellos tenemos siempre la ventaja de volvernos antiguos cuando nos complace sacudir el yugo de la preocupación, pero ellos siempre serán lo que son, sin remedio.

Sin embargo, como dice el señor Salustio, los griegos no lucharon mejor que nosotros, pero tuvieron grandes cronistas. Y, ¿qué queda de una batalla si la memoria muere con el vencedor o con el vencido? Por esta tercera y mejor razón he querido poner por escrito los hechos y palabras de mi rey, no fueran a desaparecer con el último crujido de mis huesos, cuando la tierra los devuelva al lodazal en el que se formaron.

II. ALGUNAS HISTORIAS DEL REY QUE DAN MUESTRA DE SU CARÁCTER

Ya dije que el azar me puso a los pies del Rey, y es cierto. Nos separaban quince años de edad, trecho adecuado para la amistad entre aquellos que no son padre e hijo. Era yo uno de sus caballeros más jóvenes e inexpertos cuando él había alcanzado ya fama de guerrero. Conocía de oídas mi inclinación a la vida cortesana y le divertía la torpeza con que me mostraba en público. Un día me preguntó delante de dos frailes muy doctos si sabía yo decir lo que era Dios, y yo dije que Dios era lo mejor que cabía imaginarse. Dices bien, añadió, pero ¿qué prefieres: ser leproso o cometer un pecado mortal? ¡Mil pecados mortales antes que ser leproso!, contesté con un aspecto tan atribulado y dramático que le dio una tos asfixiante. Luego me afeó la respuesta con mucha severidad: No puedes ser leproso del cuerpo más allá de la muerte, dijo, pero puedes ser eternamente leproso del alma por un solo pecado mortal. Y al decirlo miraba a los hermanos teólogos con aire de quien también conoce trucos. Pues es verdad, contesté; no se me había ocurrido.

Así comenzó a tomarme afecto y ordenaba que le acompañase a todas partes. A un buen número de caballeros crecidos y notorios, tanta preferencia no les gustaba nada. Y es natural, porque los viejos siempre ven con malos ojos al joven que se mezcla con ellos; recuerdan demasiado bien los defectos de la juventud y les avergüenza reconocerlos.

En otra ocasión supo el rey que yo le había robado su jilguero a María de Montpellier, doncella de quince años, pero muy crecida y objeto de atención. No robes nunca, me amonestó, pues tendrás que devolver lo robado, y devolver deja la garganta en carne viva. Al decir esto, el rey hacía unos gestos muy expresivos con los dedos y señalaba a hurtadillas a Hug de Mataplana, caballero enjuto, cerúleo y aquilino, a quien todos sabíamos muy ladrón.

El jilguero murió antes de que pudiera devolverlo y tuve que fatigarme dos noches seguidas para cazar un ruiseñor. Resultó luego que en mi ignorancia había cazado una buscarla, y me vi obligado a comprar un jilguero poco lucido al moro, pero María no lo quiso ni mirar. Dicen que para entonces tenía la casa llena de pájaros a cuál más importante; Jordi de Sant Jordi le hizo llegar su halcón Venamí, Guillem de Pinós envió una cigüeña muy vieja, y el señor obispo de Gerona le quiso regalar el palomar del cabildo pero topó con mucha oposición.

El inicio de mi educación tuvo momentos difíciles. Un día que habíamos viajado a Gerona para celebrar la fiesta de Pentecostés, el maestro de armas me tomó de la túnica y estirando de una punta me llevó hasta el rey como quien arrastra una cabra. ¡Debéis avergonzaros, gritaba, por vestir un guardacós que vale más dineros que el del rey! Yo estaba confundido y colérico, aunque también algo lloroso, así que

repliqué con furia que tal me habían vestido mis padres y que el maestro de armas, siendo de peor cuna y vistiéndose él solo, llevaba una capa de xamete, que es seda de Damasco de muy mayor precio que toda mi indumentaria junta. El rey intervino, y como no podía desautorizar a su maestro de armas, dijo que era preciso vestir de modo que los viejos no nos acusasen de exceso, ni los jóvenes de defecto. Fue una sentencia muy celebrada y gustó sobre todo a los jóvenes, a quienes un hombre crecido que no sea vistoso y apersonado les parece miserable. Los mayores de la concurrencia se mesaban la barba consternados y miraban sus borceguíes y calzones con disimulo.

Aunque el rey era afable y bondadoso de carácter, no por eso tenía distraída la propia dignidad. Eso lo supe casi por casualidad y como de refilón un día que estuvimos a punto de zozobrar. Andábamos embarcados y a punto de avistar el puerto de Salou cuando un viento Garbí pequeño y despreciable nos dio tal golpe que a punto estuvimos de irnos a pique. Yo vi en el rey una expresión de asombro. Luego le oí musitar para sí mismo que si un viento tan pequeño acababa con un rey tan grande y con toda su gente es que el mayor de los hombres no es nada enfrentado a una bestezuela imbécil o un viento sin pena ni gloria. En aquel momento sentí que todo era amenaza y que un gran silencio o luz nos envolvía. Cuando me pasó el miedo vi que tenía la mano en la espada, como dispuesto a blandirla contra la naturaleza. Las barbas del rey ondeaban por sobre su hombro como jirones de nube y dibujaban un signo lleno de misterio.

La fe cristiana del rey era tan fuerte que a todos nos llegaba, del mismo modo que el calor de un gran fuego en el hogar alcanza hasta los centinelas del portal. Cuando me escuchaba dudar de algún dogma, pues soy obtuso de entendimiento para las cosas oscuras de la religión, no hacía sino gritar «¡Simón!», y esto era porque una vez, discutiendo yo sobre una verdad de la fe (si no recuerdo mal me parecía difícil de creer que un muerto resucitara después de tres días, aunque hoy lo entiendo perfectamente), el rey me preguntó cómo se llamaba mi padre. Simón, dije. ¿Y cómo lo sabes? Porque así le llama mi madre, respondí al cabo de un rato de cavilar. ¿Tienes alguna prueba mejor? No, ni falta que me hace. Entonces el rey dio un gran golpe sobre la mesa y gritó: ¿Pues cómo te atreves a tener más confianza en tu madre, a quien todos conocemos y sabemos de lo que es capaz, que en San Mateo Apóstol? Y yo, que no había reparado en ello, comencé a ver el Evangelio con otros ojos; y también a mi madre.

Y es que la fe cristiana, cuando está fuerte, es más agradable de llevar que cuando está endeble, así como más agradable es la ballesta bien ajustada y tensa que una temblorosa y desencuadrada, cuyas flechas acaban por hincarse en el muslo del ballestero. El rey, por ejemplo, estaba jugando a la pelota el día en que la sagrada hostia de Olot comenzó a sangrar. Acudieron dos canónigos sin resuello, sudados y cubiertos de polvo. Habían cabalgado toda la noche para avisar al rey y pedirle que acudiera de inmediato, no fuera a terminarse el milagro y se quedara sin verlo. El rey,

que estaba ganándole un centenar de doblas a Guillem de Montcada, ni siquiera dejó de jugar. Se negó en redondo a salir hacia Olot. Id vosotros, nos dijo a los presentes, que yo ya me lo creo sin necesidad de verlo. Así tendré un premio mayor en el cielo pues, sin haber asistido a un solo milagro, mi fe es tan firme como una roca. Y dando un manotazo tremendo a la pelota acabó de ganarle a Guillem de Montcada el último tanto; este, una vez derrotado, añadió algunas cosas sobre la sagrada hostia sangrante de Olot que nos obligó a toser como condenados, no fueran a oírle los canónigos. Así que decidimos todos fortalecer nuestra fe y los canónigos regresaron a Olot solos, pero muy edificadas.

III. DE UNA ESCARAMUZA QUE TUVO LUGAR EN BESALÚ

La primera vez que vi al rey en persona fue cuando reunió la corte en Barcelona el día de San Juan del año 1241. Se le veía muy bien porque era un palmo más alto que los demás barones y caballeros de la corte, muy cumplido de miembros, rostro grande y lucido, nariz larga, cabello pajizo, brazos gruesos, manos peludas y dedos cortos. Las piernas las tenía, a mi entender, arqueadas, aunque vigorosas y bien hechas. Parecía estar flaco a causa de su estatura, pero era robusto, como demostró en una disputa que sostuvo con su tío Pere Ahonés, a quien agarró de las muñecas y no le dejó sacar la espada. Luego lo tendió en el suelo de un cabezazo. Tenía el rey entonces dieciocho años y lo hizo para no herir a su tío o ser herido por él.

Recuerdo que en esa fecha de San Juan tenía a su derecha al conde de Ampurias, quien había sido armado caballero ese mismo día. Enfrente del rey comía Nuno Sanç, conde de Roselló, quien se decía muy amigo de la reina madre y protector del huérfano coronado. Algo debe de haber de cierto porque muy raro es que los barones catalanes no hubiesen aprovechado la infancia del rey para aumentar sus riquezas y dominios, y es que este Nuno Sanç lo debió de impedir. Al rey le servía Bernat Guillem d'Entença, tío suyo, hombre poderoso pero de salud muy delicada. A la reina la servía un alemán de unos diecisiete años a quien se daba como hijo de Santa Isabel de Hungría. La reina besaba al joven alemán cuantas veces lo tenía a corta distancia, pues en aquella boca, decía, habían descansado mil veces los labios de una Santa. Estos son mis recuerdos más antiguos del rey.

Tres días después del suceso de la hostia sangrante de Olot, supimos que Bernat Guillem d'Entença, el tío del rey al que acabo de aludir, había reunido un ejército en Besalú, que es ciudad muy fría en invierno por las nieblas del río, pero agradable en verano, y que hostigaba a las gentes del rey, el cual decidió aceptar el combate quizás por visitar de nuevo aquellos campos tan amenos. Bernat Guillem d'Entença había unido sus fuerzas a las de su primo, el barón de Besalú, un borracho que sabía leer latín.

Nuestro ejército, poco numeroso pero de ánimo muy exaltado, se dispuso en la falda del monte sobre el que ha ido creciendo la ciudad, a la que solo puede entrarse por un puente de piedra que no parece obra nuestra de lo muy sólido y decente que se ve.

Los soldados del rey comenzaron a agolparse en el puente y caían al río como sacos de arena; otros cruzaban las aguas en barcas de troncos atados con esparto, pero se les veía amedrentados por el color rojo que iba tomando la corriente. En eso, el rey, que parecía aburrirse, espoleó a su caballo y se metió en el río. Los hombres de Besalú creyeron que el asalto estaba ganado, pues no comprendían que el rey pusiera su cabeza tan a tiro, y echaron a correr por las calles de la ciudad, que son todas de

piedra. Luego supimos que Bernat Guillem d'Entença había golpeado a su primo, irritado por la cobardía de los hombres del barón. Al parecer el barón se había dormido en una de las atalayas.

Cuando entramos en la ciudad salieron a nuestro encuentro muchos judíos de larguísimas barbas. Querían vendernos las espadas, venablos, bacinetes, ballestas y copagorjas abandonados por los soldados huidos. Era como tratar de vendernos leche de nuestra propia vaca. Tiramos dos o tres judíos al río y nos quedamos con sus hijas, que son muy buenas para yacer. Pero en las capitulaciones tuvimos que devolverlas.

Bernat Guillem d'Entença se rindió al rey de muy mala gana y tuvo que cederle gran parte de sus tierras, que están cerca de la marca de Francia y son muy ricas y tienen muchos hombres. Quedó obligado, además, a pagar una renta anual muy cuantiosa, aunque no puedo decir la cifra pues por entonces el rey no me había puesto al frente de su administración y yo andaba mezclado con otros jóvenes tan petulantes como yo, entretenido con las guerras pero sin curiosidad por la cuestiones de Estado.

Por cierto que uno de los jóvenes que allí pelearon, el caballero Jordi de Sant Jordi, tuvo una gran alegría y voy a explicar por qué. Cinco años atrás, su padre había sido ultrajado por Bernat Guillem d'Entença, hoy rendido y preso, en una partida de bolos. No pudiendo tomar venganza inmediata, pues el ofensor andaba, como era su costumbre, rodeado de secuaces bien pagados y armados, juró no cortarse el pelo hasta que él mismo o un caballero cristiano hubiese cobrado venganza del insulto. El joven Sant Jordi estaba muy avergonzado por la mala apariencia de su padre, cuyos cabellos se le esparcían por la espalda como a la Magdalena, lo que unido a una barba que le crecía muy tupida y rizada, le daba un aire confuso. Cuando Bernat Guillem d'Entença se arrodilló en Barcelona ante el rey y toda la corte para que le fuera concedida la gracia, el padre de mi amigo se hizo traer unas podadoras y con gestos exagerados que no pasaron inadvertidos por nadie, se cortó el pelo. Quedó el suelo como alfombrado a la mora; Jordi de Sant Jordi derramaba lágrimas muy gruesas y su padre nos miraba a todos con el gesto ufano y altivo del gladiador.

IV. SE CUENTA LA ENFERMEDAD DEL REY Y SU POSTERIOR PENITENCIA

Ese día se festejó mucho en Barcelona, y yo no sé si como resultado del trajín, el rey cayó enfermo y comenzó a desecar y a fallecerle la fuerza. Su estado llegó a ser tan grave que una de las doncellas cuidadoras creyó verle muerto y extendió la sábana para cubrirle la cara, pero su compañera dijo que no había sentido salir el alma del cuerpo y volvió a descubrir al rey, el cual, quizás por causa del gran susto, pues todo lo había oído, se incorporó temblando y requirió la cruz. Todos nos alegramos mucho de su restablecimiento tan supino, pero al saber que se había cruzado nos quedamos un tanto mohínos. Tratamos de hacerle ver que una promesa en el lecho de muerte no vale, como bien han predicado muchos santos hombres, pero no hubo modo de convencerle: la promesa estaba hecha y no podía remediarse, así que nos cruzamos también Berenguer d'Entença, hermano del traidor y muy buen caballero; Bernat d'Entença, hijo del anterior; Hug de Mataplana, Jaume d'Alerig; Guillem Cervelló, muy noble caballero, sordo de ambos oídos; Mateu Rocabertí, perteneciente a un honrado linaje de señores con pendón propio; el maestre hospitalario Hug de Forcalquer; Bernat Dessert, tremendo luchador y caballero salvaje, según decían las malas lenguas; Pere Bearn, primo del rey y viejo de cuarenta años; el obispo Hug llamado el Negro por lo oscuro de su piel y lo abundante y cetrino de sus cabellos, que más parecía un oso que un hombre de Iglesia; el maestre del Templo Guillem de Montrodón, leridano de abundantes cejas; el obispo Jaume Sarroca, hombre delgado y pequeño, de manos afiladas como tijeras; Ramón Alemany, el más cumplido caballero de Gerona; Jordi de Sant Jordi, de quien ya he hablado; y yo mismo, porque estos eran también mis amigos y no iba a quedarme solo en Barcelona. Dejaba el rey en Barcelona a su madre como reina regente, lo que era muy buena cosa pues se trataba de una dama ante la que temblaban muchos caballeros; tenía por nombre Aurembiaix y no he conocido luego a ninguna otra mujer que se llamara así, Aurembiaix.

En total nos cruzamos veinte caballeros y decidimos pasarlo lo mejor posible en tanto no peregrináramos a ultramar. Pero tan agradablemente nos entretuvimos que sin darnos apenas cuenta llegó el año de 1248 y comprendimos que ya no se podía retrasar más la peregrinación pues no es aquella tierra a la que convenga viajar con muchos años a la espalda.

Debo decir que yo tomé la decisión de cruzarme junto a mis amigos, pero sin ardor. Solo un pensamiento me consolaba y era la acogida de las gentes a nuestro regreso, y las historias que podría contar tras mis aventuras en Tierra Santa. Este consuelo era endeble, ya que todos mis amigos se venían conmigo a Tierra Santa. ¿A quién, pues, se lo contaría? Entonces sentí un vivo dolor en el pecho y caí de rodillas,

al considerar que tampoco podría contárselo a María de Montpellier porque a mi regreso ya la habrían casado sus padres. Más tarde supe que otros había en la expedición a quienes también sobrecogió este pensamiento, y con tal fuerza que también ellos hincaron las rodillas como heridos.

Así que cuando llegó la Pascua de 1248, regresé a mis tierras de Sils con hombres y vasallos para disponer mi partida. La víspera de esa fiesta de Pascua me nació el primer hijo, a quien puse por nombre Arnau, que así se llamaba el padre de mi primera mujer, hija de Arnau de Cervelló. Pasamos una semana entera en festejos, ya que muchos caballeros ofrecieron banquetes por este motivo, más por temor a mi suegro, hombre poderoso y altivo, que por darme alegría; pero llegado el viernes, y antes de que el vino me lo impidiera, hablé en estos términos: Señores, ya sabéis que voy a peregrinar a Tierra Santa y no sé si volveré. Acercaos; si algo malo os hice, lo repararé a gusto del ofendido, pues no deseo que mi primogénito herede ofensas que no pueda satisfacer. Y pasé a reparar mis errores, aconsejado por gentes de mi tierra, quienes, por cierto, vieron codicia en algunas pretensiones de los demandantes. Así y todo, quise dejar el camino limpio a mi hijo.

Llevar dinero a la Cruzada es tirarlo al mar, así que doné a mi mujer la renta de las tierras, incluidas las de Caldes, que son muy benéficas, y cuando me embarqué era tan pobre como un escribano, pero pude armar nueve caballeros y dos abanderados; lo mínimo para salvar el decoro. Cuatro largos años pasé en Ultramar.

El día en que me preparaba para abandonar Sils, llegó un mensajero de Jordi de Sant Jordi preguntándome si deseaba alquilar la embarcación a medias, ya que también él era caballero de pocos recursos y con un padre en buen estado de salud. Acepté complacido por el ahorro y la compañía, me despedí de mi mujer y de mi hijo, y di orden de marchar.

V. HISTORIA DE UN CLÉRIGO MUY FIERO

Unas horas antes de entrar en Barcelona nos cruzamos con una carreta en la que se amontonaban tres hombres muertos. Detuve al carretero para satisfacer mi curiosidad y me contó este hecho singular. Los tres cadáveres habían sido centinelas muy elegidos para la guardia de Palacio, pero aprovechaban la oscuridad de la noche para despojar a los paseantes en las callejuelas que rodean el edificio, las cuales son muy estrechas y mal alumbradas. Toparon los centinelas con un clérigo y contrariando la ley de Dios le dejaron desnudo. El clérigo llegó hasta su casa, tomó una ballesta y mandó a su criado que le acompañara con el hacha, la cual era de esas que nosotros llamamos de pico de halcón y los castellanos llaman de pico de cuervo, nunca he sabido bien por qué, pues cuervos y halcones tienen picos muy distintos. Volvió luego a Palacio y divisando a los ladrones gritó que les iba a matar. Aprestó la ballesta y atravesó el corazón del primer centinela. Los otros emprendieron la huida, pero el clérigo tomó el hacha de manos del criado y salió en su persecución. Alcanzó al segundo cuando trataba de escalar un muro y el golpe fue tan certero que le cortó la pierna izquierda, la cual quedó colgando a la luz de la luna que estaba plena y clara, sostenida por el refuerzo del calzón. Al tercero lo encontró en una casa de hospedaje que regenta un matrimonio aragonés a la vuelta de la Catedral, y fueron los mismos aragoneses quienes dieron el aviso a pesar de las promesas de oro del centinela, pues estos aragoneses son gente muy aviesa que goza mucho con el dolor ajeno y prefieren perder dinero pero ver sufrir a un semejante. Tal fue el golpe del clérigo que rajó la cabeza del centinela hasta los dientes. Hecho lo cual el clérigo se presentó en Palacio y contó lo sucedido. Los capitanes de la guardia avisaron al rey, quien se personó apenas cubierta la camisa con una manta. Mandó recoger los cadáveres y cuando se los hubieron traído examinó con gran atención las tremendas heridas. Al ver el cráneo hendido levantó los ojos y se mesó la barba. A continuación dictó la siguiente sentencia: Señor clérigo, dijo, habéis perdido vuestro carácter de ministro de la Santa Madre Iglesia al derramar sangre, por justa que fuera vuestra causa, de manera que soy yo el único que debe juzgaros. Tres de mis mejores hombres son ahora carnicería inservible por efecto de vuestra cólera. Además, agredir gente de mi ejército es agredirme personalmente. La muerte es poco castigo para vos, de modo que en penitencia os condeno a hacer peregrinación a Tierra Santa, y para que yo mismo pueda vigilar que cumplís la sentencia, formaréis parte de mi escolta.

Así que acabó el relato del carretero, miré yo mismo los cuerpos y comprobé la verdad de los detalles, excepto en lo tocante a la pierna, que iba suelta y acomodada al lado del centinela muerto, como el ternero junto a su madre, pues como es natural les habían desnudado sus paños con el fin de darles sepultura en igual estado en que nacieron, ni más ricos ni más pobres. Este clérigo anduvo un tiempo entre

nosotros, asombrándonos con su fortaleza y habilidad para la pelea, pero antes de la partida escapó con su barragana, que era una mujer muy grande y hermosa, de cabellos rojos. Al parecer fue ella la que no quiso verle en una cruzada, y él la tenía en muchísima estima, lo que es frecuente entre los hombres robustos.

VI. COMIENZA LA CRUZADA

En el mes de agosto ya estaba todo dispuesto para embarcar, y lo cierto es que tanto Sant Jordi como yo así lo deseábamos, pues en esos meses de calor la ciudad de Barcelona huele a podredumbre y todo está seco y enfermo, y el cielo es de color blanco, muy poco alegre de ver. El piloto de nuestra nave hizo abrir las cuadernas de popa para que entraran los caballos en la sentina, y luego volvimos a cerrar y calafatear, como si se tratara de un tonel. Una vez instalados los caballos, que son lo que más sufrimiento y trabajo da en estos viajes, el piloto mandó a los sacerdotes que cantaran, y así lo hicieron. Al sonido del *Veni Creator Spiritus*, los marineros izaron las velas, las cuales parecían hincharse más por el canto que por el viento. Y de ese modo, sin percatarnos, perdimos de vista la tierra que nos parió, y una tristeza muy grande tenía a todos atenazada la garganta. Jordi de Sant Jordi no quería mirar atrás y simulaba haber percibido otro navío en el horizonte, hacia donde señalaba con el dedo.

Nosotros, los hombres de tierra, no podemos comprender a los marineros, ni qué gente es esta que pasa años de peligro constante para acrecentar la riqueza ajena, siendo el beneficio de quienes soportan una fatiga y un esfuerzo infinitamente menor. Ahí los veía yo atareados día tras día, sin ocio ni holganza, lejos de mujeres e hijos, como demonios del infierno que vivieran en una hoguera azul. Y aún chocaba más el oírles cantar cada vez que arriaban una vela o izaban otra.

Pasadas muchas semanas nos ocurrió algo maravilloso. Bogábamos por las costas de Berbería, cuando apareció ante nosotros una montaña redonda y pelada como un yelmo ardiendo bajo el sol. Pero a la mañana siguiente seguíamos delante de la montaña, a pesar de que las velas en ningún momento se deshincharon y el agua se abría a los costados de la nave. Lo mismo sucedió al día siguiente y también al tercero. Se levantó gran malestar entre los marineros, no por la magia del asunto sino porque los piratas sarracenos son muy abundantes en aquellas aguas. Mis hombres, en cambio, tenían a la extraña roca por un encantamiento de la mar. En eso se me acercó el canónigo de Santa Pelaya y nos aconsejó a Sant Jordi y a mí que hiciéramos tres procesiones durante tres sábados seguidos. Según nos contó, en su parroquia nunca hubo falta de agua ni exceso de lluvia que no se remediara mediante tal procedimiento. Sábado era cuando lo dijo, así que hicimos la primera procesión en torno a los dos mástiles, lo que me causó un fuerte mareo, pero ciertamente ya no volvimos a ver la montaña y al tercer sábado avistamos Chipre.

Debo decir que siempre me ha asombrado el misterio de la intercesión divina, la cual no acaece de manera natural, como los rayos del sol o el fruto del árbol, sino más bien por arte, y muy exacto, como para hacerse notar, de manera que han de ser tres los sábados y no dos, cuatro o uno, y lo digo pues conviene saberlo y hacer uso de

ello, pues es tontería tener los campos secos o anegados cuando el remedio es tan simple y a nadie produce molestia ni daño. Así están los campos sarracenos, en toda la África desecada, por no conocer estas maravillas y por adorar a un dios escaso.

Cuando llegamos a Chipre hacía ya días que el rey había levantado el campamento. A todo lo largo de la playa se amontonaban las grandes barricas de vino, las cuales, vistas a distancia, semejaban pirámides como las que se dice hay tantas por estas tierras y son de piedra, muy altas, y dan hechizo. El grano, desembarcado a espuestas, formaba montañas más altas aún que las pirámides de barricas. La lluvia había hecho germinar el grano de superficie, de manera que la masa de centeno y de cebada estaba cubierta por un manto de hierba. Cuando llegó la hora de partir para Egipto, mucho más tarde, los soldados arrancaron la costra verde y apareció el grano tan fresco y lozano como acabado de aventar.

VII. EL REY RECIBE UNA EMBAJADA DE TARTARIA

Durante su estancia en Chipre, el rey recibió en audiencia a dos embajadores del gran rey de los Tártaros, quienes hicieron saber que su señor estaba deseoso de ayudar a la conquista de Tierra Santa y a la liberación de Jerusalén, pues sentía un odio terrible contra los sarracenos, a quienes deseaba exterminar como plaga de langosta. El rey se dio por enterado, despidiéndoles muy amablemente y encomendándoles como regalo una tienda en forma de capilla que costó muchísimo dinero pues estaba cosida con finos baldoques de escarlata. Empeñado el rey en convertir a todos los paganos, había hecho pintar en el interior de la tienda las imágenes de la Anunciación y demás misterios de la fe, tarea que fue llevada a cabo por unos maestros pintores bizantinos cuyas larguísimas barbas estaban siempre manchadas de polvo dorado y brillaban al sol como melenas de bronce.

Visité la tienda antes que la doblaran para el transporte y perdí el aliento cuando vi la figura de Santa María pues, haciendo excepción de un ligero tinte verdoso, era el rostro mismo de María de Montpellier, sus mismos cabellos pajizos, sus mismos ojos, su mismo cuerpo ceñido en un brial bordado con hilo de plata, obsequio de su padre el francés. Quedé como en éxtasis pues no sabía separar el amor que me inspiraba nuestra Santa Madre, y el otro, Dios me perdone, que me inspiraba la doncella. De entonces en adelante ya nunca he podido distinguir lo uno de lo otro, como dicen sucedía entre los antiguos, que no veían diferencia entre doña Afrodita, la diosa, y las mujeres mortales que despertaban su amor. El caso es que, sin poderlo remediar, empuñé el cuchillo y marqué en el palo tendal dos Emes unidas, para que su nombre llegara a tan apartadas tierras como las de Tartaria.

Volví a la tienda todos los días hasta que dos frailes predicadores que conocían la lengua de aquellos lejanísimos extranjeros partieron con ella y con el encargo de explicar al rey tártaro lo que las imágenes significaban y cómo había que creer en ellas. Estos frailes tardaron dos años en regresar y encontraron de nuevo al rey en Malta. Ya explicaré, llegado el momento, cómo fueron recibidos en Tartaria y las muchas maravillas que allí tuvieron lugar.

VIII. EL AUTOR CONTRAE UNA DEUDA. PISAMOS TIERRA SANTA

Una vez entregada la parte que me correspondía del alquiler de la embarcación ya no me quedaba dinero para pagar a mis caballeros, con lo que dos de ellos me advirtieron que si no conseguía los fondos suficientes, me abandonarían. Cediendo a un impulso juvenil acudí al rey, le expliqué mi situación y cómo me parecía vergonzoso ir acompañado de solo nueve caballeros en lugar de once, y lo que se diría de mí en Sils. El rey lo comprendió de inmediato y me entregó ochocientas libras de Tours, que es moneda francesa muy buena y adecuada para aquella circunstancia, ya que había mucho caballero francés en el reino de Jerusalén y casi todo el negocio se celebraba con moneda de aquel país; los nativos eran remisos a aceptar otras monedas y desde luego no les gustaban nada nuestros florines y nuestras doblas.

Creo que esta deuda que contraí con el rey le acabó de inclinar a mi favor, pues una amistad nace de la comprensión de los caprichos y vicios ajenos, ya que para amar las perfecciones todo el mundo está preparado, pero para amar los defectos se precisa un amigo. En aquellas fechas era yo muy vanidoso y deseaba una hueste bien nutrida.

En los primeros días de marzo del año de 1249 el rey dio la orden de levar el ancla y zarpar hacia Egipto. Estibamos las barricas de vino y los víveres en las galeras y el sábado de Pentecostés el rey se hizo a la vela, y tras él todos sus barones y los peregrinos. Fue una visión admirable; la mar se cubrió de velas blancas y triangulares, como servillas o paños de mano, hasta número de mil y ochocientas, unas grandes, otras pequeñas.

El jueves siguiente divisamos Damietta, en cuya playa nos esperaba el soldán y todo su ejército que Dios confunda. No tuvimos miedo, en parte porque la fatiga del viaje nos invitaba al ejercicio, y en parte por la hermosura de los ropajes sarracenos y el estruendo de tambores y clarines. Su comandante era muy vistoso pues llevaba armadura de oro y resplandecía al sol como una fogata.

El rey consultó a sus barones y decidió retrasar el desembarco hasta el viernes, que es el anterior a la fiesta de la Santísima Trinidad y de muy buena suerte. Llegado ese día y dado que los navíos no podían acercarse hasta la playa, los grandes del reino acomodaron a sus tropas en galeras, pero Jordi de Sant Jordi y yo no teníamos galera ninguna, sino una chalupa mediana en la que venían ocho de mis caballos. Nos decidimos en el acto y para cuando amaneció ya estábamos todos apretados en la chalupa. Pero entonces los marineros se negaron a pilotarnos pues decían que éramos demasiados y naufragaríamos sin remedio. Tuve que descargar diez caballeros y por fin navegamos hacia la playa.

Como la nuestra era una embarcación ligera, adelantamos a la del rey. Parecía una liebre adelantando a un tigre. Las gentes del rey comenzaron a gritar que esperáramos, que nos darían la insignia de Sant Jordi, nuestro santo patrón, para que la hincásemos en tierra lo primero, pero no nos dejamos engañar y desembarcamos frente a un batallón turco de seis mil hombres, los cuales picaron espuelas en cuanto se percataron de nuestra llegada. Mandé a mis hombres que hundieran sus pavese en la arena para proteger el cuerpo, y que apoyaran con fuerza las lanzas guiando la punta hacia los caballos. Cuando los turcos vieron que formábamos una bola de púas a la manera de los erizos, confundidos sin duda por no haber visto nunca esta maestría, volvieron grupas.

También es cierto que para entonces había desembarcado Ramón Alemany y lo hizo tan magníficamente que bien pudo ser él quien desanimase a los sarracenos. Su galera estaba pintado con sus armas, que son de oro con una cruz de gules, y cada uno de los cien infantes llevaba también un escudo redondo, de esos que llamamos tarja, con las mismas armas pintadas. Llegaron a la playa como granizo y se ordenaron a nuestro lado. Arribó también por la derecha la galera con la oriflama de Sant Jordi y un sarraceno que no pudo dominar a su caballo se dio de bruces con los recién llegados y le hicieron pedazos.

Cuando el rey oyó que la oriflama de Sant Jordi ondeaba en tierra, no quiso esperar más y saltó al agua, que le cubrió hasta los sobacos. Así, con el escudo colgando del tiracol, el yelmo en la cabeza y lanza en mano, se unió a las fuerzas de tierra. Cuando le avisté me dio miedo pues tenía los ojos enrojecidos de la salpicadura del mar, lo que le daba un porte de extrema fiereza. Nada más pisar la arena seca, apretó la lanza bajo el brazo y se dispuso a cargar contra los sarracenos, cosa que habría hecho de no ser por Sant Jordi quien, fingiendo arrodillarse ante él, le hizo tropezar y caer al suelo en donde sus barones pudieron sujetarle fuertemente.

Ordenando estábamos nuestra línea de combate cuando de pronto los infieles comenzaron a retirarse desconcertadamente y al galope. El rey miraba hacia el cielo, pero no se veía ni rastro de Sant Yago. En seguida supimos que los capitanes mahometanos habían enviado ya tres palomas mensajeras al soldán de Damietta y no habiendo recibido respuesta se creían abandonados o traicionados, cosa muy frecuente en aquellas tierras. Lo más curioso es que el soldán acababa de morir de enfermedad y sus mayordomos no habían atinado con la solución. Tanto se azoraron, que acabaron por huir del palacio y de la ciudad, lo que, al saberlo el ejército del soldán, provocó su retirada. No bien le hubieron enterado, el rey mandó formar a los clérigos para que cantaran el *Te Deum Laudamus*, lo que en seguida hicieron, enjugándose el sudor y muy apretados los unos junto a los otros.

IX. TOMAMOS DAMIETA Y REPARTIMOS EL BOTÍN

Tal fue el desorden en que huyeron los turcos que olvidaron cortar el puente de barcazas que sirve de entrada a Damietta. Tan solo tuvieron ánimo para quemar el bazar, lo que nos contrarió extraordinariamente pues había allí tanta riqueza como en un día de mercado en Barcelona, y con ello habríamos contentado a los soldados. Nos consolaba, empero, el hecho de que, habiendo atacado a pie y estando los turcos a caballo, solo un milagro nos entregaba Damietta sin una sola baja. En el año de 1219 el rey Juan de Francia no pudo reducir a Damietta más que tras un larguísimo asedio, y cuando penetró en la ciudad no quedaba nada de valor.

No fue ese nuestro caso pues, reunido el botín, se vio que era de bastante consideración, por lo que el rey convocó a sus barones con el fin de proceder al reparto. El obispo Hug, llamado el Negro, tomó la palabra para decir que él conocía muy por el detalle las costumbres de Tierra Santa; que según esas costumbres corresponde al rey un tercio del botín y los restantes dos tercios son para los peregrinos, que así lo habían hecho todos los reyes de Jerusalén. Habló con voz muy gruesa y como tomada por el polvo; parecía un oso disputando su presa, pero el rey no hizo el menor caso de monseñor, se quedó con todos los víveres y entregó al obispo Hug seis mil libras como valor de los bienes muebles, que eran los que correspondían a los peregrinos, según el rey. Monseñor mantuvo un silencio amenazador, pero luego aceptó la oferta. Al día siguiente, las gentes del rey abrieron establecimientos y procedieron a vender los víveres a tan alto precio que pronto recuperaron las seis mil libras y más del doble y del triple. De modo que el rey acabó quedándose con los bienes muebles y una gran cantidad de dinero, lo que disgustó al obispo y a muchos cruzados, los cuales habrían representado un serio peligro, de no ser porque entonces tuvo lugar un suceso lamentable que hizo olvidar la pendencia.

X. TRISTE HISTORIA DEL CABALLERO ARAGONÉS PERO MAÇA

Entre las gentes del rey figuraba un caballero aragonés, Pero Maça, pariente del rey de Hungría, hombre soberbio, aunque valiente y muy probado en la lucha contra el moro. Este Pero Maça no tenía pensamiento más que para la batalla y cuando no se hablaba de guerra y de justas, callaba o rezaba en voz baja. El caballero aragonés, sin que el rey lo supiera, se hizo equipar en su pabellón, a escondidas, y cuando tuvo completo su arnés y el del caballo, mandó levantar los paños de la tienda y picó espuelas mientras sus gentes gritaban ¡sus y a ellos!, haciendo gran estruendo con los tambores y dejándonos atónitos. El rey se enojó y no quiso que nadie saliera en apoyo del caballero; pero como le quería bien, mandó a un escudero que le siguiese a distancia y diera cuenta de lo que sucedía. Este escudero no tardó en regresar al galope gritando que el caballo del aragonés había resbalado de costado y que Pero Maça yacía en el suelo inerme y sin poder levantarse. Salimos entonces tres caballeros sin más protección que la loriga ni más arma que la espada, para intentar rescatarle, pero cuando dimos con él vimos con horror que cuatro turcos le tenían en estrechura y le asestaban durísimos golpes de maza. Parecían perros mordiendo al jabalí herido. Al divisar el polvo que levantábamos escaparon al punto y pudimos incorporar con gran esfuerzo al desgraciado aragonés. Se le oía decir con voz quebrada: a uno de ellos le he alcanzado, pero a los otros no. Una vez tendido en su pabellón, los sirvientes comenzaron a quitarle las piezas del arnés, pero ya el camisote apareció pegado de sangre. Los físicos trataban de sosegar a las gentes del caballero, y en especial a un joven que decían hijo suyo no reconocido, que estaba desesperado. Ya entrada la noche me acerqué a visitarle, acompañado de Sant Jordi, a quien atraía la buena fama y gallardía del aragonés, pero estaba ya muerto. El que pasaba por hijo suyo parecía tan muerto como el caballero y ni alzó los ojos ni abrió la boca. Estaba muy flaco y macilento, y con la mano oxebaba las moscas que se comían las heridas abiertas.

Cuando comunicaron al rey la muerte de Pero Maça, respondió que mejor era así pues no quería entre su gente caballeros díscolos o altaneros que confundían el valor con la jactancia, y que por culpa de aquel aragonés había un caballo menos en la tropa. Nadie había pensado en el caballo, lo que nos hizo ver el enojo terrible del rey, quien resaltaba la pérdida de la bestia. Luego añadió con un gesto cruel: No sé yo de qué se precia quien pasó dos veces por donde corre la orina. Daba espanto verle. Aquella noche nos retiramos muy contritos y mohinos; unos pensaban en el muerto, otros en el joven desesperado.

XI. LARGA ESPERA DE RAMÓN BERENGUER CONDE DE PROVENZA

A partir de ese día los sarracenos hostigaron la ciudad como alimañas. Amparados por la oscuridad y su larga costumbre del terreno, a cada noche nos mataban centinelas. Así mataron uno mío muy bueno a quien cortaron la cabeza pues se decía que el soldán regalaba un besante de oro por cada cabeza de cristiano que le llevaran. El rey esperaba las fuerzas de Ramón Berenguer, conde de Provenza, y no podía moverse en tanto aquel no llegara, así que mandó cavar fosos para evitar las escaramuzas de los sarracenos. Pero pasó el día de San Juan y seguíamos sin noticias, por lo que comenzó a correr la voz de que había naufragado. Nadie podía saberlo, pero así sucede siempre en los campamentos, que la gente de a pie inventa las mayores desgracias y las más increíbles dichas, con el fin de no desesperar. Me presenté entonces al rey y le conté lo sucedido ante las costas de Berbería y el gran poder de las tres procesiones sabáticas, por si pudieran ser de utilidad. Primero me miró sin decir palabra, como quien mira a un pobre de espíritu, pero luego mandó llamar al obispo Hug y le ordenó anunciar las procesiones. Así tendrían algo en que pensar durante veinte días, me dijo cuando el obispo se hubo retirado.

La primera procesión salió del palacio ocupado por el obispo y llegó hasta la Iglesia de Santa María, es decir, la mezquita que el obispo había consagrado a la Madre de Dios limpiándola de hechizos y paganías. Allí pronunció un sermón muy lucido que tenía preparado para más tarde pero consideró bueno para aquella más modesta ocasión. También concedió indulgencia plenaria a los asistentes, lo que fue muy bien visto.

Al tercer sábado, cuando la procesión aún no había entrado en la iglesia de Santa María, se oyeron gritos y clarines. Un centinela interrumpió el oficio para anunciar que ya se divisaban los navíos cristianos, que eran del tamaño de una paloma, pero de color más ceniciento. El rey se abrió paso entre las gentes de la procesión y al cruzarse conmigo me golpeó en el hombro con el dedo y dijo que nuestra deuda estaba saldada y aún iba a darme un anillo que era sortija, cosa que ya no volvió a recordar por el mucho trajín de los siguientes días.

Cuando Ramón Berenguer, conde de Provenza, se hubo acomodado, el rey mandó reunir el consejo de los barones para decidir si atacaríamos Alejandría, o Babilonia de Egipto. Muchos barones querían ir a por Alejandría, en donde creían juntadas riquezas asombrosas, pero el francés impuso silencio con un gesto muy digno y antiguo. Dijo entonces que para matar una serpiente hay que aplastar su cabeza, y esta era la capital de Egipto, la cual debía ser el único bien codiciado por la gente cristiana para quien no puede haber otra riqueza que la gloria de Dios. El francés, que era un caballero alto, rubio y muy apersonado, habló de un modo tan florido en su

lengua y con tan buen acierto lo trasladó su truchimán, que los barones quedaron corridos y anonadados. Uno de ellos me diría luego que por un momento creyó que el francés se iba a poner a cantar. El rey se aclaró la garganta y dijo que atacaríamos Babilonia de Egipto. El conde de Provenza, sin decir una palabra, salió del consejo tras saludar con exquisito gusto a la concurrencia.

Así que a comienzos de Adviento el ejército emprendió la marcha hacia Babilonia de Egipto. El soldán envió contra nosotros unas pocas huestes, con el fin de dificultar el avance, pero en seguida comprendimos que su resistencia verdadera estaba en otro lugar, en donde esperaba tener ventaja. Sus hombres atacaban como avispas y no hacían más daño que ellas, pero, a semejanza de las mismas, irritaban mucho. El gran calor sobre los hierros, la mala tierra que levantaba un polvo bermejo y los aguijones turcos agotaron la paciencia de los caballeros del Templo, los cuales formaban el batallón de cabeza. Su mariscal, Guillem de Montrodón, hombre duro e hirsuto, bajo y apretado como un jabalí, gritó: ¡A por ellos, pardiez, no aguanto más!, y picó espuelas. Los caballos turcos estaban cansados y los nuestros frescos. Mataron a todos los infieles y los que andábamos a la cola del ejército vimos flotar sus cuerpos aguas abajo como bestias en la riada.

XII. SE CUENTAN LAS MARAVILLAS DEL RÍO NILO

Pero ahora comprendo que no he hablado del río, y conviene que lo haga pues es un río como ninguno y diferente a todos. Son los ríos comunes cual un brazo de agua al que van llegando otros brazos menores o arroyos, tanto más numerosos cuanto más próximo se encuentre a desembocar, pero este río que llaman Nilo va todo él solo y sin ayuda, crecido como un gran canal, y cuando llega al mar se divide en siete brazos como abanico o palmera, que es árbol frecuente allí, lo que ha de deberse, sin duda, a una simpatía entre ambos.

Lo más maravilloso de este río acontece el día de San Remigio, que es cuando el curso se hincha, y también sus siete como hijos, cubriendo toda la extensión del Egipto hasta formar un mar azul y calmo. Una vez desecadas las aguas y tornadas al cauce, acuden los labradores con sacos de cebada, de centeno, de comino y de arroz que siembran muy deprisa, como bandadas de pájaros buenos que ponen el grano en lugar de robarlo. Y así esta tierra tiene gran prosperidad, pues de no ser por la crecida del río el sol todo lo abrasaría y nadie quedaría con vida. El río trae tantas riquezas que el mismísimo emperador Julio César casó con una egipcia riquísima, de nombre Cleopatra, la cual murió comida por un dragón.

Las aguas de este río no son claras, sino turbias y mohosas, razón por la cual la gente de este país toma grandes barreños de agua por la noche, en los que moja unas almendras o unos higos aplastados y así por la mañana el agua es clara y buena de beber. Este río, como todos saben, nace en el Paraíso Terrenal, por lo que no es de sorprender lo siguiente, y es que algunos ponen grandes redes bien sujetas a lo ancho del caudal en las que a los pocos días se recoge canela, gengibre, mirra, anís, madreclavo, azafrán, estragón... que son preciosas especias caídas en los días de viento de los árboles del Paraíso, así como en nuestros ríos, tras la tormenta, vienen flotando ramas de olmo, castaño o roble.

El soldán de Babilonia de Egipto, curioso por conocer el Paraíso Terrenal y codicioso de sus riquezas, mandó varias veces a sus gentes río arriba en busca de la fuente, cuyas aguas, según es sabido, dan juventud y vigor de hombre muy prolongados. Para no morir de consunción en la vastísima tierra del desierto, los enviados llevaban consigo unos panes llamados bizcochos, o sea, cocidos dos veces, que se mantienen buenos de comer durante varios meses. Aún así, muchos murieron, y los restantes contaron a su regreso haber llegado hasta una montaña de rocas finas, lisa como un muro de fortaleza, imposible de escalar. De tal muralla se despeñaba el río, pero no pudieron ojear la altura, cubierta como estaba de una nube de espuma resplandeciente. Uno de ellos, el que más se aproximó, quedó sordo por el estruendo del agua derrumbada, lo que causó grandísima admiración. También dijeron que mientras navegaban río arriba y río abajo, muchas fieras terribles como leones,

elefantes y serpientes, acudían a la ribera y les seguían hasta fatigarse, para comérselos vivos en cuanto pusieran el pie en la tierra. Así Dios ha rodeado la bendita morada de nuestros primeros padres con cinturones de piedra, agua y bestias feroces, para que nadie pueda nunca volver a pisar el suelo que perdimos, y es aventurarse a la muerte el querer llegar hasta allí. Pero los hombres viven acuciados por el misterio y es de adivinar que muchos otros probarán fortuna en busca de esa fuente del Nilo y sus amenos jardines.

XIII. NOS FORTIFICAMOS FRENTE A MANSURA

De los siete brazos en que se derrama el Nilo, cinco son gruesos como ríos nuestros; uno pasa por Damietta, otro por Alejandría, otro más por Tanta, un cuarto por Roseta y un quinto por Mansura. Nosotros cruzamos del primero al último, y en este se detuvo el rey y acampó con su ejército, mientras la hueste del soldán lo hacía en la ribera opuesta para cortarnos el paso. Allí era donde nos esperaba.

Como el río no es en esa parte muy caudaloso, decidió el rey atravesarlo por una calzada o puente, para lo cual era menester proteger a los obreros que la construían, y así comenzó un tiempo largo y aburrido para los soldados y muy animado para los ingenieros. Primero se levantaron dos construcciones de las que llaman gatas de castillo, que son como torres de madera para proteger a las gatas o cubiertas bajo las cuales trabajan los obreros. Detrás de las gatas se prepararon dos protecciones para los vigías, a quienes bombardeaban los sarracenos con dieciséis máquinas de guerra.

En la hueste del conde de Provenza venía el maestre de poliorcética Nicoloso de Albeguena, un ligur pequeño, muy delgado y nervioso, con una grandísima nariz y gestos de ratón, el cual levantó diez y ocho máquinas muy aparentes, como todo lo que construyen en esa parte de la Europa, pero de poco trabajo, según el parecer de nuestros barones. Sant Jordi y yo solíamos pasear por los talleres del ligur, quien nos divertía con sus saltos de mono y sus risas llenas de bufidos y toses, discutiendo las virtudes de las máquinas y encontrándolas siempre peores que las de nuestra tierra. Delante de una con torniquete y estribo, dijo Sant Jordi que le recordaba a esa que nosotros llamamos algarrada, solo que más pequeña. Contesté que ya entendía lo que decía pero que nosotros la llamamos almañaga. No habíamos caído en la cuenta de que a nuestro lado caminaba Jaume d'Alerig, caballero que se jactaba de grandes conocimientos militares, y con gran menosprecio nos hizo callar, añadiendo que no sabíamos de lo que hablábamos, que aquella era una máquina llamada colafre, pero muy mal parida y de poco uso. Quedamos ambos desairados y enojados, pero no pudimos responder pues era mayor y más grande que nosotros. Sus cejas, de pelos muy largos, parecían cuernos o antenas de langosta, lo que le había valido muchas chanzas, apoyadas en el carácter alegre y tierno de su mujer, una valenciana muy morena y ojerosa.

En tanto se construía la calzada llegó la semana anterior a Navidad, y andábamos inquietos, aburridos e irritados por la holganza. Viéndolo el rey e ilustrando el decir de «piedra movediza no cubre moho», ideó un ardid para tenernos vigilantes. Algo más arriba, como a media legua, se encontraba la embocadura de este brazo del Nilo. Dijo el rey que fuéramos hasta allí con unos hombres por ver si podíamos taparlo y dejarlo seco, y así lo hicimos. Durante varias semanas fuimos amontonando tierra y protegiéndonos de las saetas sarracenas que caían como aguacero. Pero los perros

infieles cavaban a su vez del otro lado y cuanto acortáramos nosotros el río, tanto y lo mismo abrían ellos por su ribera, con lo que siempre conservaba el mismo caudal. Así nos tuvo el rey ocupados tres semanas, hasta que hartos como aquellos novios de la señora Penélope, la cual destejía de noche lo que el día le permitió tejer, regresamos al campamento fatigados y roncos.

XIV. PRIMEROS ENFRENTAMIENTOS CON EL TURCO. TESTARUDEZ DE JAUME D'ALERIG

Al soldán muerto de enfermedad, cuya desgracia nos permitió la toma de Damietta, le había sucedido Ezz-Edin, o Secedín, como decíamos nosotros, capitán muy estimado de los paganos, y también de algún cristiano, ya que el emperador Federico le había armado caballero por maltraer a sus enemigos de la Europa. Por esta razón la bandera del infiel llevaba de una parte las armas del emperador Federico, y de la otra las del soldán de Babilonia, lo que daba mucha pena de ver. Su nombre, trasladado al cristiano, quiere decir «el hijo del viejo», lo que entre ellos no es cómico, sino de mucha valía y respeto, pues no hay nación en el mundo que más honre a los viejos, si Dios les ha permitido llegar a tan avanzada edad sin mengua del buen nombre.

Nuestros espías, que eran valencianos muy arrojados y conocedores de las lenguas bárbaras, e incluso acomodados a algunas costumbres indecentes del oriente, averiguaron que Secedín había jurado comer en la tienda del rey para el día de San Sebastián. Prevenidos los capitanes, dispuso el rey que Ramón Alemany protegiera las gatas y demás máquinas; él mismo y Berenguer d'Entença defenderían el campo por el lado de Babilonia; y el francés y mi hueste defenderíamos el lado de Damietta. La batalla se libró en el centro mismo del campo, sin que pudiéramos averiguar cómo había penetrado el capitán turco en el círculo que defendíamos por uno y otro lado. El caso es que de pronto nos lo encontramos allí, en el medio, como caído del cielo. Quiso la fortuna que el obispo Jaume Sarroca estuviera al mando de una hueste de refuerzo, y les libró combate muy animado y alegre, pues había creído no poder participar en la lucha aquel día, dada su mala posición. Yo le veía mover el cuerpo largo y escurrido como el de la comadreja, y hasta me parecía que hundía sus colmillos afilados como agujas en el cuello de los sarracenos, haciendo en ellos gran carnicería.

Por nuestra parte, lo que más tuvimos fue ahogados, pues los hombres caían al agua empujados por sus compañeros, ya que al ser la pelea en el centro, los soldados se abrían como se ensanchan los anillos en la charca cuando cae una hoja muerta. Bajo el peso de la lóriga se iban al fondo en un decir Jesús. Mucho me cuesta reconocerlo, pero salimos de aquel mal paso gracias al conde de Provenza, quien penetró con sus franceses en el vientre mismo de la pelea y corrió a los turcos como a borregos. Flotaba sobre sus enemigos como el ángel de lo muerte, y sus mandobles parecían lentos y despaciosos. Era como si matase por distracción. Dado que mis gentes iban detrás suyo, pude verle en medio de las azagayas como quien asoma la cabeza por una cortina, dando golpes de espada hasta perderla. Tomó entonces una más pequeña, de las que llaman basalarte, y acuchillaba a cuantos se le acercaban.

Por fin dio en tierra, y de no ser por mis soldados, allí seguiría. Conseguimos librarle, pero al quitarle el avante lanzó un grito y comprendimos que llevaba quebrados los huesos.

Ese día los turcos tuvieron muchos muertos, nosotros menos, y dimos la batalla por ganada aunque seguíamos sin avanzar un palmo. Pero nos esperaba algo peor.

Antes de que hubiera transcurrido una semana, estaba yo con mis hombres al cuidado de las máquinas de guerra, a cubierto de las flechas gracias a las torres de las gatas de castillo, cuando Jordi de Sant Jordi se llegó a mí haciendo muecas de espanto, pues había visto desde lo más alto de su torre que los infieles habían arrastrado una máquina enorme, con una honda en la que cabía hasta un hombre sentado, similar a esas tan terribles que llamamos fondafustes, y que la estaban cargando de fuego griego. No hay salvación, dijo Sant Jordi, pues si defendemos las máquinas moriremos asados, pero si escapamos de esta cárcel de madera, habremos perdido el honor. Esto lo decía con aire de mucha reflexión y mirando al suelo. Así pues, continuó, solo Dios puede salvarnos y lo mejor es no hacer nada; te propongo que a cada disparo nos hincamos todos de hinojos y pidamos protección a Nuestro Señor. Contesté que estaba de acuerdo y dimos la voz a los soldados.

Vigilamos muy atentamente la preparación del ingenio, y cuando vimos que todo el aceite ardía ya como una gran bola de fuego, nos preparamos para rezar. En cuanto oímos el disparo hincamos todos la rodilla y gritamos: ¡Señor Dios, guárdanos del fuego! La bola cayó entre dos torres, cerca de la ribera, y los infantes se apresuraron a matar el incendio con mantas. Los sarracenos querían hostigarlos, pero estaban tan lejos que los arqueros tiraban hacia las nubes, con lo que más de un dardo cayó sobre su dueño. Sant Jordi me saludó desde su torre como si acabara de ganar una partida de bolos. Su barba color pimienta parecía una llamarada perdida.

Tres veces más tiraron los infieles y otras tantas nos arrodillamos, y no acertaron. La bola de fuego, para quienes nunca la han visto, es del tamaño de una barrica, pero lo que más espanto da es la cola de brasas y chispas que la sigue y es tan larga como una alabarda. Al cruzar los aires abrasa igual que el rayo, y con el mismo o más intenso ruido. El último tiro lo dieron de noche, y era tal la lumbre que despedía que pude ver como a pleno sol el sudor que regaba la cara de mi escudero.

Envió el rey a uno de sus chambelanes para averiguar si habíamos sufrido daño. Llegó el hombre todo sofocado y tembloroso pero viendo que estábamos a salvo me entregó una pelleja de vino. El rey os la hace llegar, por si el fuego y el humo os ha secado la garganta, dijo. Yo le veía sonreír entre jirones de humo que se movían como serpientes.

A la mañana siguiente nos relevaron en las vigías los hombres de Jaume d'Alerig, aquel caballero de largas cejas de quien ya tengo dicho lo mucho que se jactaba de conocimientos militares. Había insistido cerca del rey hasta conseguir ese servicio, desplazándonos a Sant Jordi y a mí. Nada más instalarse y cuando ya nos despedíamos, comentó como sin darle importancia lo muy ignorantes que habíamos

sido, que era preciso atacar a los sarracenos para que no pudieran cargar el fuego griego en la honda, y que ahora él se llevaría la gloria en tanto nosotros volvíamos al campamento renegridos y ridículos. Hablaba moviendo las cejas como alas de vencejo. Tanto nos importunó su jactancia que nos callamos lo de hincar las rodillas y gritar ¡Señor Dios, guárdanos del fuego!, y allí le dejamos a su suerte o desgracia.

Cruzamos a la otra orilla y nos quedamos a observar lo que sucedía. Vimos cómo sus hombres tiraban con las ballestas sobre los turcos, y lo hacían con pericia, pero estos no solo consiguieron cargar la honda sino que la acercaron aún más a los castillos y con dos disparos los quemaron enteramente. Sant Jordi y yo nos miramos muy satisfechos.

Horas más tarde, ya en el campamento, vimos a la hueste de Alerig, o lo que de ella quedaba. Según decían, Jaume d'Alerig estaba tan desesperado que por poco muere asfixiado tratando de apagar el fuego. Lo sacaron de allí desmayado.

Cuando el rey supo la desgracia acaecida a las torres convocó una reunión de sus barones y pidió que desmontaran los puentes de sus respectivas naves para construir nuevos castillos, ya que no había otra madera al alcance de la mano. Algunos caballeros cuyo nombre prefiero reservarme pues los hay que ocupan cargos de mucha importancia en la actualidad (pero ellos sí saben sus propios nombres, e incluso deben maldecirse alguna que otra noche de desvelo), algunos caballeros digo, se mostraron poco conformes y regateaban la cantidad de madera protestando en su descargo el elevado precio que habían pagado y otras cosas semejantes. Rojo de ira, Sant Jordi hizo ademán de llevar la mano al arriaz de su espada y tuve que darle una patada con disimulo para que se estuviera quieto. Pero su gesto no pasó inadvertido por alguien que no puedo nombrar, quien muy mordaz comentó: digno es de ver cómo se impacientan los que no tienen dinero. Tuve que darle a Sant Jordi otra patada, esta vez con todas mis fuerzas.

A pesar de la escasez de estos caballeros, se consiguió suficiente madera para levantar una torre. Una sola torre para proteger a todo el campamento. Ganas daban de echarse a llorar. Cuando estuvo preparada, Jaume d'Alerig se presentó ante el rey y rodilla en tierra rogó le fuera encomendada nuevamente la defensa, en reparación del fracaso anterior. Lo expuso con mucha finura y elocuencia, pero Sant Jordi y yo nos apercibimos de que imitaba al conde de Provenza, aunque con mucha menos gracia. Todavía llevaba una parte de la barba y del cabello muy retorcida y negra por la quemadura. Las cejas se habían salvado milagrosamente y se balanceaban con majestad. De vez en cuando nos miraba a Sant Jordi y a mí como si fuéramos hijos del soldán de Egipto, y lanzaba por los ojos más fuego que los turcos en toda una noche.

El rey le concedió lo que pedía y Jaume d'Alerig llevó el castillo hasta las cenizas de los dos destruidos, soportando una lluvia de piedras y flechas. Cuando los turcos vieron la torre instalada en el mismo lugar que las anteriores, cargaron la honda y sin mover un palmo la máquina dispararon y quemaron completamente la nueva torre.

Jaume d'Alerig quería morir abrasado y sus hombres tuvieron que sacarle a rastras, tirándole de los tobillos. Tenía toda la cara negra menos dos surcos, profundos como ríos, y eran las lágrimas que lloraba de los ojos. Esta vez, sin embargo, perdió las cejas, y sin ellas parecía menos corpulento.

XV. CRUZAMOS EL RÍO CON LA AYUDA DE UN BEDUINO COPTO

Tras esta catástrofe, el rey y sus barones quedaron consternados. Sin castillo no podía construirse el puente o pasillo; sin puente no podía cruzarse el río, y si no cruzábamos el río mal podríamos atacar a los turcos. Pero tampoco podíamos permanecer eternamente en aquella isla, lejos de Damietta, con pocos víveres, y al azar de la enfermedad y la sorpresa. Entonces sucedió algo que si bien puede parecer una fortuna y un regalo de Dios, pronto se verá como el más grande peligro que corrió la expedición. Y es ello que, estando en deliberación, se adelantó el obispo Hug, llamado el Negro, y dijo que había llegado hasta él un beduino inflamado de amor a Dios, el cual deseaba revelarnos un vado del río por donde podíamos pasar en secreto todo el ejército y atacar al infiel y destruirlo. El rey preguntó al obispo si se trataba de un converso reciente, a lo que Hug el Negro contestó que no, que el beduino era un cristiano copto de la ciudad de Salamún, en donde deseaba levantar una iglesia, para lo cual necesitaba con mucha urgencia la cantidad de quinientos besantes de oro. El rey accedió a la demanda, si bien pidió pruebas de la existencia del tal vado o paso del río. Pero el beduino estaba tan apantallado en su deseo de levantar una iglesia que no accedió a decir una sola palabra en tanto no le fueran entregados los dineros. Y así se hizo. En cuanto los tuvo en su mano, reunidos en una bolsa de piel de cerdo, levantó la mirada hacia el rey y con una sonrisa que parecía afilarle la barba puntiaguda dijo que los secretos son como la lumbre, cuanto más cubiertos más brillan y arden, pero compartidos por muchos al aire abierto, se apagan y mueren. Al oír la palabra lumbre, Jaime d'Alerig comenzó a lamentarse, pero el rey le hizo callar. Embolsó el copto su riqueza y mandó a todos que le siguieran, incluido el rey, como si se tratara del emperador.

Quedaron al cuidado de la hueste Hug de Mataplana y el conde de Ampurias; los restantes caballeros nos armamos y seguimos al copto hasta el río. Tanteó un buen rato como si no recordara el lugar, aunque me sospecho que lo hacía por dar apariencia de dificultad a su empresa, que es ardid que tengo observado en los titiriteros, y por fin nos hizo señal de avanzar con grandes aspavientos. Iban los caballos con agua hasta la collera, cuando tocaron fondo y comenzaron a pisar con firmeza. Sentimos un gran alivio, pero, al mismo tiempo, viendo cómo iban juntándose sarracenos en la orilla opuesta hasta reunir tres centenares, nuestro alivio se trocó en preocupación. Parecían perros de bosque azuzándose para atacar a un ciervo enfermo.

En el paso o vado del río murió ahogado Pere Bearn, excelente caballero y primo del rey, que conducía la retaguardia. Aunque era hombre viejo, pues contaba cuarenta y dos años de edad, su extrema piedad le había traído con nosotros a Tierra Santa. En

sus tierras, que son muy llanas y rojas, cubiertas de almendro en flor por estas fechas, dejaba hijos de mi edad. Su caballo resbaló, o enredó las manos en las yerbas que crecen con el lodo del río y al caer hacia adelante precipitó a la muerte a su jinete. Aunque la montura no iba armada sino solo alforrada, el peso fue suficiente para que en un instante desapareciera de nuestra vista. Nadie osó girar o mover su propio caballo, pues cualquier movimiento brusco podía hundirnos como a Pere Bearn. Volviendo la cabeza, contemplamos en silencio el chapoteo, y cuando al fin solo asomaba un guantelete brillando al sol, torcimos el gesto y escrutamos con encono al enemigo de la otra ribera. Lo que luego sucedió fue en parte movido por esta tristísima muerte.

XVI. TRAGEDIA QUE TUVO LUGAR EN MANSURA

Voy ahora a relatar el suceso más triste y terrible de nuestra peregrinación a Tierra Santa. Cada vez que el recuerdo me trae estampas de lo que vivimos aquel día siento un frío mortal y oigo voces de otro mundo. Lo que ahora voy a decir es todo cierto.

En tanto la tropa no se hubiera juntado en la otra orilla, Berenguer d'Entença había recibido la orden de ir en vanguardia para proteger al resto de la hueste. Pero la muerte del primo del rey corrió como el rayo y llegó a la avanzadilla. Era Berenguer muy gran amigo del muerto, con quien tomaba mucha alegría, y al oír la infausta nueva perdió el sentido. Azuzó a su montura y seguido por sus hombres se precipitó sobre los sarracenos sin esperar a los demás. Entonces los infieles, a quienes la naturaleza ha otorgado una gran astucia, como a todas las bestias endebles, en lugar de presentar batalla, huyeron al galope. El segundo batallón estaba al mando de Guillem Cervelló, hombre muy sordo de ambos oídos, el cual, viendo lo que sucedía, miró hacia atrás buscando consejo. Todos y el mismo rey le hacían señas de que detuviera a Berenguer d'Entença, pero él no lo comprendió y supuso que gritábamos: ¡a por ellos!, ¡a por ellos!, con lo que dio la orden de atacar y galopó a juntarse con el primer batallón. Dividido el ejército en dos partes, lo más prudente era unirlos de nuevo, y así fue como nos precipitamos en el nido de las víboras.

Berenguer persiguió al pelotón sarraceno hasta la ciudad de Mansura, seguido de Guillem y sus hombres. Los turcos entraron en la ciudad y detrás lo hicieron nuestros hombres, como tábanos siguiendo al novillo. Una vez dentro de la ciudad comprendieron la trampa en la que habían caído; trataron de recular, pero era demasiado tarde. Como todas las ciudades sarracenas, era aquella un laberinto de callejas por donde apenas pasaba una mula. Los infieles comenzaron a arrojar maderos y piedras con el fin de cegar las esquinas, de modo que nuestros campeones quedaron atrapados como moscas en una tela de araña. Allí murió Berenguer d'Entença, Guillem Cervelló, Bernat Rossinyol, Dalmau de Rocabertí, hermano de Mateu de Rocabertí, el abad Ferrán de la Villa, y otros muchos que me sería doloroso nombrar. Quinientos ochenta hombres murieron en Mansura por causa de la ira y la sordera, que son defectos emparentados y afines, cuyos efectos siempre perjudican a quienes los sufren, que son casi todos los hombres de nuestra tierra. Era el mes de febrero de 1250 y por esta razón mandó el rey añadir a las armas de su primo el ahogado una flor de almendro de color negro.

XVII. LA BATALLA DE MANSURA

En tanto sucedía esta matanza en Mansura, que solo supimos más tarde, nuestra posición no era mucho mejor, pues los enemigos traidores habían cuidado con esmero su trampa. En cuanto vieron a nuestras fuerzas divididas, nos atacaron más de seis mil turcos. No iban debidamente armados y eso nos permitió sobrevivir, con la ayuda de Dios, pero era tan alto el número de infieles que parecíamos polluelos comidos por las hormigas.

Mis caballeros y yo atacamos por la izquierda, corriendo y descabezando a los paganos. Vi entonces que uno de ellos estaba ayudando a otro a montar un caballo, y a mi me pareció (pura quimera) que se trataba del caballo de aquel Pero Maça muerto por su impaciencia. Fui sobre él, y sin darle tiempo para tomar la adarga, clavé mi lanza contra su axila y lo dejé tendido en tierra. El escudero, acuciado por el miedo, que yo creo le tenía cerrados los ojos, hizo un molinete con la lanza del compañero y fue tal su fortuna que me golpeó en la carrillera derecha con tanta fuerza que quedé como ciego y sin sentido. Traté de alcanzar la espada, pero nada sentía ni veía, y apenas si lograba aguantarme sobre la silla. Acudieron entonces otros infantes turcos y apoyaron sus lanzas contra mi coraza tratando de derribarme. Unos pinchaban la capizana de mi caballo, buscándole entrada al cuello. Al fin dobló los brazos, caí yo resbalando por entre sus orejas, y me supe perdido. A pesar de ello me protegí como pude, sujetando con fuerza el escudo contra el cuello y blandiendo a ciegas el asta de la lanza. Jordi de Sant Jordi, a quien Dios bendiga, había seguido con atención mi peripecia y acudió para salvarme, lo que hizo mediante un buen par de mandobles que dispersaron a los infieles como moscas espantadas de la carne.

Sant Jordi me explicó la situación en breves palabras, mientras yo me recuperaba de los golpes. Su consejo fue que buscara un refugio en una casa ruinoso que quedaba allí cerca, donde otros descabalgados se estaban protegiendo mutuamente hasta la llegada de la hueste del rey. Allí me fui, no sin antes ver muerto en el camino a mi abanderado, degollado y con los ojos muy abiertos. Le habían arrancado el coselete y aplastado el pecho con una maza.

En la casa, que eran cuatro grandes muros de adobe, sin tejado ni cubierta, encontré a Mateu Rocabertí quien ignoraba, como todos, la suerte que había corrido su hermano Dalmau; también estaba allí refugiado el obispo Jaume Sarroca y muchos otros, muy quebrantados, soportando el sol que caía a plomo. Grupos de turcos se acercaban a saltos y urgaban con sus azagayas por sobre los muros más derruidos, como azuzando al zorro en su madriguera. Rompíamos sus cañas a golpes de maza, pero era tal enjambre sobre nosotros que de vez en cuando alcanzaban su presa. Hug de Forcalquer, maestre del Hospital, recibió tan gran golpe en la cara que le arrancó un ojo; al obispo Jaume Sarroca le atravesaron un hombro y de la herida saltó la

sangre como de un tonel sin canuto; a Blasco de Alagón, maestro del Hospital en tierras del Ebro, le arrancó la nariz uno de los nuestros al maniobrar con la espada, tan juntos y apretados estábamos. Viéndole en semejante estado, con la nariz colgando sobre los labios, le alzamos sobre el único caballo que allí quedaba y le rogamos salvara la vida, pero Blasco de Alagón se negaba diciendo que el reproche caería sobre él y sobre sus herederos. Salid entonces a buscar ayuda, dije yo, y arriesgad vuestra vida para salvar las nuestras; eso nadie podrá reprocharlo. Mis palabras le convencieron y salió como una centella cuya estela fuera de sangre, pues dejaba en el aire una senda roja. Algo más tarde vimos que los turcos escapaban y era el caballero gerundense Ramón Alemany que llegaba espada en mano seguido de sus sargentos. El señor Blasco de Alagón le había dado aviso antes de caer muerto; Ramón Alemany ni siquiera había alcanzado a reconocerle pues era todo él una gran llaga roja. Cuando le dijimos de quien se trataba dio un tremendo suspiro de dolor pues una hermana del muerto, doncella de dieciséis años, le estaba prometida para el fin de la cruzada.

En ese preciso instante se escuchó un gran ruido de trompas y timbales. Quedamos todos, turcos y cristianos, quietos, silenciosos, recogidos. Entonces, sobre un repecho, apareció el rey. ¡Dios cómo relucía! El sol estaba en lo más alto del día y los rayos caían sobre su yelmo dorado y sobre la espada Alemana que mantenía en alto como amenazando al mundo. Ya he dicho que superaba en una cabeza al más alto de sus barones, y la línea que formaban los guerreros en la cresta de la colina paralizó de terror a los sarracenos. Inclino luego la espada apuntando al campo de batalla y fue como si el dedo de Dios hubiera señalado una tarea para la muerte. Los caballos avanzaron en huracán y los cascos sonaban con tal estruendo que retumbaban en el interior del pecho. Fue una batalla muy honrosa, pues no se usaron arcos ni ballestas; fue combate cuerpo a cuerpo con espadas y mazas.

Quienes nunca han combatido, o aquellos cuyo conocimiento de la guerra se limita al de la víctima pasiva, no alcanzan a comprender que en la lucha hay mucho horror y también una dicha infinita, y que, como en la caza, el perseguidor no toma placer por la presa misma sino por la persecución. Que si a quien fuera le dieran el ciervo que persigue, ya muerto y listo para despellejar, poco le había de divertir. El cazador y el guerrero gozan con la acción y olvidan que tanta agitación tiene un final. Bien está la victoria, pero la tristeza de la derrota no empaña en momento alguno el ardor del combate y el gusto por la pelea, los cuales quedan como memoria festiva de lo que bien puede terminar en desastre. ¿A quién extrañará pues que se cante a la guerra, como dicen que hace el francés, alabando la maza y la espada, narrando al herido que se aleja cojeando, al caballo muerto en tierra, a los cuerpos pinchados de lanza, o a las cabezas y brazos cercenados? No aborrecáis de esa canción guerrera y silvestre, pues si no habéis probado vuestro brazo en un combate no podéis opinar, y así como reiríais si un niño de teta cantara coplas amorosas, así nosotros nos reímos de quienes no saben ver en la batalla más que un choque de bueyes.

Ensoñando por aquella visión, no percibí a mi segundo abanderado, y único que me quedaba con vida, el cual me traía un rocín flamenco por las bridas. Solo caí en la cuenta cuando me sentí agarrado por la cota de armas, la cual acabó de rasgarse a causa del tirón. Me volví loco de furor y di un golpe de espada que por poco raja en dos al desgraciado; allí estaba el muchacho, en la derecha la brida del rocín, en la izquierda un pedazo de mi sobreseñal, confuso y temblando. Me eché a reír y puse mis manos sobre sus hombros. Guarda ese pedazo de tela, dije, porque de tal color han de ser tus armas cuando regresemos, pues juro a Dios que te he de hacer armar caballero. Como se verá, pude cumplir mi palabra y escapar al pecado de perjurio, que es pecado fácil de cometer. Monté a toda prisa y acudí a reunirme con el rey.

Los sarracenos se habían retirado y guardaban la distancia, pero el rey deliberaba, bien con unos, bien con otros, la conveniencia de asaltar Mansura, pues comenzábamos a tener noticia de la terrible suerte de Berenguer d'Entença y los restantes caballeros atrapados por los turcos; aún cabía la esperanza de rescatar alguno con vida. El calor era más propio del infierno que de este mundo y los caballos estaban desmayados, razón más que suficiente para detener la lucha y consolidar nuestra posición, así que el rey ordenó al gonfalonero dirigirse hacia el río, con el fin de establecer el campamento. Pero entonces llegaron mensajes de algunos batallones en dificultades que no podían relegarse hacia nosotros y a punto de ser aniquilados. El rey dudaba, pero no podía dividir nuevamente sus fuerzas, de modo que se mantuvo firme en su primera decisión. Esos batallones perdieron, en efecto, hasta el último hombre.

El rey dispuso a sus arqueros y ballesteros en línea, lo que trajo consigo el fin de la batalla, pues los sarracenos retrocedieron hasta sus posiciones en torno a Mansura. El condestable me ordenó mantenerme junto al rey, guardándole como a mi propia vida en tanto no le viese a cubierto bajo su tienda. Así lo hice y no descansé hasta que el rey cambió el yelmo por un capacete; tenía el rostro muy rojo y sudado, y respiraba con esfuerzo. En ese momento, Bernat, hijo de Berenguer d'Entença, se aproximó al rey y le besó el guantelete. ¿Qué sabéis de mi padre?, preguntó. Que está en la Gloria, respondió el rey. Por sus mejillas resbalaban lágrimas muy gruesas que parecían ríos corriendo entre campos de polvo.

Hacía muchas horas que no veía a Jordi de Sant Jordi y eso me inquietaba pues tenía conocimiento de los batallones aniquilados. Pregunté a cuantos acudían al consejo del rey, pero nadie pudo darme noticia. Cuando ya estaba por pedir dispensa y salir en su busca, le vi acercándose despacio, pues su caballo cojeaba. Había estado curándose. Tenía una herida en el rostro muy roja y profunda que cruzaba por debajo del ojo izquierdo. Lo primero que hizo tras saludar al rey fue apoyarse en mi hombro y bromear como si no hubiéramos salido de Barcelona. No puedo reír, dijo, porque me duele la herida, pero lo haría si pudiera, pensando en la suerte que he tenido. Ya tendremos ocasión de reír cuando contemos lo sucedido en esta jornada a nuestras gentes. Al oír sus palabras comprendí que, aún hablando de nuestras gentes, Sant

Jordi no pensaba sino en la misma que yo, y tuve gran envidia de su herida, pues sin duda a él le escucharían con mayor agrado que a mí. La cicatriz sería una prueba indudable de que hablaba de lo que sabía; en cambio yo, sin nada que mostrar, parecería estar hablando de hazañas ajenas. Es posible que Sant Jordi lo advirtiera, pues a pesar del dolor sonrió y dijo que aún quedaban muchos perros por destripar y algunos de ellos con muy buena dentadura. Me juré no regresar sin una herida al menos del mismo tamaño que la de Sant Jordi, y me puse a medirla mentalmente.

Otro recuerdo que conservo de esta batalla es muy maravilloso pues concierne a un pueblo llamado Beduino cuyos miembros viven de robar lo que queda en el campo después de acabada la lucha. En efecto, en cuanto se retiraron los sarracenos a Mansura, hicieron su aparición estos Beduinos, arañando los cuerpos muertos como las grandes aves que llaman buitres y cuyos picos tienen tanta semejanza con las narices de estos hijos de la inmundicia, seguramente por trabajar ambos en la misma huesa. Estos Beduinos viven al aire libre y no conocen casa ni tierra propias. Se cubren de pellejos secos a modo de vestimenta; los mismos pellejos con los que levantan unas tienducas mezquinas si el tiempo es lluvioso. No suelen pelear y para defenderse solo usan espada y lanza, pues la adarga y la armadura podrían sustraerles a la muerte y eso sería contrariar la voluntad de su dios, el cual ha marcado un día exacto para cada uno de los hombres como término de la vida. Se alimentan con la leche de sus cabras y camellas, lo que les da un color de piel muy oscuro, casi cárdeno, semejante al de la lengua de los ahorcados.

Como iba diciendo, al llegar la noche dimos por concluida la batalla y nos retiramos a dormir. Nuestro campamento estaba próximo a Mansura y sin duda el rey proyectaba disponer lo necesario para atacarla en los días siguientes. Al desarmarme el arnés vi que tenía la espalda en llaga viva. Uno de mis servidores me aplicó vinagre y al notar que temblaba se detuvo creyendo hacerme daño, pero yo temblaba de pensar que durante unos días no podría cubrirme con la loriga y quizás por esta razón, me perdería la toma de Mansura. ¡Cuán lejos estaba de adivinar lo que nos esperaba!

XVIII: NUEVA BATALLA Y GRANDES HECHOS DE ARMAS

El jeque sarraceno había convencido a sus gentes de que Berenguer d'Entença muerto en las calles de Mansura, era en realidad el rey. Bien es verdad que tan hermoso guerrero, con una armadura labrada riquísima y un yelmo de príncipe, bien podía pasar por un rey, pero la prueba que adujo el ladino sarraceno fue una suera de plata muy valiosa que el rey había regalado a Berenguer y que este llevaba siempre sujeta a la muñeca. En ella figuraba el nombre del rey junto a las armas reales. El jeque cortó con un hacha el antebrazo de Berenguer y ordenó que todos sus capitanes acudieran uno por uno a leer la inscripción de la suera. Hizo eso porque los sarracenos son muy desconfiados, lo que es muy sorprendente, pues no hay nación en la que se engañe más veces a más gente, aunque quizá por eso son tan desconfiados. Luego clavó el miembro en una estaca y todo el pueblo pudo ver la alhaja con el nombre del rey y sus armas. Cuando les supo convencidos y enardecidos, gritó desde su torre que una nación sin rey es un cuerpo sin cabeza y que al día siguiente, viernes de Cuaresma, nos atacaría.

Corrieron a advertirnos nuestros espías, y el rey se vio forzado a preparar precipitadamente la defensa en lugar del ataque. ¡Cuántas veces, y con qué funestos resultados, no nos sucede esa mudanza, que lo que creíamos ataque pasa a ser defensa! Así sucede, sobre todo, en el amor y en el temor a morir. Llegada la aurora, el jeque sarraceno se presentó con cuatro mil turcos a caballo, los cuales formaron un anillo en torno al campamento. Luego acudieron los infantes en número igual o superior, y se dispusieron detrás de los caballeros. Fuerzas auxiliares, que no podíamos distinguir con precisión, ocuparon posiciones en las colinas vecinas. El jeque dirigió en persona la operación; yo le veía ir y venir, observando nuestras fuerzas y desplazando aquí unos arqueros, allá unos honderos, según juzgara oportuno. Nada pudimos hacer sino esperar la salida del sol y encomendarnos a Dios.

El orden de la batalla duró hasta el mediodía. Entonces comenzaron a sonar los timbales y el ejército turco, caballeros e infantes, atacó. Sentí el cuerpo bañado de sudor, y por un momento creí estar soñando, pues me veía solo e impasible en medio de un mar de hombres furiosos. Una gran luminosidad me cegaba y apenas llegaba hasta mí el tronar de los tambores. Creo que en ello intervino mi santo protector pues noté cómo una mano ajena aferraba mi espada y de pronto me vi guerreando frenético y enajenado de mí. Nunca he podido explicar la gran calma que me sobrecogió aquel día, pero otros caballeros han contado lo mismo en circunstancias similares.

El ejército turco comenzó atacando la primera línea por el lado de Babilonia de Egipto, dándose la triste coincidencia de que era allí precisamente donde capitaneaba Bernat, hijo de Berenguer d'Entença, muerto en Mansura. El rey había querido distinguir al joven huérfano con un lugar destacado que honrara la memoria de su

padre, y hete aquí que los sarracenos avanzaban como los peones del juego de escaques, lanzando fuego griego y apoyados detrás por la caballería, presionando con tal fuerza en aquel punto, que Bernat retrocedía sin remedio.

El rey advirtió la situación del joven Bernat y picando espuelas atravesó los batallones en retroceso, cruzó la línea turca y espada en mano se clavó como una lanza en las tripas del combate. Cuando las gentes de Bernat vieron a su rey en situación tan apurada, empujaron a] unísono y rompieron la línea enemiga como un madero podrido. A tiempo sucedía, pues ardía la grupera de la montura real sobre la que había caído fuego griego, y hubo que apagarla con un jaque o túnica que cubre la cota de mallas y es bastante grueso. Fue Ramón Alemany quien lo hizo y quedó la prenda tan chamuscada que el rey añadió este lema a sus armas: «Te libraré del fuego», y es costumbre, desde entonces, que la corona pague de su peculio las cosechas perdidas por incendio en tierras de los Alemany.

Viendo tan grande hecho de armas, Ramón Berenguer, conde de Provenza, se sintió herido en la vanidad, que es vicio muy extendido en su tierra, y atacó con toda el alma saltando por sobre unos maderos de abeto que habían servido de barrera defensiva y ahora ardían como una hoguera. Los franceses pelean bien, pero sin el arte de los italianos y catalanes; trabajan a bulto y a la manera de los bueyes, que bajan la cabeza para no ver sino la tierra que pisan. Así y todo, el salto de Ramón Berenguer fue muy vistoso y sus gentes estaban muy complacidas. Los turcos, en honor a la verdad, comenzaron a retroceder en masa, aunque sus arqueros mortificaban las líneas cristianas con nubes de flechas. Tan es así que, habiendo avanzado el de Provenza, quedó el trecho de tierra que antes ocupara como un campo de trigo, y eran las flechas tan abundantes como las espigas en agosto.

Yo y mis hombres habíamos reforzado un cuerpo de reserva compuesto por todos aquellos cuyas heridas les impedían armarse; así pude seguir la lucha en todos sus detalles, pero solo resaltaré un hecho que creo del más alto mérito. Y es ello que Jaime d'Alerig había perdido todos sus caballos, con lo que sus caballeros estaban combatiendo a pie. Los turcos lograron formar un anillo y por muchos esfuerzos que hacía Jaime para romperlo cada vez eran más numerosos los atacantes y cada vez más estrecho el cerco. A pesar de la polvareda, pude ver con toda claridad a Jordi de Sant Jordi, cuya cimera de pergamino verde conozco bien, galopar en torno al anillo de turcos con la habilidad de un jugador de cañas, hasta conseguir que le atacaran. No bien se lanzaron contra él, Jaime d'Alerig se abrió camino a hachazos por la brecha abierta. Al poco, sus caballeros, dando terribles golpes con esa maza que llaman Misericordia porque no hiere, sino que mata sin remedio, acabaron con varios cientos de infieles que trataban de huir en desorden. Sant Jordi se alejó sin hacer señal a Jaime d'Alerig, reclamado por otras urgencias, y este aprovechó tan fina galantería para decir luego que alguien le había salvado en el combate, pero que no sabía quién. Le habían vuelto a crecer las cejas socarradas y al hablar se movían como abanicos. A Sant Jordi le calló la boca su modestia, y yo no pude gritar la verdad ¡mal pecado!

porque entonces se habría sabido que no estaba combatiendo, sino recluso y oliendo a vinagre, y siento vergüenza de ello pues he hablado mucho de esta batalla como si en ella me hubiera jugado la vida. Ahora que ya soy viejo lo digo, y pido a Dios que me perdone tanta soberbia.

En este combate murió Bernat Dessert, de quien se decía que había sido caballero salvaje y combatido a cuchilladas por muchos dineros. Era uno de los mejores guerreros de la expedición. Había peleado treinta y seis veces contra alemanes, castellanos, borgoñeses, leoneses, venecianos y normandos, cuando un buen día oyó una voz que le prohibía seguir matando cristianos, entre los que había hecho grandísima carnicería. No pudiendo dejar las armas, se unió a nosotros para seguir su gusto, pero sin pecado, aplastando cabezas de infieles. Dios quiso llevarle a la Gloria premiando su obediencia. Su cuerpo apareció debajo de una montaña de turcos muertos, cara al cielo y con una maza rota en la mano.

Al llegar la noche habíamos vencido, sin lugar a dudas. Los turcos se habían refugiado en Mansura y éramos dueños del territorio. El rey reunió a los barones y rezó con ellos. Demos gracias al Señor por habernos honrado dos veces en esta semana, la una el martes, la otra el viernes, y preparemos ahora el sitio de la ciudad pues está de Dios que hemos de vencer por vez tercera. Yo recé con mucha fuerza para que así fuera, pues seguía con la cara limpia.

XIX. DESGRACIAS QUE ACAECIERON TRAS LA VICTORIA

Durante diez días trabajamos en levantar y disponer las tiendas, en reparar las máquinas de asalto, en preparar todo lo necesario para estrechar el sitio de Mansura, pero transcurrido ese tiempo la desdicha volvió a golpearlos. Fue el día décimo de esos trabajos. Estaba yo ocupado en tales menesteres cuando vi correr hacia el río un grupo de hombres que movían mucho los brazos y daban voces. Mi abanderado, a quien todos llamaban l'Estripat por el pedazo de tela que llevaba consigo, y que solo yo conocía el motivo, acudió para avisarme de que estaban saliendo a flote los muertos, cuyo hígado, al pudrirse, produce unos gases potentes que los hinchan como pellejos. Los cuerpos bajaban con la corriente y se amontonaban apretados contra el puente de troncos que unía ambos campamentos, el que mira a Damietta y el que mira a Mansura. Había tal cantidad de cadáveres que un perro habría podido cruzar el río caminando sobre ellos sin mojarse las patas.

El rey y sus barones acudieron de inmediato y contemplaron el espantoso hallazgo con los cuerpos inclinados hacia adelante y las palmas de las manos abiertas. Decidióse pagar a cien menesterosos para que lanzaran los cadáveres por encima del puente río abajo pero primero había que separar a los cristianos de los sarracenos, lo que no era tarea fácil pues la ropa y la carne estaban muy podridas. Fue el obispo Jaime Sarroca quien dio con la solución y él mismo se encargó del asunto como hombre de Iglesia, y es ello que a cada cuerpo le miraba las vergüenzas y solo dejaba ir río abajo a los circuncisos. Es de mucha curiosidad saber que el miembro, por ser en parte como la carne y en parte como el hueso, es correoso y tarda más en pudrirse, por lo que el obispo no encontró grandes dificultades para su inspección y selección. A los cristianos los juntamos en grandes fosas, pero antes fueron bien mirados y examinados por todos, pues muchos buscaban parientes o amigos que bien podían haber quedado presos en Mansura. El caso es que no sé de ninguno que hallara a nadie conocido, pero también es verdad que en ellos lo más difícil de mirar era la cara.

Como estábamos en Cuaresma, los del campamento comíamos pescados del río, sobre todo barbos. Pero los barbos son peces muy voraces y comen carne muerta, así que nos vino la epidemia. Comenzaba por las piernas, las cuales se desecaban hasta hacerse momia, con la piel a escamas como la de las serpientes, pero de color terroso. Luego venían los abscesos y pupas en las encías, que se engordaban de pus hasta alcanzar el tamaño de una castaña. Todo se acababa cuando saltaban dos chorros de sangre por la nariz, y la muerte llegaba casi sin dolor, con un entontecimiento del cuerpo y el seso.

Así aguantamos quince días, sin saber que los sarracenos habían juntado una barrera de galeras en el río, de modo que no podían prestarnos auxilio desde Damietta.

Nos lo dijo la embarcación del mercader Pere Martell, única que pudo escapar al cerco, y también nos dijo que los sarracenos habían llevado sus galeras a hombros una legua río abajo, y por eso no lo habíamos advertido. Así que en lugar de estar nosotros sitiando Mansura, comprendimos que eran los paganos quienes nos tenían sitiados por hambre, sed y peste.

Al saberlo, los mercaderes subieron el precio de sus vituallas y cuando llegó la Pascua un buey valía ochenta libras, un cordero o un cerdo treinta, doce denarios un huevo y diez libras un pellejo de vino. El rey decidió reunir los dos campamentos y cruzamos el puente para hacernos fuertes y resistir, no sin que los sarracenos aprovecharan nuestro movimiento para matarnos muchos hombres mientras cruzábamos los caballos, las tiendas y el equipaje. Éramos cada vez menos, y ahora voy a contar cómo perdí yo a todos mis hombres.

En el paso del río murió Ponç de Xiberta, uno de mis caballeros; la saeta, que le entró por el pecho, apuntaba por la espalda. Durante el oficio, seis de mis hombres se sentaron en unos sacos de cebada y allí hablaban a gritos distrayendo al cura. Fui a recriminarles, haciéndoles ver la villanía que cometían hablando durante la misa, pero estaban tan desesperados y se creían tan perdidos que se echaron a reír en mis barbas y dijeron que estaban sorteando quién se casaría con la viuda de Ponç de Xiberta, mujer de la mejor cuna y modestísima de carácter. Fue tanta mi cólera que se agolpó toda mi sangre en las sienes y no pude responder; doy de ello gracias a Dios pues habría matado allí mismo a seis malos cristianos en pecado. Quedé aturdido y exhausto, y caí en un estupor de muy mal augurio. Mi abanderado tuvo que llevarme a rastras hasta la tienda, en donde quedé profundamente dormido. Pues bien, antes de diez días habían muerto de peste los seis. Mucho tiempo después, yo mismo doté y casé a sus seis viudas, en recuerdo del caballero Ponç de Xiberta.

XX. EL AUTOR CAE VÍCTIMA DE LA EPIDEMIA

Mi desmayo no había sido consecuencia tan solo de la villanía de aquellos malos caballeros; al amanecer sentí que mis piernas comenzaban a enflaquecer y a hacerse momia, al tiempo que las encías se me hinchaban. Sudé mucho, aunque no de calor, me hablaban, pero no oía; podía pensar, pero daba en imaginar quimeras, y así permanecía el día entero.

El cura acudía todas las mañanas a decir misa, pero estaba tan enfermo como yo. En una ocasión vi cómo se pasmaba durante la consagración y se balanceaba como un bolo a punto de caer. Salté del lecho y le sujeté por los sobacos rogándole que no se apresurara y dijera la misa tan despacio como quisiera que ya no había prisa ninguna y nos mirábamos como dos condenados a muerte.

Nuestra situación no era buena y los consejeros del rey y del soldán parlamentaron hasta llegar a un acuerdo según el cual nosotros devolveríamos Damietta y ellos nos darían a cambio el reino de Jerusalén. El soldán se comprometía a cuidar en Damietta a los enfermos que no pudieran seguirnos hasta Jerusalén, en tanto no mandáramos carretas para cargarlos. Pero los sarracenos exigieron garantías y el rey les propuso que guardaran como rehenes a dos caballeros por ellos elegidos, y ellos eligieron al rey. Al saberlo, los barones gritaron que preferían morir antes que entregarle, pues podían regresar a nuestra tierra sin botín y sin gloria, pero no sin rey, de ninguna manera.

Entre tanto la epidemia se extendía y agravaba. Para que los enfermos pudieran comer no hubo más remedio que librarles de las encías podridas, las cuales eran tan gordas que taponaban toda la boca. Los barberos cortaban con sus navajas la carne hinchada y andaban por el campamento, arriba y abajo, todos cubiertos de sangre. Los gritos de dolor al principio espantaban, pero luego causaban mareo. Recordé entonces los que daba mi mujer el día en que parió a Arnau, mi primogénito. No había pensado en él durante todo este tiempo; pero los padres solo recordamos a los hijos cuando somos viejos o estamos enfermos; esperamos vivir en ellos un poco más, después de muertos. Viendo a aquellos pobres enfermos soportar los navajazos, yo pensaba en cómo se aferran a la vida incluso quienes no encuentran en ella más que sufrimiento y humillación.

XXI. PLANEAMOS UNA RETIRADA HACIA DAMIETA

Convencido de lo expuesto de nuestra situación y de la imposibilidad de negociar con los paganos, el rey planeó una retirada secreta, con el fin de ponernos a salvo en Damietta. Al llegar la noche del martes de la octava de Pascua, es decir, el cinco de abril, embarcamos a los enfermos en las galeras para llevarlos río abajo. Luego lo hicimos algunos caballeros, pero otros se quedaron junto al rey, quien ya sufría de la epidemia; tenía frecuentes diarreas, lo que hacía pensar en una muerte próxima. Las galeras bajaban en silencio por el río, completamente a oscuras. En el campamento solo quedaron los incapaces para viajar y un puñado de valientes que impedirían el ataque de los sarracenos. Entre ellos se contaba Jordi de Sant Jordi que se negó a separarse del rey. Él fue, según me han contado, quien sostuvo sobre sus rodillas el cuerpo desfallecido del monarca la noche en que todos creyeron verle morir. Sucedió del siguiente modo. Cuando Sant Jordi comprendió que los infieles iban a penetrar en el campamento, cargó con el rey y lo llevó en hombros hasta una colina. Allí esperó la llegada de los enemigos con la espada empuñada. Cuando los sarracenos descubrieron a Sant Jordi comenzaron a aproximarse despacio y formando un círculo. A medida que se acercaban, Sant Jordi blandía la espada y los paganos retrocedían. Los arqueros no podían disparar porque sus propios compañeros formaban una pared en torno a Sant Jordi y el rey. Todos codiciaban ser los primeros en tocar el cuerpo del rey, pero en cuanto alguno adelantaba un paso, Sant Jordi hacía girar la espada y el silbido del aire bastaba para que retrocediera. Cuentan que el caballero Lanzarote, yendo de caza por los montes Pirineos, cayó de su montura y se quebró una pierna. Al llegar la noche habría muerto devorado por los lobos de no ser por su mastín que plantó cara al círculo de fieras y le defendió hasta el alba. Así, parece ser, mantuvo Sant Jordi a raya un círculo de sarracenos armados, hasta que el emir envió una embajada pidiendo la tregua. Sant Jordi entregó la espada a cambio del anillo que le tendía el mensajero del emir.

En esas horas aciagas, también nuestras galeras caían presas del enemigo que las esperaba río abajo. Soplaban un viento tan furioso que las galeras acabaron por juntarse todas e inmovilizarse frente a las embarcaciones enemigas como un montón de astillas reunidas por la corriente. Los sarracenos nos abordaban y sin apenas resistencia mataban a los enfermos y los arrojaban al agua. Desde las orillas del río los arqueros disparaban sobre nosotros. Mis compañeros me vistieron un arnés de torneo para que las flechas no me mataran. Vimos acercarse a los sarracenos saltando de galera en galera, y cuando ya estaban por llegar a la nuestra, reuní a los hombres y les di a elegir entre rendirnos a los que venían o saltar a la orilla y entregarnos a los arqueros del emir. El timonel, marinero de Tarragona, dijo que era preferible dejarse matar porque así iríamos todos juntos al Paraíso. Pero no le hicimos caso.

Al fin nos abordaron y con terribles gritos más propios de bestias que de humanos, comenzaron a cortar gargantas. El timonel, que conocía las lenguas bárbaras, cada vez que veía acercarse un soldado con la intención de matarme, gritaba: ¡Primo del rey!, y así salvé la vida, gracias a la astucia de uno y la codicia de los otros, que a veces son los defectos ajenos lo que nos salva, y no las virtudes. Me condujeron a la galera donde iban juntándose los cristianos que podían pagar rescate (y que llegaron a ser doscientos ochenta); me desnudaron el arnés, pero consintieron en cubrirme con la manta escarlata que mi señora madre me había obsequiado para el viaje. Practiqué un agujero en la manta y la pasé por mi cabeza, al tiempo que la ceñía con una velorta. Estaba tan débil y asustado que temblaba como una caña. Pedí un poco de agua, pero al sorberla me salió toda por la nariz. Supuse que era debido al abceso de la garganta, con lo que ya podía darme por muerto, y así se lo dije a mis gentes. Comenzaron a llorar quedamente y a mirarme con hondísima pena. No pasaron inadvertidas de los sarracenos esas lágrimas y uno de ellos se aproximó preguntando el suceso. Explicó el timonel de qué se trataba y al saberlo se me acercó y palpó con sus dedos mi cuello; luego mandó que abriera la boca e introdujo el índice hasta hacerme toser. Sabido es que los infieles poseen asombrosos conocimientos del cuerpo humano y son los más grandes físicos del mundo, ya que no se preocupan del alma y ponen toda su pasión en la envoltura carnal. Este hombre del que hablo, simple soldado, me dio a beber una pócima caliente y al cabo de unos días me encontraba ya mucho mejor; la hinchazón de las encías había disminuido y aunque mis piernas seguían delgadas como cañas, algo de carnicilla notaba yo que se pegaba al hueso. Parecía cosa de milagro.

Por cierto que el primer alimento que pude comer fue un trozo de carne de vaca, y estaba ya tragándolo cuando se me acercó Ramón de Concas, burgués de Barcelona y uno de los propietarios de las galeras que traíamos, y con la cara muy espantada me gritó: ¡Qué estáis haciendo, señor! ¿Pues qué estoy haciendo?, repliqué. ¡Por los clavos de Cristo! ¿Acaso no sabéis que hoy es viernes? Al instante arrojé la escudilla y traté de vomitar, sin conseguirlo. El obispo Jaume Sarroca, que también estaba en la galera, tan delgado que solo se le veían los dientes afilados como puñales, me consoló, pues, según él pensaba, no sabiendo en qué día de la semana nos encontrábamos, el pecado solo podía ser venial. Ramón de Concas no opinaba lo mismo y me miraba con un mohín de horror, como quien contempla a un apestado, pero yo creo que lo hacía por mortificarme, que estos burgueses son muy envidiosos. Varios doctores de la Iglesia a quienes consulté tiempo más tarde, confirmaron el juicio del obispo. Pero Ramón de Concas meneaba la cabeza con gran preocupación, se mesaba el mentón y decía: No sé, no sé.

XXII. SE ME ENCOMIENDA UN MUCHACHO LLAMADO BARTOLOMÉ

El domingo recibimos orden de bajar a tierra. Una vez tendido el puente vimos que nos esperaba una compañía sarracena con la espada desnuda. A medida que bajábamos, los sarracenos decapitaban a quienes no podían hacerlo por su propio pie; luego los arrojaban al río. Siendo yo la persona de mayor autoridad del grupo (o al menos así lo creían ellos) les dije que obraban mal, pues el mismísimo Saladino opinaba que no debe matarse a ningún hombre a quien se le haya dado el pan y la sal. Un capitán infiel me respondió que aquellos hombres iban a morir sin remedio, pues no podían socorrer a los enfermos a partir de un momento avanzado del mal, y que mejor era acabar cuanto antes por pura misericordia, sin esperar el vómito negro. Luego me ordenó bajar con él, y advertí con sorpresa que me sostenía por el brazo fingiendo hablar conmigo, de manera que me llevaba casi en volandas. Así me salvó de morir decapitado pues yo no habría podido descender por mí mismo.

Una vez en tierra, este capitán me dijo que todos los marineros habían renegado. Contesté con menosprecio que si nos abandonaban tan deprisa, más deprisa aún les abandonarían a ellos, y que más vale al hombre ser bueno a la fuerza que malo por gusto. Sonrió entonces el capitán, que era de rasgos muy nobles y finos, con hermosas ojeras negras y pestañas plateadas, y dijo: Por volver a Saladino, también ha escrito que nunca vio a un mal cristiano convertido en buen sarraceno. Yo le miré admirado de su finura, y vi que también él me observaba por el rabillo del ojo. Llevaba la cabeza tocada con un turbante de seda color limón que aún resaltaba más el color vinoso claro de su piel.

Este guerrero iba acompañado por un muchacho de rasgos casi femeninos a quien tomé por su querido o copero, infame costumbre muy extendida entre estas gentes, pero estaba equivocado, como se verá. El capitán y su miñón nos acompañaron hasta Mansura, en donde estaban presos el rey y restantes caballeros. A la entrada del gran pabellón de tela que los cobijaba, el escribano del soldán iba registrando nuestros nombres sobre un pergamino. Cuando ya estaba por entrar en la tienda, el capitán me apartó del grupo y habló de esta manera: He oído vuestro nombre cuando lo dictabais al escribano. Me sorprende comprobar que no sois primo del rey, pero por fortuna vuestra madre es prima hermana del emperador Federico de Alemania, lo que aún os hace más digno de mi confianza. Según habréis constatado, os he protegido cuanto he podido, y espero ahora vuestro agradecimiento de hombre bien nacido. Señor, sabed que este muchacho que aquí veis, es un bastardo de altísima cuna, fruto de los amores culpables de una cristiana y un mahometano. Yo mismo he cuidado de su educación, que creo esmerada. Os pido que le llevéis a vuestra tierra y allí le mantengáis en el seno de vuestra familia, bautizado y cristiano, como su madre sin duda querría. Se

llama Bartolomé, y es tan gracioso de espíritu como de miembros.

El honor me impide escribir quién sospecho yo que es la madre de Bartolomé, pero cuento este suceso pues he venido soportando muchas chanzas sobre el muchacho desde que regresé de Tierra Santa, y quiero dejar aquí escrita la verdad. Hice de Bartolomé mi escudero, tras jurar por la cruz que le protegería, y su lealtad ha sido desde entonces la que un padre desea para su hijo.

Cuando entramos Bartolomé y yo en el pabellón, tras despedirnos del gallardo capitán sarraceno, los presentes, que no bajaban de diez mil, prorrumpieron en gritos de júbilo. Jordi de Sant Jordi se precipitó en mis brazos y luego me miró de la cabeza a los pies. Estás muy flaco, dijo, pero tienes la cara limpia. Y señalaba el jabeque de su mejilla derecha como quien muestra un buen caballo. La herida brillaba con una luz bermeja que parecía encenderse cuando Sant Jordi reía.

Fuimos juntos a rendir homenaje al rey, cuyo estado era muy lamentable. Me reconoció, pero no pudo apenas articular palabra: solo hizo un gesto como diciendo cuán movediza es la fortuna, alzó las cejas y se durmió, o así lo simuló. Estaba tendido en forma de ese, con la barba puntiaguda rozando la tierra. Parecía el rey David en aquel cantar que dice: triste estaba el rey David, por la muerte de Absalón. Así se lo comenté a Sant Jordi, y debió de oírlo Bartolomé, pues al instante comenzó a cantar con una voz muy suave:

Triste estaba el rey David
triste y con gran pasión
cuando le vinieron nuevas
de la muerte de Absalón.

Quedó todo el mundo pasmado y admirado; incluso el rey abrió levemente los ojos. Conté a Sant Jordi la historia de Bartolomé, y Sant Jordi miraba fijamente al muchacho, se rascaba la herida y decía, vaya, vaya.

XXIII. COMENZAMOS A NEGOCIAR NUESTRO RESCATE

Pocos días más tarde mandó el soldán a sus portavoces con el fin de negociar el rescate. Designamos para ello a Hug de Mataplana, hombre muy avaro y riquísimo, experto en las malas artes de la compra y de la venta, y cuya cabeza semejaba la del halcón, pero sin su nobleza. La conversación se llevó a cabo con la ayuda de dos truchimanes que repetían en cristiano y en sarraceno las preguntas y las respuestas; las cuales fueron más o menos estas: Señor, ¿queréis ser liberado? Mataplana dijo que sí. ¿Y qué podéis dar a cambio de vuestra liberación? Lo que razonablemente nos pidáis. ¿Daríais algunos castillos de los barones? Mataplana dijo que sí, pero que no podía darlos vacíos, sino con su gente dentro, y que sería tarea del soldán el vaciarlos. Pidieron entonces los sarracenos que se les entregaran los castillos de Tierra Santa, los de la Orden del Templo y los de la Orden del Hospital. Mataplana replicó que los caballeros templarios y hospitalarios juran por las reliquias no rendir sus castillos, y que él no era quién para romper un juramento, pero que podían ir a los castillos e invitar a sus ocupantes a que abjuraran, y que él les acompañaría con mucho gusto.

La conversación duró más de dos horas, pero siempre con la misma tonadilla. Viendo los portavoces que no ganarían nada hablando con Hug de Mataplana, se retiraron. Al poco volvió uno de ellos con la orden de que eligiéramos cuatro negociadores, ninguno de los cuales podía ser Hug de Mataplana. Consultamos con el rey y este ordenó que fueran Ramón Alemany, que había salvado al rey de morir quemado; el obispo Jaume Sarroca, por parte de la Iglesia; Sant Jordi, cuyo coraje admiraban mucho los sarracenos; y él mismo. Protestamos que no podía negociar en su estado, tan enflaquecido y disipado, pero nadie pudo convencerle, y es que, al recuperar las fuerzas, renacía en su corazón el gusto del enfrentamiento.

No sé la de veces que Sant Jordi me contó la negociación que siguió, y la de veces que le pedí me la repitiera. A pesar de su debilidad, desde el primer momento fue el rey quien dominó la situación; a su lado, el soldán, que había acudido personalmente por el orgullo de negociar con un rey, parecía un vendedor de altramuces. Repitió el sarraceno la petición de castillos templarios y hospitalarios, a lo que el rey respondió como ya lo había hecho Mataplana. Le amenazaron con el cepo, que es una doble tapa de madera dentada, en cuyo medio se introducen los pies; un esbirro monta entonces sobre ella hasta triturar los huesos de la víctima. El rey se incorporó como pudo, mirando a su alrededor como si buscara el cepo para meterse en él al instante. El soldán, asustado por la resolución del rey, levantó al aire los brazos y agitando las amplias mangas exclamó: ¡No sabéis negociar!, lo que arrancó la risa de los truchimanes.

Tras un descanso durante el cual les dieron a beber un agua caliente muy aromática y dulce, prosiguió la conversación. Era obligado que íbamos a devolver

Damieta, pero el soldán exigía además una cantidad de dinero. Si es una cantidad honorable, dijo el rey, se lo haré saber a la reina. ¿Y por qué no os comprometéis vos mismo?, preguntó el soldán. Porque la reina bien puede juzgar excesiva la cantidad y no pagarla. El soldán y sus ministros se miraron desconcertados, pues para los mahometanos las mujeres son algo más que perros pero mucho menos que caballos. Parlamentaron en secreto y finalmente dijeron que seríamos liberados si la reina se avenía a pagar un millón de besantes de oro, es decir, quinientas mil libras. ¿Lo juráis?, preguntó el rey. De nuevo se desconcertaron los sarracenos, pues no esperaban una respuesta tan repentina, pero al cabo dijeron que sí. Entonces, añadió el rey, juro pagar quinientas mil libras por la libertad de mis gentes, y Damieta por la mía, ya que no es propio de mi persona y dignidad comprar con monedas la libertad. El soldán se alzó de un salto y prorrumpió en gritos: ¡No es forma de hablar! ¡No es forma de negociar!, exclamaba rojo de ira. Luego, ya más sosegado volvió a sentarse sobre las piernas y añadió: Entre personas finas no hay negocio si no hay regateo. Sois muy orgulloso, señor, pero también yo lo soy, así que os rebajo cien mil libras, queráis o no queráis. Y así se cerró el trato en cuatrocientas mil libras y la ciudad de Damieta.

Cuando Sant Jordi concluía este relato abría los brazos y por su cara se extendía una sonrisa luminosa que hacía brillar la herida. Habiéndome ocupado posteriormente del tesoro, puedo aseguraros que esa cantidad de cuatrocientas mil libras no llega a un año de rentas de la casa real, pero para los sarracenos es una suma enorme, pues son pueblos misérrimos y de muy poco señorío.

XXIV. EN EL QUE SE DA CUENTA DE UNA TRAICIÓN Y DE SUS CONSECUENCIAS

Así pues, todo andaba dispuesto para que el sábado previo a la Ascensión diéramos nosotros Damietta, y el soldán la libertad al rey y sus barones. Pero había ordenado Dios que las cosas fueran de otra manera harto más complicada, pues los humanos buscamos siempre la simplicidad, pero en ella no hay mérito ni lugar para la grandeza.

Siendo como es tan descomunal el poder del soldán, debe mantenerlo siempre en el puño, sin dejarse reposar un solo instante, pues no habiendo entre él y sus primeros vasallos más que un vertiginoso abismo, solo el más audaz puede atravesarlo, y esa, la audacia, es justamente la mejor virtud de un soldán. Como en todo poderío desmesurado, en el poder del soldán hay un peligro constante acechando tras el paso de las horas. El soldán que había negociado con nuestro rey tenía una madrastra, viuda de aquel otro soldán fallecido al comienzo de nuestro desembarco, gracias al cual tomamos Damietta sin lucha. Esta viuda, mujer todavía ardiente, buscó pronto compañero entre los guerreros de su hijo; pero así como las mujeres infieles se apaciguan y contentan con el solo trabajo del rijo, los hombres se inquietan cuando olfatean una gloria al alcance de la mano. Apretada por el concubino, la viuda utilizó su autoridad y riqueza para armar una conspiración entre los mamelucos y emires descontentos, los cuales aceptaron como nuevo soldán al concubino, y asesinaron al otro, arrojando su cuerpo a los perros.

No se espante nadie de la ferocidad de la viuda, pues si bien es cierto que en nada se parecen a las madres cristianas, también es verdad que las madres musulmanas tienen los hijos a centenares, ya que andan revueltas en el serrallo y es difícil recordar, con el paso del tiempo, a qué madre pertenece tal o cual hijo. Esta viuda llamaba hijo suyo al asesinado, pero del mismo modo que llamaba hijos suyos a otros cincuenta mozos, algunos mayores que ella en edad, y sospechosos de haberla montado alguna vez.

Tras el asesinato vino la orgía y nosotros, que estábamos ya embarcados con intención de bogar a Damietta en cuanto se nos diera libertad, sufrimos las consecuencias. El día del asesinato aparecieron en nuestra galera unos treinta sarracenos espada en mano y hachas danesas al cuello. Pregunté al conde de Ampurias, a quien tenía a mi lado y comprendía el sarraceno pues había practicado de alhaquín en Toledo durante su juventud, qué estaban gritando aquellos hombres. Me respondió que iban a cortarnos la cabeza, lo que fue oído por muchos de mis compañeros, los cuales se apresuraron a confesar con un trinitario, de nombre Tomás, que pertenecía a la hueste de Hug de Mataplana. En semejante trance yo no podía recordar pecado alguno, así que me arrodillé delante de un sarraceno y grité: ¡Tú me

harás santo! Pero el hombre no se movió y quedé un poco corrido. A mi lado, el conde de Ampurias se hincó de hinojos y comenzó a confesar. Al término de su confesión le dije: Os absuelvo por el poder que Dios me ha dado. Pasamos tanta estrechez aquellos meses que no recuerdo uno solo de los pecados del conde, y aunque así se lo he dicho en numerosas ocasiones, él continúa mirándome con temor cada vez que coincidimos en palacio.

Los sarracenos acabaron por aburrirse de su comedia y nos encerraron en la sentina. Algunos de los nuestros creyeron que era para matarnos uno a uno, de modo que las confesiones siguieron a buen paso. Estábamos muy apretados e incómodos y mis pies rozaban la cabeza de Jaume d'Alerig, así como los suyos la mía. En dos ocasiones le vi reír y juzgué que había perdido el seso, pero al parecer eran los pelos de mi barba, en contacto con sus pies, lo que irritaba su hilaridad.

XXV. JURAMOS LOS PACTOS

Al día siguiente corrió la orden de jurar los pactos con el nuevo soldán y así colegimos que íbamos a salvar la vida, pero el juramento de los pactos también tuvo su víctima. Con los pueblos bárbaros no hay negocio o mudanza que no cueste sufrimiento. Nada es feliz, nada es quieto, todo es violento.

El juramento sarraceno fue decidido sin problemas y salió como sigue: que si el soldán no observaba lo pactado fuera deshonrado como el pecador que peregrina a la Meca con la cabeza descubierta y como el hombre que abandona a sus mujeres y luego vuelve a tomarlas. Esto es así, y muy gravoso, porque el peregrino no puede descubrir su cabeza hasta que es alfage, o sea, hasta concluida la peregrinación, y porque no puede volverse a coger una mujer abandonada más que en el caso de que otro hombre la monte previamente. La tercera fórmula del juramento era más común de comprender: que fuera deshonrado como el sarraceno que come carne de cerdo. El conde de Ampurias, que trasladaba al cristiano, aseguró que eran juramentos muy fuertes según la ley de Mahoma, y el rey los aceptó.

A continuación los emires propusieron los juramentos del rey. El primero no provocó reacción alguna: que si el rey no observaba lo pactado fuera deshonrado como el cristiano que reniega de Dios y su Madre, y privado de la compañía de los Doce Apóstoles y de todos los Santos y de todas las Santas. El segundo era: que fuera deshonrado como el cristiano que escupe sobre la Cruz y la pisa. Cuando el rey oyó este juramento, y ante la perplejidad general, aseguró que jamás le arrancarían un juramento semejante. El conde de Ampurias parlamentó con los emires y regresó muy inquieto y tembloroso. Señor, dijo, los emires están furiosos porque ellos ya han jurado lo de la cabeza descubierta y lo de las mujeres abandonadas, y ahora creen que les habéis engañado y que no vais a jurar, con lo que ellos tendrían que cumplir y vos no; de modo que han decidido cortaros la cabeza a vos y luego a todos los barones si no juráis ahora mismo. A lo que el rey respondió que prefería perder la cabeza antes que jurar aquello, sin que nadie se explicara por qué no quería jurar. Los emires tomaron entonces al conde de Ampurias y lo colgaron de la viga del pabellón donde parlamentaban, con las cuerdas tan prietas que a las tres horas ya le brotaba la sangre por debajo de las uñas. Desde su percha el conde gritaba al rey que firmase por el amor de Dios, pero este se negaba una y otra vez, con los brazos cruzados y meneando la cabeza. Así estuvo hasta que el obispo Jaime Sarroca le dijo que tomaba sobre sí el pecado, en caso de que no se cumpliera el pacto. ¿Puede hacerse eso?, preguntó el rey, ¿puedo jurar yo y responder vos del perjurio? El obispo Sarroca aseguraba que sí con gran vehemencia, aunque todos advertíamos lo extraño del caso. ¿Tomáis el pecado sobre vos? ¿No me engañáis?, insistió el rey. Pues vuestro será el pecado aunque mía sea la firma. Y estampó su nombre en el pergamino. El conde de

Ampurias, que es hombre de maneras muy finas y afables, cortés y suave como pocos, fue descolgado medio muerto y hablando en sarraceno cosas desconocidas que hacían reír a los emires. Nunca hemos averiguado por qué el rey se negaba a jurar aquello de la Cruz, pero yo sospecho que fue para infundir seguridad a los emires de que se trataba de un juramento muy terrible.

XXVI. RENDICIÓN Y ENTREGA DE DAMIETA

Firmados que fueron los pactos entre el rey y los emires, se decidió proceder a la entrega de Damieta al siguiente día de la Ascensión. La tarde del jueves nuestras galeras anclaron en medio del río, ante el puerto de Damieta, en donde se levantó una tienda toda emparamentada para el rey. Lucía tan alegre como un ave multicolor que llaman garza o urraca y que es negra, azul y blanca. También el río, aquella tarde, se encendió de rojo. Todos andábamos temblorosos de emoción y hablábamos en voz muy baja.

Al amanecer, el obispo Hug el Negro rindió la ciudad de Damieta. Desde las galeras vimos alzarse en las torres las enseñas del soldán y hasta los más recios guerreros lloraron como niños. El obispo Hug, con toda su humanidad, se lamentaba como una dueña: habrán roto la imagen de Santa María, yo le ponía lirios todas las mañanas, gimoteaba. A mi lado un barón muy circunspecto comentó por lo bajo: cardos serían, cardos. Todo el trabajo y la batalla no había dado más que muertos; ni una ciudad ganada para el Señor Jesucristo, solo muertos, heridos y descalabrados. ¡De tal guisa íbamos a regresar a nuestra tierra, peste de Dios!

Comenzaron a embarcar nuestras gentes de Damieta, excepto los enfermos incapaces, según se había pactado. Al tiempo que subían los sanos y los íbamos abrazando, desde Damieta llegaban a nuestros oídos unos gritos espantosos. Eran los pobrecitos inválidos; fueron todos muertos. En la tarde del viernes vimos alzarse en la ciudad el resplandor del infierno y un humo espeso formaba columnas gruesas como castaños. Pronto entendimos que estaban quemando a nuestra gente, y unos centinelas nos dijeron que también quemaban las salazones, pues no podían comerlas, y atizaban el fuego con la madera de nuestras máquinas. El hedor era tan espantoso que muchos vomitamos un agüilla verde, pues hacía ya dos días que no comíamos. El fuego duró todo el sábado y todo el domingo.

El lunes, día en que debíamos ser liberados, se levantó una violenta disputa entre los emires. El conde de Ampurias la iba trasladando y a cada palabra creíamos perder un año de vida. Todo comenzó cuando uno de los emires gritó a sus compañeros que debían matarnos a todos: De ese modo, decía, nada habrá que temer hasta dentro de veinte años, pues sus hijos son pequeños. Se alzó entonces un sarraceno de la Mauritania, hombre de aire noble y gallardo llamado Sebreci y respondió que si nos mataban ahora, después de haber matado al soldán, el mundo entero diría que los egipcios eran unos bellacos. El otro replicó: Es cierto que obramos mal matando al soldán, pues está escrito: «guardarás a tu señor como a la niña de tus ojos», pero ¿recuerda alguno de los presentes cuál es el siguiente mandamiento? Los emires se miraban los unos a los otros con gran consternación, como niños cogidos en falta. Pues os lo voy a leer, prosiguió el sanguinario, y tomando el libro que llaman Alcorán

leyó lo siguiente: «Para custodiar la fe, mata al enemigo de la ley». Luego miró en torno suyo con gesto desafiante. Algunos emires le pidieron el libro, como si no se lo creyeran, y repasaban las páginas con expresión de decir a ver, a ver. Otros inclinaron la cabeza avergonzados. Nosotros nos dimos por muertos y comenzó de nuevo el alud de confesiones. Yo me preguntaba qué pecado podían haber cometido aquellas gentes en el espacio de tan pocas horas y en nuestras condiciones, pero la debilidad humana tiene un aliado poderosísimo en la fantasía y los hombres pueden ingeniárselas para pecar en las situaciones más insospechadas.

Pero igual que se disipa una tormenta de verano, al atardecer todo cambió de signo. Luego supimos que los emires habían optado por una solución más sencilla y habían ajusticiado al lector del Alcorán. El caso es que nos llevaron a tierra y cuando ya creíamos estar a punto de perder la cabeza, nos ofrecieron un buñuelo de queso. Allí estábamos los supervivientes, barbados, sucios, vestidos con harapos, temblando por nuestras vidas y mirándonos los unos a los otros con un buñuelo en la mano. El obispo Jaume Sarroca fue el primero en morderlo con un gesto zorruno, mirándonos de hito en hito por encima del buñuelo. Los demás le dejamos hacer y esperamos. Viendo la cara de satisfacción del clérigo y comprobado que no eran de veneno, mordimos todos a un tiempo llorando de alegría. Entraron entonces cinco sirvientes con unas bandejas llenas de huevos duros. Las cascarras estaban pintadas con rayas de colores, en esas formas moras tan preciosas que son como cintas enredadas. En aquel preciso momento Jaume d'Alerig alzó los brazos y dio unas voces ensordecedoras que nos hicieron creerle loco, pues yo mismo había hecho correr esa voz tras verle reír en la sentina de la galera, pero tanto insistía en señalar un punto de la costa que forzamos la vista y al poco vociferábamos todos a una como enajenados, pues era la galera de rescate que acudía para llevarnos a casa. Quizá son las cejas desmesuradas de Jaume d'Alerig lo que agudiza tanto su vista, así como las enormes orejas del conejo le permiten oír mucho más que a los restantes animales.

Embarcamos junto al rey, en aquella galera, Jordi de Sant Jordi, Ramón Alemany, los obispos Jaume Sarroca y Hug llamado el Negro, Jaume d'Alerig, el maestro del templo Guillem de Montrodón, Hug de Mataplana, Berenguer d'Entença, el conde de Ampurias y hasta ciento cincuenta caballeros que sería tedioso nombrar. Ramón Berenguer, conde de Provenza, quedó de rehén hasta que el rey pagara las cuatrocientas mil libras del rescate, por ofrecimiento propio y en vista de la mala salud de los restantes.

XXVII. DE CÓMO PAGAMOS EL RESCATE. EL AUTOR TROPIEZA CON LOS TEMPLARIOS

El sábado siguiente a la Ascensión comenzamos a pagar, y duró el pago todo el día del sábado y hasta la noche del domingo, ya que pesábamos las monedas en una balanza cuya carga alcanzaba justo las diez mil libras. Una vez pesado el tesoro del rey, los tasadores hallaron que faltaban aún treinta mil libras. Sin pensarlo dos veces aconsejé al rey que se las pidiera en préstamo al mariscal de los templarios. Son gente de magnífica fortuna, añadí, y apenas han gastado una dobla en esta expedición. El rey se mostró de acuerdo y me confió el negocio. Acudí, pues, a hablar con Guillem de Montrodón, leridano bajo y duro como un mojón de camino, el cual, nada más oír mi propuesta contestó que había aconsejado muy mal al rey pues la orden solo acepta dinero en depósito y bajo juramento de no ponerlo en otras manos que las del donante. El caso es que aquel hombre grosero y falso logró encender mi cólera, le aparté de un manotazo y pasé al interior de la tienda donde guardaban los templarios sus riquezas. Junto a los cofres del dinero cinco hermanos templarios desnudaron la espada, pero el maestre gritó desde la entrada que yo era un enviado del rey, avisando con ello que mi sangre podía salirles más cara que treinta mil libras. Pedí entonces las llaves de los cofres, sin ningún resultado, pero viendo en el suelo una maza, la agarré para descerrajar el primer cofre que se me pusiera delante, a lo que, adivinando mi resolución, el hermano Guillem me detuvo muy zalamero y dijo: Bien veo que vais a hacernos violencia en nombre del rey, así que os daremos las llaves contra una garantía sobre las tierras de la corona en la ciudad de Castelló. Repliqué que eso era dudar de la palabra del rey, pero que aceptaba la garantía sobre mis propias tierras, que nada tienen que envidiar a las de la corona. Eligieron entonces un cofre apartado, lo abrieron y alcancé a ver el nombre de su propietario escrito en la tapa: era uno de los caballeros muertos en Mansura, hombre soltero y sin familia. Aquellos levitas prestaban el dinero de un difunto. Tomé el pagaré con un inmenso asco, lo firmé y salí de allí como escapado de una jaula de sierpes. Ni siquiera me ayudaron a portar la pesadísima carga, por lo que tuve que acudir de nuevo con dos soldados de mi hueste para el traslado. Cuando al fin vi el dinero en la tienda del rey no pude menos que bromear. ¡Ved, señor, lo que vale la amistad de los templarios! Entonces tuvimos la inmensa alegría de ver reír a nuestro rey. Era la primera vez que reía desde el asalto a Damietta, y con ello supusimos que su vida estaba ya a salvo.

Con aquellas monedas completamos el pago y una vez efectuado, se lo vino a comunicar Hug de Mataplana quien había sido autorizado a negociarlo por sus defectos o virtudes mercantiles. Llegó de muy buen humor ante el rey: He conseguido engañarles en una pesada, dijo; estos sarracenos ni siquiera saben contar. El rey se enojó mucho y Mataplana, asustado, pretendió que todo había sido una

broma. Más tarde añadió las diez mil libras por miedo a que el rey mandara pesarlo todo de nuevo. Al reponer el dinero renegaba por debajo de su nariz curvada como una hoz. A los incautos hay que robarles, decía, eso no es pecado. Tenía los ojos en llamas.

Una vez entregado el pago y cumplidos los juramentos, comenzamos a aparejar muy contentos, a pesar de los muchos muertos y el gran descalabro de la expedición, pero cuando ya estaba todo preparado, los mensajeros mamelucos dijeron que se lo habían pensado mejor y que no entregarían al conde de Provenza, porque iban a pedir otro rescate. Algunos caballeros no podían creer en tanta perfidia, pero esta suerte de traiciones son muy frecuentes entre los sarracenos, pues están habituados a maltratarse entre sí; es gente miserable y sin corazón humano ni habla de razón.

El rey quedó sumido en la más negra desesperación, pues ni fuerzas le quedaban para la ira, y hasta enflaqueció un poco más. Bernat d'Entença quería atacar a los sarracenos; una locura más de aquella alma rota por la tristeza. Al fin el rey dijo con una voz de muerto que él había cumplido su palabra y si los sarracenos no cumplían la suya era pecado espantoso que añadían a los muchos ya cometidos, y que ya no podíamos hacer nada más. Nos resignamos y soltamos amarras. Bogábamos en silencio, muy tristes y avergonzados por la suerte del conde de Provenza, gran caballero a pesar de su idioma y maneras. Nos deshonoraba que quedara de rehén el único extraño unido a nuestras tropas; la Europa entera creería que nos habíamos salvado a su costa. No habíamos hecho ni tres leguas cuando un galeón se nos aproximó a todo trapo y estando ya a pocas brazas, y temiéndonos una nueva traición, pudimos oír una voz que gritaba: ¡Es mí, es mí: ellos me han dejado, se han entrematado!, dicho todo como en lemosín. El rey cambió el color del rostro: ¡Traed antorchas, traed antorchas!, ordenó moviéndose de un lado a otro con la agilidad de una ardilla. A la luz de los hachones vimos al conde de Provenza haciendo aspavientos en el castillo del galeón y gritando en lo que él suponía era nuestro idioma: ¡Vosotros creís iros sin mí! ¡Yo vengo por compartir la gloria vuestra! Los sarracenos nos habían amargado hasta la última hora que hubimos de pasar en su condenada tierra. ¡Dios les tenga una misericordia que no se merecen!

XXVIII. ENOJO DEL REY Y LLEGADA A SAN JUAN DE ACRE

Tardamos seis días en llegar a San Juan de Acre y durante ese tiempo hice compañía al rey, tan enfermo como yo mismo, muy enflaquecido y disipado de seso. En tan triste estado me contó lo que antes he relatado, y yo a mí vez le expliqué mis propias desdichas, y con ello sellamos amistad. Al quinto día cayó en la cuenta, con gran asombro, de las poquísimas visitas recibidas, y en especial la ausencia de Ramón Alemany, que había sido su mano derecha durante toda la expedición. Envié a Bartolomé, que no se apartaba de mi lado, en busca de informes, y regresó al poco diciendo que Ramón Alemany hacía cinco días que jugaba a las tabas con Hug de Mataplana y que toda la tripulación andaba pendiente de la partida, pues se estaba arruinando. El rey, a pesar de su flaqueza y debilidad, se levantó como un tigre y apoyándose sobre Bartolomé salió al encuentro de los jugadores. Yo les seguí, ayudado por Sant Jordi que había asistido a la escena y se reía por lo bajo. El rey marchó hacia un numeroso grupo de curiosos que rodeaba a los jugadores en la cubierta, sin atender al viento ni al salitre. Apercebidos de su llegada, los curiosos se abrieron como moscas espantadas y dejaron al descubierto a los jugadores, tan quietos y concentrados que ni se percataron de lo que sucedía. Parecían un buitre y un mastín enfrentados. El rey gritó cosas muy gruesas e imposibles de escribir, echando espumarajos por la boca; agarró los dados y los lanzó a la mar con toda su fuerza, que no era mucha, y en seguida cayó desvanecido. Alemany, pálido y asustado, lo alzó del suelo como un atado de cañas y desde entonces no se apartó de su lado. Yo vi que al amparo de la confusión Hug de Mataplana se apropiaba de los dineros que estaban sobre la mesa. Lo digo aquí porque es cierto y porque es el hombre más rico y avaro del reino y ha causado innumerables desgracias en cientos de familias.

Cuando llegamos a San Juan de Acre, que es ciudad costera al norte de Jaffa y a unas siete leguas al sur de Tiro, como enfrente del lago Tiberiades por el que anduviera tan hermosamente el Señor Jesucristo, y como a quince leguas al noroeste de Jerusalén, por lo que es puerto de muchísimo tránsito, nos recibieron con grande fiesta y procesión. Todos llorábamos muy fuerte de los ojos y apenas si podíamos mantenernos en pie. Me tumbé en unas parihuelas porque no lograba caminar, y escoltado por Bartolomé y por Sant Jordi pude llegar hasta el palacio preparado para el rey y sus peregrinos, es decir, una casa de dos pisos, en piedra gris muy blanda y comida por el aire y el agua. Aunque modesto, palacio era, pues albergaba al rey.

Estaba yo tratando de recobrar el aliento, apoyado en una ventana cuya fresca sombra me devolvía a la vida, cuando se llegó hasta mí un mensajero del rey rogándome fuera a comer a la mesa de mi señor. Yo no quise presentarme cubierto de roña y vestido con harapos, así que pedí a Bartolomé buscara unos baños. Los había muy buenos a la misma esquina de palacio, umbrosos y de altísimo techo, pero

cuando el agua helada me llegó al estómago se me hizo un claro en el seso y quedé como muerto.

Cuatro días anduve entre la vida y la muerte; al quinto desperté feliz, limpio y vigoroso como un joven. Entonces recordé que no era tan raro, pues al cabo yo era todavía un mozo, por muy senil y acabado que me sintiera. Bartolomé ya tenía preparados unos calzones nuevos, un gámbax y hasta un capirote con manga, todo muy grosero, pero en aquella tierra no lo hay mejor. Así apersonado, pero con la íntima convicción de parecer un buhonero, fui a presentarme ante el rey quien me recibió disimulando la mala impresión que le producía mi aspecto y reprochándome cariñosamente el gran retraso de mi visita. A partir de ahora comerás y cenarás a mi lado, dijo, en tanto no decidamos regresar a casa. Y luego, como dirigiéndose a un secuaz, añadió en voz más baja: Así podrás apartar algún dinero. Y es lo cierto que la apretura en que me hallaba era extrema.

Por ver de aliviarla acudí a la casa de los templarios para pedir de prestado, pero guardaban mucha inquina tras el episodio de los cofres. Juraban por todos los santos haber entregado su tesoro al rey; y yo veía sobre una bandeja no menos de cien perpres griegos de oro, como olvidados al acaso, o por chancearse de mí, así de grande es la riqueza y la avaricia de esta mala gente de Dios, que más parecen judíos que cristianos.

Fue el mismísimo obispo de Acre quien me cedió la casa del párroco de San Miguel, muerto de fiebres, para que me instalara allí con las pocas gentes que me quedaban. Era edificio de piedra, muy simple, adosado a la iglesia del ángel espadíforo, oscuro como una ermita de monte y frío incluso en aquellos meses de grandísima calor. Yo comía y cenaba con el rey y demás barones, pero mis gentes tenían que robar para comer; yo desde luego lo sabía, pero disimulaba.

XXIX. SE PLANTEA EL REGRESO O LA PERMANENCIA DE LOS PEREGRINOS

Un domingo, tras la misa, el rey mantenía un silencio de mal agüero que nos hizo sospechar algún acontecimiento. A la hora del almuerzo, antes de que sirvieran el vino, dijo: Señores, mi madre la reina ha enviado mensajeros con la mayor urgencia. Debo regresar de inmediato, según dice, para defender mis tierras del acoso de moros y castellanos. Pero me indican que Acre caerá en manos sarracenas en cuanto salgamos de aquí, pues el soldán se ha crecido con nuestra derrota y espera ampliar el botín siguiéndonos los pasos. Ahora podéis reflexionar; ya me contestaréis dentro de ocho días, cuando reunamos de nuevo el consejo.

Ante el anuncio de peligro algunos caballeros aparejaron sus galeras y partieron a toda prisa, hartos de penuria y hambre. No voy a decir quiénes son, pues todos lo saben, ya que fueron los primeros en llegar. Yo no habría podido partir, aun queriéndolo, por falta de dinero, pero me retenía otra razón y es que hay una maldición para los cruzados: no pueden regresar a sus tierras, abandonando en manos sarracenas a las pobres gentes que les han seguido, sin pérdida irreparable de la honra. Quizá podría haber reunido dineros para mi regreso, pero no para el de los pocos hombres que me quedaban. Lo digo de buena fe, créame quien pueda. El caso es que yo no tenía más remedio que esperar un milagro y guardar la honra a la fuerza. Por esta causa, apenas intervine en la decisión final, pues no era honesto hacer virtud de la necesidad.

Al domingo siguiente se reunió de nuevo el consejo, cuyo portavoz fue el obispo Jaime Sarroca, hábil político, hombre decidido y brutal, como buen cazador de ratones y conejos. Señor, dijo, los aquí presentes hemos considerado que de todo cuanto puede perderse, lo más irreparable es el honor, pues una tierra puede volverse a conquistar, pero el mal nombre es tan sólido como la mejor fortaleza y nadie conoce triaca contra el veneno de la deshonra. Hasta dos mil caballeros vinieron a Chipre en vuestra compañía, de los que apenas queda un ciento. Por tanto os aconsejamos que volváis a casa, reunáis hombres y dineros, juntéis una hueste y regreséis a vengaros de estos enemigos de Dios, asesinos de enfermos, incineradores de cautivos, ladrones, bellacos, sodomitas, y que los barráis de la tierra. Al obispo se le subió un hermoso color bermejo sobre el que sus ojos hacían chiribitas; una cruz de amatistas le bailaba sobre el pecho flaco y forjado como una verja de huerto.

Procedió el rey a preguntar a cada uno de los presentes si era del mismo parecer que el obispo Jaime Sarroca, y así fue con los doce primeros; pero al llegar al número trece, que era el conde de Jaffa, este pidió reservarse la opinión pues su castillo estaba en la frontera misma del infiel y su respuesta parecería interesada. La nobleza, el desinterés, el gran señorío del conde causó hondísima impresión. Era un

hombre maduro, de pelo cano pero abundante, nariz partida en la pelea y bigote recogido en las puntas a la manera de los nórdicos.

El que hacía el número catorce era Jordi de Sant Jordi quien, a pesar de su juventud, había sido incluido en el consejo por orden expresa del rey, en agradecimiento a sus cuidados el día de la derrota y cautividad. Se levantó con mucha parsimonia, recogiendo con el brazo izquierdo un girón del baldoque que le caía por el hombro a la manera de los grandes hombres antiguos, y dijo: Soy de la opinión de monseñor en lo que toca a la honra, y por ello y porque juzgo muy mala la pérdida del buen nombre, que ya dicen más dura de curar llaga de lengua que golpe de cuchillo, por ello mismo debe el rey pensar en los pobres prisioneros que todavía puedan seguir vivos en las mazmorras de Damietta, de Mansura, de Jerusalén, pues son ellos los guardianes de nuestra honra y morirán, bien a manos de sus verdugos, bien de tristeza, en cuanto se sepa que hemos regresado al Occidente. ¿Y qué dirá entonces la lengua? ¿Y cuántas llagas no se abrirán en nuestros nombres, cuando se sepa que abandonamos a los débiles y a los pobres, para salvarnos los ricos y los fuertes? Yo prefiero quedarme, aunque sea el único que lo haga, y desde este momento ofrezco mi brazo al conde de Jaffa.

Sant Jordi se sentó en medio de un silencio como de tormenta, silencio que rompió a gritos el obispo Jaime Sarroca, agitando unos puños como garras de comadreja: ¿Y puede saberse, ira de Dios, con qué pagará el rey a sus caballeros? Pero el rey le mandó callar con un gesto de irritación y puesto en pie dijo: Os he escuchado con atención. Os contestaré en ocho días.

En cuanto el rey hubo salido, casi todos los caballeros se alzaron contra Sant Jordi, excepto el conde de Jaffa y el conde de Provenza quien decía: Él ha hablado muy bravamente, yo estoy muy dichoso. También yo corrí a juntarme con él. Le llamaban loco, pero él no contestaba. A la hora del almuerzo ocupamos nuestros lugares y yo me senté junto al rey, pero no me dirigió la palabra, por lo que le supuse enojado contra mí. ¿Por qué? ¿No comprendía que mi opinión estaba teñida por la necesidad y que no podía darla en el consejo? Al término del frugal banquete, mientras el rey rezaba la acción de gracias, me aparté hasta la ventana donde me había guarecido nada más llegar a San Juan de Acre y cuya fresca sombra me recordaba la de un pozo de mi casa en Sils. Allí estaba yo pensando en que al menos ya éramos cuatro. Sant Jordi, el conde de Jaffa, el conde de Provenza y yo, cuando sentí una voz tan cerca de la oreja que di un respingo y por poco me precipito ventana abajo. La mano que me agarró llevaba una esmeralda y por eso supe que era la del rey. Así que, decía la voz, Sant Jordi y tú pensáis que soy un bellaco si regreso a mis tierras. Yo crucé los brazos y seguí mudo. Te ordeno que me contestes ahora mismo, dijo entonces en un tono que no dejaba ningún resquicio para la duda. Sin pensarlo dos veces contesté: Yo no tengo otro remedio que seguir en estas tierras, pero si lo que preguntáis no es eso, sino lo que sucederá con vuestro nombre, entonces, señor, que Dios me perdone, sí y mil veces sí. El rey, a quien yo seguía sin mirar a la cara,

guardaba silencio; yo esperaba que de un momento a otro me lanzara al vacío. ¿Podríamos armar una hueste los pocos que quedemos? Al oír esta inesperada pregunta el corazón se me deshizo como un pedazo de hielo al sol. Azorado y tembloroso bajé de la ventana, me arrodillé a sus pies y le dije que no podía responder por nadie, pero que yo y mis gentes pelearíamos hasta la última gota de sangre, aunque no me quedaba una maldita moneda y sí muchas deudas. El rey me levantó de un golpe: No lloriqueéis y poneos en pie. Estoy contento con el consejo de Sant Jordi y el vuestro. Si pudisteis arrancar treinta mil libras a los clérigos, para quienes cada libra es más preciosa que la salvación de un alma, bien podéis conseguir otras tantas del tesoro real. ¿No me sacasteis ya una vez ochocientas libras? ¡Señor, están saldadas!, contesté más aprisa de lo debido, por lo que el rey rompió en una carcajada. No digáis nada de lo que aquí hemos hablado, dijo el rey antes de irse.

Aquella noche Bartolomé vino a decirme que Hug de Mataplana, ese mal caballero de dudoso linaje, y Jaume d'Alerig, que no nos perdonaba a Sant Jordi y a mí el ridículo sufrido en el asalto de Mansura, andaban llamándonos piojos porque habíamos aconsejado al rey quedarse con los pobres y con los más débiles. En respuesta comenzamos a correr la voz de que mejores son piojos que sanguijuelas, las cuales no dejan de chupar hasta que revientan. En ello nos ayudo Bartolomé quien sabía de memoria una conseja latina del señor Horacio, nobilísimo duque romano, que dice: «Non misura cutem nisi plena cruoris hirudo». Causó mucha y muy buena impresión y vencimos a los corridos calumniadores. Jaume d'Alerig acabó peleado con Mataplana a quien acusaba de judío. Con eso quería tomar distancias, pues temía ser confundido con la gran sanguijuela de pico curvado.

XXX. DE COMO EL REY EXPUSO SU DECISIÓN

Al mediodía del siguiente domingo nos reunimos de nuevo con el rey en la sala de palacio, dividida ahora en dos por un gran destajo que bebía la luz fuertísima del sol y mantenía el aire húmedo y amable. Los días de reposo y el sano alimento habían devuelto el color a los rostros, pero en unos las arrugas, en otros las cicatrices, y en los más la tristeza del gesto, ilustraban sobre los descalabros pasados. El rey habló muy bajo, como si rezara: Señores, doy las gracias a quienes me aconsejan el regreso, y también a quienes creen preferible continuar luchando por la cruz. He reflexionado largamente y este es mi pensamiento. Puedo regresar a defender mis tierras, pero ya siempre habré perdido lo que he perdido aquí y mi nombre quedará para siempre unido a la mayor derrota de la cristiandad en tierras paganas. No deseo regresar con tan astroso botín. Mi corazón no se alegra al pensar en el relato de nuestras desdichas, por mucho que desee volver con mis parientes. El Señor me ha castigado, quizás porque mis intenciones, en un principio, no fueron todo lo cristianas que debían haber sido. Ahora ya solo la misericordia que me inspiran los prisioneros y los enfermos me anima a la tarea de seguir la cruzada. He visto morir a los mejores caballeros del reino, al gran Berenguer d'Entença, a Guillem Cervelló, a Dalmau de Rocabertí, a Blasco de Alagón, al gran Pero Maça, a Ponç de Xiberta, a mi pariente Pere Bearn, y he comprobado la vanidad de la muerte. Ya no es la gloria o el botín, lo que me anima al sacrificio. Es la vergüenza. Prefiero morir ante los muros de Jerusalén que vivir con este peso el resto de mis días en mis tierras, con mis caballos, con mis halcones, y entre los hijos de los muertos. Todos aquellos que deseen acompañarme en esta tarea de resurrección tendrán a su disposición los fondos reales, pero nada reprocharé a quienes prefieran regresar a sus casas y tierras. Cualquiera que sea vuestra decisión, que Dios nos ayude a bien morir.

Todos lloramos al oír estas palabras; los unos de emoción, los otros de desesperación. Era el día de San Juan. Pasó un mes durante el cual muchos se fueron; no diré quiénes; son tan conocidos como los anteriores pues Llegaron los segundos. Otros se quedaron, como Bernat d'Entença, el conde de Ampurias, Ramón Alemany, el obispo Hug llamado el Negro, y así hasta cincuenta caballeros, Jaume d'Alerig se quedó, yo creo que por demostrar que era de noble cuna, punto que había sido puesto en entredicho. El día de Santiago fui llamado a presencia del rey y demás barones. Vos sois, me dijo el rey, causante en parte de que sigamos en esta tierra. Ahora me informan de que estáis remiso a formar una hueste. ¿A qué se debe un ánimo tan inestable? Señor, respondí, bien sabéis que he perdido todo cuanto tenía. ¿Y cuánto necesitas para unirte a nosotros? Dos mil libras hasta la Pascua, contesté sin pestañear. ¡Qué pecado! ¿Puede saberse para qué necesitas esa suma? Para armar a Bartolomé y a mi segundo abanderado l'Estripat, cada uno de ellos con su escudero,

lo que vienen a ser seiscientas libras por pareja. El rey contó con los dedos y añadió: Pero eso hacen mil doscientas libras y no dos mil. Ved, señor, dije yo, que serán precisas otras ochocientas para equiparme y dar de comer a mis nuevos caballeros, pues no querréis que sigamos todos sentados a vuestra mesa. Él rey se mesó la barba y acabó haciendo un exagerado gesto de resignación con los brazos. ¡Caro me está saliendo equipar a mi senescal, pero que no digan que soy tan escaso como los hermanos templarios! Os tomo a mi servicio por dos mil libras hasta la Pascua.

Así fui nombrado senescal de su majestad, y así cumplí mi juramento de armar caballero a l'Estripat. Como no supiera yo a ciencia cierta lo que senescal quisiera decir, acudí a Bartolomé, verdadero pozo de ciencia, quien me dijo que el rey andaba muy hechizado por el conde de Provenza y las cosas de Francia, pues senescal, para los franceses, es como para nosotros mayordomo. La misma palabra lo dice, senes, viejo, y cal, que cuenta los dineros de su señor. ¡Pero entonces me ha nombrado su tesorero y administrador!, exclamé. Eso creo, concluyó Bartolomé; será por las libras templarias.

XXXI. COMIENZAN LAS EMBAJADAS

Pasaban los días y hasta el mismísimo conde de Provenza quien, a pesar de hablar en francés, había demostrado ser tan buen caballero como cualquiera de los nuestros, se vio obligado a volver a sus tierras de las que siempre hablaba con las palabras que suelen emplearse para las cortesanas y rameras. El día de su partida lo sentimos muchísimo; ya casi hablaba como nosotros, pero lo hacía de una manera tan graciosa que a veces le hacíamos hablar solo por oírle equivocarse. También él lloraba mucho y estuvo agitando su pañuelo desde la popa de la galera durante tanto rato que tuvimos que dejar un retén de la guardia respondiendo, porque nosotros estábamos cansados. Ese día nos sentimos muy solos y como olvidados del cristianismo. Algo de ello había porque recibimos entonces la más sorprendente embajada.

Resultó que el soldán de Damasco era primo del infeliz soldán de Egipto asesinado por los mamelucos a instigación de la ardorosa viuda de Secedín. Estaba furioso por la afrenta sufrida en la persona de su pariente y quería tomar venganza. Ofrecía el reino de Jerusalén a cambio de la ayuda militar del rey y sus caballeros. Al saberlo caímos de rodillas y dimos gracias a Dios, quien premiaba nuestro sacrificio. Sant Jordi me susurró al oído: Nueva oportunidad para tu cara. Pero lo decía con cariño, pues era torpe en las bromas, como casi todos los de la parte de Gerona.

Enviamos entonces a nuestros mensajeros al mando del conde de Ampurias quien, a las puertas de palacio topó con una vieja desdentada que llevaba un cuenco de aceite ardiendo en la mano derecha y otro con agua en la izquierda. ¿Qué vas a hacer con eso?, preguntó el conde. Con el fuego voy a prender el Paraíso, y con el agua voy a apagar el infierno, contestó la vieja. Cuando ya no haya ni Paraíso ni infierno entonces los cristianos harán el bien por amor a Dios y no por codicia del premio o temor al castigo. El conde y sus acompañantes vieron en ello aviso divino, y bien cierto es que solo encuentra quien ya no busca, así como nosotros encontramos cuando nada esperábamos. ¿Y por qué quieres tú, prosiguió el conde, convertir a los cristianos en más cristianos? Porque gracias a vuestros pecados los sarracenos os dan caza como a perros viejos. Antaño el rey Balduino, que era leproso, con trescientos caballeros derrotó a Saladino y un ejército de tres mil enemigos de Dios. Hoy os da caza hasta un niño con una honda. ¡Calla, mujer, respondió irritado el conde, que mayores son los pecados de los sarracenos y somos nosotros quienes los hemos tenido que padecer! Pero la vieja entonces, simulando zalamería, le preguntó al conde si tenía hijos. Sí, uno, un mozo. ¿Y qué te ofendería más, que yo te arrojase un cohombro a la cara, o que te lo arrojara tu hijo? El conde comprendió cuánta razón asistía a la vieja y tomándole el faldón de las sayas lo besó con respeto.

Mientras esperábamos unirnos a las huestes del soldán de Damasco, nos visitó otra maravillosa embajada. Eran estos los mensajeros del Viejo de la Montaña, duque

del notorio país de los Assassinos, terribles guerreros que ejecutan carnicerías sin cuento y crímenes por encargo, embriagados con sopas de cáñamo. Nada se les da el morir, por lo que no puede decirse de ellos que sean valientes, sino más bien locos o suicidas. Y este despego les viene de que no siguen la ley de Mahoma, sino la de un tío suyo llamado Alí, una de cuyas enseñanzas es que el hombre que muere obedeciendo órdenes de su señor recibe como premio un cuerpo mejor y más nuevo para su alma, de modo que todos buscan morir en empresas guerreras para ir mejorando de cuerpo. Enterados de la derrota del rey, acudían por ver de sacar partido y beneficio.

Recibimos a los assassinos en la sala de palacio. En primer término, y de cara al rey, se sentó un emir. Detrás del emir, en pie, un guerrero sostenía tres puñales cruzados sobre el pecho, como signo de que mataría al rey si no obedecía las órdenes del Viejo de la Montaña. Detrás del guerrero, un sirviente guardaba el sudario para enterrar al rey una vez muerto. Los assassinos son muy jactanciosos e infantiles, como todas las gentes montañesas. ¿Qué deseáis?, preguntó el rey. ¿Conocéis a mi señor, el Viejo de la Montaña? No le conozco pero he oído hablar de él. Pues si habéis oído hablar de él, ¿cómo es que no le habéis enviado regalos, según hicieron el emperador de Alemania, el rey de Hungría, el soldán de Babilonia, y muchos otros que solo conservan la vida en tanto así le plazca a mi señor? El rey no contestó a tan descarada bellaquería, pero todos sabíamos que cuando el Viejo da orden de matar a alguien, cientos de locos ebrios de cáñamo buscan morir en esa empresa, lo que les hace muy temibles. Si queréis guardar, prosiguió el emir, el favor del Viejo de la Montaña, suprimid el impuesto que nos obligan a pagar la orden del Templo y la orden del Hospital; así os estará reconocido y tendréis la vida salva.

Hay que explicar que los assassinos pagan ese pecho pues nunca podrán vencer a templarios y hospitalarios, dado que a maestre muerto, maestre puesto; si matan a uno, otro mejor le sustituye, de manera que se arriesgan a una gran venganza sin que el enemigo haya perdido cabeza o dirección. El rey, tras oír la petición del emir, hizo llamar a los maestros del Templo y del Hospital. Al oír que los llamaba, el emir comenzó a mirar con inquietud a su derecha y a su izquierda. Los maestros se plantaron al costado del rey, el uno con la mano en el gavilán de su espada, el otro haciendo sonar la cadena de su maza. Repetid a estos caballeros vuestra petición, dijo el rey, pues ellos son los que deben aceptarla o rechazarla. El emir se mesaba la barba y no decía palabra. Estos mensajeros, dijo entonces el rey dirigiéndose a los maestros, me han pedido que les exima del impuesto que os pagan cada año. ¿Qué decís a esto? Los maestros se miraron a los ojos y luego, Guillem de Montrodón se encaró con el emir a quien le gritó como a un mendigo: ¿Cómo te has atrevido a hablarle así al rey, estúpida rata de monte? ¿No sabes que solo gracias a él estáis vivos y no en el fondo del mar de Acre, vosotros y el Viejo de la Montaña? Salid ahora mismo de aquí y regresad dentro de quince días con obsequios para el rey, o bien os visitaremos esta primavera. Guillem de Montrodón tenía los pelos duros y erizados como los de un

jabalí y más que decir sus palabras parecía que las roncara.

Emir, guerrero y sirviente se levantaron muy corridos y salieron haciendo zalemas y reculando como cangrejos. Quince días más tarde volvíamos a recibirlos. Traían la camisa del Viejo de la Montaña, queriendo decir con ello que deseaba unirse con nuestro rey más estrechamente que con ningún otro, del mismo modo que la camisa está más cerca del cuerpo que cualquier otra prenda. También nos obsequiaron el anillo del Viejo como diciendo que así se casaban su señor y el nuestro; un elefante de vidrio, o piedra transparente; otra bestia del mismo cristal llamada zarafa que es como un caballo con cuello de serpiente; dos juegos de escaques en maderas preciosas; bolas de resina amarilla a la manera de manzanas; y muchas otras cosas, pero lo más sorprendente era el aroma que desprendían todas ellas, dejando la estancia embalsamada durante muchas horas.

El rey correspondió con un perpunte muy rico, unas flanqueras para el caballo del Viejo, una copa de oro y unas espuelas de plata; bien poca cosa, pero no estábamos en condiciones de corresponder mejor. El obispo Hug llamado el Negro se encargó de hacer la embajada y a su regreso contó un suceso notable. Es ello que el Viejo de la Montaña quien, por cierto, era más joven que monseñor, tenía al alcance de la mano, en su tienda, el libro con las palabras de Jesucristo a San Pedro. Al verlo, monseñor exclamó: ¡Ah, muy buenas palabras son esas que aquí veo! A lo que el Viejo, muy complacido, respondió: ¡Y tan buenas! Como que al morir Abel su alma fue al cuerpo de Noé, y de Noé pasó al cuerpo de Abraham, y de Abraham pasó al cuerpo de San Pedro, y de San Pedro al cuerpo que hoy está aquí delante de vos. Monseñor, escandalizado, trató de hacerle ver que no era aquella una buena doctrina y se esforzó largo rato por darle enseñanza; pero el Viejo dijo que aquella doctrina era buenísima y no quería cambiarla por ninguna otra.

También contó el obispo que cuando el Viejo cabalga, le precede un guerrero de tamaño gigante, blandiendo un hacha danesa de mango largo, forrado de plata. El guerrero va gritando: ¡No os crucéis en el camino de quien tiene en su mano la vida de los reyes!

XXXII. INESPERADA EMBAJADA DEL SOLDÁN DE EGIPTO

Estaba de Dios que nuestros esfuerzos iban por fin a tener recompensa. No bien hubo llegado el obispo Hug con tan curiosa noticia, recibimos a una tercera embajada, esta vez ¡del soldán de Egipto, nuestro terrible vencedor! Los emires capitaneados por la viuda y su concubino habían sabido la oferta del soldán de Damasco y se apresuraban a ofrecernos un pacto en contra del agraviado pariente. No cabíamos de gozo en nuestro cuerpo, pues ahora podíamos negociar fuertemente la liberación de los pobres prisioneros de Jerusalén, de Damietta y de Mansura. El rey envió como emisario a Bernat d'Entença, con órdenes de regresar junto a todos los cristianos que hubieran quedado en Egipto, a cambio de lo cual nos comprometíamos a defender a los sarracenos de sus hermanos y parientes de Damasco.

Esta vez todo salió bien, sin traiciones ni bellaquerías, y doscientos hombres con sus gentes de servicio y familia fueron liberados y llegaron a Acre cantando el Credo. Muchos lloramos aquel día, pero el momento más terrible fue cuando Bernat d'Entença, que había traído consigo los despojos de su padre Berenguer dentro de un cofre, les dio sepultura en el huerto de los hospitalarios. Con aquel triunfo nos consideramos bien pagados por haber permanecido en Acre y un pensamiento de vanidad nos hacía calcular la envidia de quienes se marcharon antes de hora. Rodeábamos la tumba del caballero muerto en Mansura, cantando el Te Deum y sosteniendo un cirio cuyo humo formaba cortinas en la luz que entraba por los agujeros de la bóveda. Sant Jordi se inclinó a mi oído para decir ¿Has pensado que ahora somos aliados de los matadores de Berenguer d'Entença? Aquella amarga reflexión me estropeó la ceremonia. Pero cuán cierto es que no puede decirse nunca: de este agua no beberé.

Entre los liberados había al menos cuarenta hombres de mis tierras de La Selva y de Sils. Mandé tallarles guardacuerpos de color verde, y aprovechando los restos desparejos almacenados (aquí unas grebas, allá un jacerán), los armé con cierta decencia y los presenté al rey rogándole los tomara bajo su mando. El rey miró a los hombres uno por uno y preguntó: ¿Cuánto me van a costar? Siete mil libras, señor. El rey torció el gesto, lo que me dolió como si me pincharan en el arca y dije que más de treinta caballeros de mis tierras habían muerto ya y que mal haría el rey en no tomar estos pues buena falta le hacían ahora que todos los suyos le habían abandonado. Hablaba yo sin poder aguantar unas lágrimas que saltaban no de dolor, sino de enojo. El rey me mandó callar y dijo que los tomaba y los ponía a servir en mi batallón. Luego, muy serio y ceñudo me dijo: Has de saber que los reyes asemejan a las vides en que se traban a los árboles más cercanos, cualesquiera que sean, y en ellos se apoyan sin buscarlos mayores pero más alejados. Lo que has dicho es cierto, quien antes estuvo cerca, hoy ya no lo está. Sigue pues a mi lado y no temas por tu tamaño,

que, aunque pequeño, me eres muy próximo y yo te haré crecer.

Enviamos un último mensajero a Egipto exigiendo, antes de firmar el pacto, la devolución de las cabezas cristianas colgadas de los muros de Babilonia pues, según nos dijeron algunos prisioneros liberados, eran más de ciento; también pedimos la liberación de los niños pequeños obligados a renegar, a quienes utilizaban de coperos. Mientras tanto, y para consolidar nuestra posición, enviamos a un centenar de hombres a fortificar Cesárea, ciudad distante doce leguas de Acre en la dirección de Jerusalén.

XXXIII. REGRESO DE LOS FRAILES ENVIADOS A TARTARIA, Y DE LAS MARAVILLAS QUE ALLÍ VIERON

Estábamos ya en Cuaresma y todavía nos quedaba por recibir otra embajada: la de los olvidados frailes predicadores que desde Chipre partieron a la lejana Tartaria llevando consigo una tienda de finísimas telas, en cuyo palo tendal estaban grabadas las iniciales de María de Montpellier. ¡Dos años habían transcurrido, y al recordarlo pensé que María era dos años mayor, pero yo mil, dos mil años más viejo! Siendo así que la fortificación de Cesárea nos mantuvo en aburrida ocupación durante muchos meses, bueno será interrumpir ahora el relato para dar cuenta de lo acaecido en la expedición a Tartaria, pues es suceso de mucha curiosidad y maravilla.

Se recordará que el rey de los tártaros había ofrecido su ayuda para la reconquista de Jerusalén y que unos frailes predicadores partieron de Chipre con el fin de acordar un tratado o pacto contra los sarracenos. Pues bien, tardaron un año, a diez leguas diarias, antes de pisar la ciudad del rey tártaro. En ese año vieron las inmensas tierras a él sometidas, las ciudades arrasadas, los campos quemados y monumentales osarios medio cubiertos por el fango. Atónitos estaban los frailes ante tanto poder, tanta destrucción y tantísima muerte.

Son los tártaros un pueblo nacido sobre inmensos arenales estériles que se encuentran a las faldas de la montaña del fin del mundo por el lado de Oriente. Nadie la ha escalado, nadie ha cruzado a su otra ladera. Según contaron los frailes, tras esa montaña, que es más bien una cadena de rocas, viven dos pueblos, los de Gog y Magog, cuya invasión tendrá lugar cuando acuda el Anticristo a destruirlo todo antes del Juicio Final. Los tártaros eran vasallos del Preste Juan, príncipe de Asia cuyo dios es Nestorio: eran vasallos también del emperador de Persia; y eran vasallos de una multitud de reyes menudos a todos los cuales pagaban tributo por los pastos que precisaban sus bestias. El menosprecio en que tales reyes tenían a los tártaros era tan grande que ni siquiera les recibían cuando llegaba la fecha de pagar el tributo. Guardaba los dineros un recaudador, y no les dejaba ni acercarse a su señor. Su abatimiento y pequeñez no tenían remedio. Pero un hombre se alzó entre ellos que les dijo: Hermanos, somos esclavos de mercaderes y de hombres obesos que nunca han empuñado un arco; hombres que mueven entre sus dedos unos palitos mojados con los cuales vencen a nuestras espadas, a nuestros cuchillos, a nuestras mazas, a nuestras hachas, a nuestras flechas. Nos vencen porque no tenemos nombre y no sabemos cuál puede ser nuestro nombre. Nunca hemos tenido nombre, pero ha llegado la hora de tener uno; hemos de llamarnos desde lejos, en la batalla y en la paz, de pueblo a pueblo y de ciudad a ciudad. Pero para tener un nombre es preciso que los muchos se hagan uno solo y que los varios y diversos se hagan el mismo. Ahora tú acompaña a tu caballo y tú acompaña a tu cabra, pero nadie os acompaña

a vosotros, porque nadie os ha dicho quiénes sois y de quién sois. Para matar al hombre obeso y para robarle sus caballos, sin que matarle nos cueste la vida y sin que robarle sus caballos sea castigado, tenemos que darnos un nombre y que sea ese nombre el que mate al hombre obeso y le robe sus caballos. Para tener un nombre nuestro hemos de elegir un rey, pues ese será nuestro nombre, y en su nombre mataremos, robaremos y nos adueñaremos de las mujeres del emperador de Persia, cuyos cuerpos, según dicen, no huelen a caballo sino a la hierba que comen los caballos. Hermanos, vamos a elegir un rey en cuyo nombre podamos matar y robar como hace el Preste Juan, como hace el emperador de Persia. Hermanos, vamos a elegir un rey.

Pidió entonces que cada una de las cincuenta y dos tribus pusiera una flecha con su dibujo y su color sobre una piedra. Luego de mezclarlas unas y otras, darles vueltas y cubrirlas con una piel de ciervo, el hombre llevó hasta allí a un niño que todavía no hablaba y le hizo meter la mano bajo la piel de ciervo. El niño sacó una flecha y esa fue la tribu del rey. Pidió entonces a la tribu que eligiera a sus cincuenta y dos hombres mejores y más sabios, cuyos nombres se marcarían sobre guijarros para poder mezclarlos y darle a elegir al niño. Así se hizo y la piedra elegida por el niño llevaba el nombre del mismo que les había enseñado a elegir rey, lo que originó una gran alegría entre las tribus, y es que dicen que el sabio es como la candela que alumbraba a cuantos se acercan y no mengua por elevado que sea su número.

Ahora ya sabéis, dijo el elegido, cuál es nuestro nombre, ahora ya sabéis en nombre de quién debéis matar y robar. Hermanos, alzad las espadas y las mazas, tensad los arcos, cargad de flechas el carcaj; quemad, cortad, rajad, pinchad, romped, robad, violad en nombre de Gengis Khan. Es Gengis Khan quien quema, corta, raja, pincha, rompe, roba y viola. Hermanos, Gengis Khan va a triturar el mundo con sus manos, como las muelas del caballo Trituran el forraje. El peor enemigo de Gengis Khan es el Preste Juan. Hermanos, vamos a matar al Preste Juan. Que nadie toque el botín durante tres días y tres noches. Durante tres días y tres noches matad, matad y matad. Así habló Gengis Khan.

Al día siguiente saltaron sobre el enemigo y degollaron a cuantos llevaban armas, robaron los caballos y se adueñaron de las mujeres en edad de parir. Antes de un año ya habían degollado al emperador de Persia, quemado sus ciudades y campos, robado sus tesoros y cuerdas, raptado a sus mujeres más jóvenes. Asia entera temblaba al oír el nombre de Gengis Khan, pero los ojos del Gran Khan, rajados como los de un gato, miraban ahora a Jerusalén.

Los guerreros tártaros no comen pan ni beben agua, solo comen carne de caballo en salmuera y beben leche de yegua macerada con yerbas. Viven con los caballos más que con sus mujeres e hijos y también hablan con los caballos antes de comenzar la campaña. En la batalla luchan las mujeres sin hijos igual que los hombres y reciben la misma paga. Por la noche, en el campamento, hombres y mujeres duermen juntos, pero nunca revueltos. Después de la batalla los guerreros descuartizan los caballos

muertos y guardan pedazos de carne bajo la silla de montar. Cuando han perdido la sangre comienzan a comer los trozos y guardan en un saco lo que les sobra. Luego siguen comiendo, empezando siempre por el trozo más viejo. Esta costumbre hace que hiedan de un modo espantoso; cada vez que abrían sus sacos, los frailes vomitaban sin remedio.

Cuando llegaron a Tartaria, nuestros embajadores entregaron los regalos y Gengis Khan, que no guardaba ninguna ceremonia, dio gritos de alegría, caminando arriba y abajo como un oso. Hizo levantar la hermosísima tienda y exclamó muchas palabras de admiración al verla tan grande y con imágenes tan coloreadas. Entonces mandó a sus embajadores con salvoconductos a cinco reyes del Asia que todavía no se le habían sometido; los reunió en torno a la tienda y les dijo que nuestro rey se había rendido a Gengis Khan. ¡Este es el tributo que me envía! dijo señalando la tienda. Y si vosotros no hacéis lo mismo, le diré que os ataque y os mate y os robe los caballos. Cuatro de ellos se sometieron de inmediato, por miedo a nuestro rey. El quinto dijo que no tenía miedo porque en su reino no había caballos, y no se sometió.

Cuando los frailes acabaron el relato nos miramos los unos a los otros enteramente atónitos. El rey escrutaba ceñudo a su alrededor, como tratando de recordar quién le había aconsejado en aquella embajada. Pero aún faltaba lo peor. Los enviados tártaros que acompañaban en su regreso a nuestros frailes y que no se habían quitado los gorros de pieles ni siquiera con aquel calor infernal, avanzaron un paso sonrientes y ufanos e hicieron entrega de una carta personal de Gengis Khan para el rey. Si antes le vimos enrojecer de enojo, ahora, al leer, palideció como un muerto, pero al cabo estalló en una carcajada que retumbó en toda la sala. Dejándose caer en el asiento, entregó la carta a Bernat d'Entença para que la leyera en voz alta. Decía así: Buena es la paz y mala la guerra. Cuando hay paz, los animales de cuatro patas se hinchan el vientre de hierba y los animales de dos patas labran la tierra para que se hinche como un vientre. Si quieres tener paz debes hacer la paz con nosotros, porque si no haces la paz con nosotros entonces es que harás la guerra contra nosotros. Han hecho la guerra contra nosotros el Preste Juan, el emperador de Persia... (aquí venían más de treinta nombres de príncipes y reyes), pero ya no tienen caballos, ni mujeres, ni cabeza. Así pues te ordenamos que envíes cada año otra vez lo mismo que has enviado este año, o algo de similar valor, y si no lo haces te destruiremos como hemos destruido a quienes no han deseado la paz con nosotros, es decir (y aquí repetía la lista de reyes y príncipes). Mira esta noche a tus caballos y a tus mujeres, y piénsalo bien antes de contestarme, porque yo solo tengo una voz. Gengis Khan.

Cuando acabamos de oír la carta todos nos echamos a reír, incluidos los tártaros, con sus ojitos pequeños y rasgados cerrados como bocas de sapo y los dos dientes delanteros, que tienen salidos como los conejos, brillando a la luz del sol. El rey los tomó de criados y siguen con nosotros, siempre sonrientes y ufanos. Así acabaron nuestras relaciones con el Gran Khan, o al menos eso creíamos nosotros, y ahora

podemos regresar a nuestra historia.

XXXIV. EL AUTOR PIERDE SUS ILUSIONES JUVENILES

No habíamos terminado aún de fortificar Cesárea cuando expiró mi contrato con el rey, quien me mandó llamar para renovarlo. ¿Cuánto quieres para seguir conmigo desde Pascua hasta Año Nuevo?, preguntó poniéndome un brazo por el hombro delante del legado, lo que es signo de gran familiaridad. No quiero pedir os dinero, respondí, primero porque soy yo quien os lo administra y soy demasiado costoso para vuestras arcas; segundo porque cada vez que os pido dinero os enojáis conmigo, así que seguiré con vos hasta el Año Nuevo a cambio del siguiente pacto: que no os enojéis conmigo cuando os pida algo, a cambio de lo cual procuraré no enojarme cuando me lo rehuséis. Así le contesté delante del legado, y así renové mi contrato con el rey.

Pero ¡ay! vino entonces un larguísimo tiempo de inactividad que nos consumía las carnes y el alma. Yo me levantaba con el alba para oír misa; iba luego a despachar los asuntos reales, hartos simples y aburridos, que acababan entre bostezos y miradas a las ventanas. Cabalgábamos luego, y de nuevo a despachar oficios y administrar trabajos. Para entretenimiento compré cerdos y corderos, pero acabó también en hacérseme negocio, pues el invierno dificulta la navegación y suben de precio las carnes, la harina y el vino (de los que también había hecho gran acopio para divertirme), con lo que dejó de entretenerme y pasó a preocuparme.

En un año me hice rico, engordé de tal modo que hube de comprar una pancera nueva para el arnés, pues la vieja no me cabía; perdí el color, los ojos se me tiñeron de amarillo. Me sentía viejo y cansado; daba largos paseos junto al mar; nada me distraía. Comencé a estudiar la filosofía de Aristótil con Bartolomé, quien la había aprendido de un anciano nacido en paganía y de nombre Mudarra quien, a su vez, la aprendió del gran sabio y nigromante Averroes, el hombre más poderoso del mundo, muerto hacía ya muchos años.

Los días eran largos. Solo de vez en cuando tenía lugar algún suceso, como aquella vez que sorprendieron a un caballero en actitud pecaminosa con una mula, locura que solo se comprende teniendo en cuenta nuestro hastío, y el rey le dio a elegir entre ser arrastrado públicamente por una cuerda atada a las partes, o perder su caballo y dejar la hueste. A lo que el caballero eligió perder el caballo. Pedí el caballo al rey para un hidalgo pobre de mi batallón, a lo que el rey contestó de mala manera que no era un hidalgo pobre lo que había en mi batallón, sino una legión de ellos, que allí estaba toda la pobreza hidalga del mundo, a tenor del dinero que le pedía, y que estaba loco, y que un caballo vale ochenta libras. Me limité a preguntar cómo osaba romper un pacto, a lo que contestó riendo con una risa hueca, falsa y muerta (pues tenía los ojos encendidos de ira) que no se enfadaba, que estaba muy contento y que el caballo, ni pintado. Reía con los dientes, pero me asesinaba con la

mirada. Yo creo que eso era hacer trampa, pero no tenía ni fuerzas para ir a buscar al legado.

En aquellos días, y por primera vez en mi vida (aunque posteriormente me ha venido sucediendo con frecuencia), tuve una visión de mí mismo algunos años atrás, de más mozo, y, vergüenza da el decirlo, me recordé con envidia. Pero envidiarse a sí mismo en el pasado es, sin duda, el primer aviso del fin de la juventud o edad de oro, y advertencia de que ya no habrá mejor futuro, por lo que el tiempo deja de trabajar a nuestro favor y se troca en enemigo terrible. De modo que me vi como un hombre que nada puede esperar ya, sino la llegada de su hora. ¡Ay rabia tremenda, tener que seguir pensando después de este primer pensamiento malo! Di en envidiar a los locos, que tienen disipado el seso y no saben quienes son, y por lo tanto no sufren de echarse a perder o consumirse, pues no son dueños de sí mismos, sino almas volátiles que se trasladan y esfuman como las nubes.

XXXV. DEVOLUCIÓN DE LAS CABEZAS CRISTIANAS Y DE LOS NIÑOS RENEGADOS

Por fin regresaron los embajadores de Egipto con el tratado firmado y aceptado en los términos exigidos por el rey. La entrega de Jerusalén debía de hacerse estando el rey en Jaffa y los emires en Gaza; pero cuando el soldán de Damasco supo que nos habíamos aliado con el soldán de Egipto, mandó cuatro mil turcos contra Gaza para impedir que los emires llegaran a la ciudad. Yo acompañé al rey a Jaffa, en donde nos esperaba el conde, y allí supimos que los emires no osaban acudir a Gaza por temor a sus hermanos de Damasco. Enviaron, eso sí, las cabezas de cristianos que colgaban de los muros de Babilonia. Eran muchos cientos y resultaba algo embarazoso tener allí, en medio de Jaffa, aquel sinnúmero de cabezas, sin saber muy bien qué hacer con ellas. El rey ordenó que se les diera descanso cristiano en tierra bendita, y durante tres días, cincuenta hombres se ocuparon en enterrar las cabezas. Parecían labradores preparando la tierra para plantar vides.

Con las cabezas llegaron los niños renegados, que ya no eran tan niños y estaban malogrados por el pecado nefando. Iban todos cubiertos de afeites y perfumes y cantaban como doncellas. El pueblo de Jaffa los recibió con mucho gusto y alegría, pero el rey estaba muy desconcertado; les dirigió unas palabras breves y casi inaudibles, y salió de la estancia excusando una indisposición. Yo vi cómo se le iban los ojos, saltando por encima de sus enormes cejas, a Jaume d'Alerig; no dije nada por no crearle problemas a mi señor, pero ordené a mis centinelas que vigilaran las visitas de los renegados.

Para colmo de desdichas los emires nos regalaban un elefante, bestia muy maravillosa, pero también muy grande y de mucho comer y beber, lo que en aquella ciudad de Jaffa planteaba algunos inconvenientes. Estos animales son tan inteligentes que conocen la lengua de sus amos y les obedecen de palabra; y hay quien afirma que hasta tienen una religión propia de la luna y las estrellas, pues a veces se les ve como en adoración y rezo nocturnos. El nuestro, sin embargo, era viejo y enfermo, y murió al poco tiempo de una muerte muy edificante y con miradas de serenidad y consuelo a quienes le atendían. Los mensajeros también añadían una fecha para la reunión del rey con los emires; fecha que el rey aceptó.

XXXVI. DE UNA NUEVA TRAICIÓN PAGANA. EL CABALLERO DE LOS TRES GOLPES

Pero con los sarracenos no hay acuerdo que no sea traicionado antes de que seque la firma. El día en que debíamos reunirnos en Gaza con los emires de Egipto supimos que habían firmado una alianza secreta con el soldán de Damasco y ahora iban ambos contra nosotros. Estábamos cogidos entre dos fuegos un total menguadísimo de cuatrocientos hombres armados, con el soldán de Damasco a nuestra espalda y los emires de Egipto a nuestro frente. Sant Jordi se me acercó muy consternado y no dijo nada, solo movió los dedos como imitando las pinzas de un cangrejo. Yo estaba harto y así se lo dije. Pues voy a buscarte entretenimiento, me respondió. Al rato le vi salir al galope con el arnés completo y las armas de seguir, su caballo también iba armado de testera y petral. Se detuvo ante la puerta esperando el permiso del rey, a quien llamé a voces. ¡No le dejéis ir!, grité yo. ¿Qué queréis?, preguntó el rey a Sant Jordi. Desafiar al soldán, contestó. Id con Dios, consintió el rey ante mi más profundo pesar, pues creo que consintió por puro aburrimiento.

La voz corrió como el rayo y las almenas se llenaron de curiosos, los cuales, poco a poco, fueron dejando el lugar a las mujeres. Sant Jordi avanzó al paso, hasta colocarse a una distancia prudente de las tropas sarracenas y esperó a que se le acercara un mensajero. Cuando le hubo dicho lo que quería, este regresó al campamento en donde se levantó un gran revuelo. Vimos moverse deprisa a muchos soldados para coger un buen lugar y no perderse la justa, con lo que, dedujimos, el reto debía haber sido aceptado. Al poco vimos que avanzaba un grupo de ocho jinetes turcos; Sant Jordi esperó a tenerlos al alcance de la voz y preguntó por el soldán. Los sarracenos siguieron avanzando y el truchimán gritó que el soldán no quería pelear con un despreciable ribaldo y que enviaba a sus guerreros para darle una lección. Al oírlo, Sant Jordi picó espuelas y cayó sobre los ocho turcos. En las almenas de Jaffa se oyó un grito unánime de caballeros y damas.

Al que había hablado y que venía delante, le atravesó de parte a parte con la lanza, pero siendo esta de roquete quedó prendida en el cuerpo y Sant Jordi hubo de soltarla. Dio media vuelta cuando ya los otros siete se le venían encima y uno de ellos, buen jinete, consiguió poner un fortísimo mazazo que le hizo volar la capellina, pues Sant Jordi se protegía el rostro y el pecho con un almófar. Se revolvió Sant Jordi con gran pericia y de un golpe de espada tajó la cabeza del turco, cuyo turbante comenzó a deshacerse en el aire como una serpiente, pues el caballo seguía al galope con el muerto enhiesto. Otro turco galopaba ya contra Sant Jordi con la lanza apuntando a la espalda, pero mi amigo vio venir el golpe, apartóse en el último momento, dio un revés de espada sobre el brazo del sarraceno cuando este pasaba a su lado y le hizo volar la lanza por los aires. Luego galopó y entró en la ciudad

vitoreado por la multitud que le llamaba «el caballero de los tres golpes». A mi lado lloraba una dama y al ofrecerle mi fazaleja rompió a reír y dijo: empleadla vos mismo, caballero, que estáis hecho un mar de lágrimas. Me palpé muy extrañado y era el sudor, que me empapaba el rostro. Cuando pude ver a Sant Jordi le pedí por Dios que dejara de entretenerme. Bien quisiera, me contestó, pero también yo debo divertirme. Por la noche Bartolomé comentaba que en la ciudad de Troya había vivido mucho tiempo atrás un barón llamado Héctor, tan bueno en justas como Sant Jordi. Yo no me lo quería creer, pero trajo a uno de los niños renegados, llamado Mateu, y le pidió que cantara esta historia del barón Héctor. Entonces Mateu, que luego sería comprado por el rey y regalado al conde de Provenza, y que hoy es muy conocido bajo el nombre de Mateu de Quercy, comenzó a cantar así:

A las puertas de palacio
de la insigne Troya estaba
el fuerte y valiente Héctor
con mucha gente troyana.

Ya nunca olvidaré esa historia, como quizás haya apreciado el lector de esta crónica y mil veces me la he hecho cantar a mi regreso.

XXXVII. DE NUEVO EN SAN JUAN DE ACRE. QUE NO DEBEMOS JURAR SI NO QUEREMOS PERJURAR

Aunque muchos lo atribuyen a la gesta de Sant Jordi, yo sé que no fue debido a eso, sino a que el soldán de Damasco se vio presionado en su frontera por el rey de Persia, el cual a su vez estaba siendo presionado por el rey Tártaro, pero el caso es que pocos días después del hecho de armas que acabo de relatar, los turcos levantaron el campo y desaparecieron tras una nube de polvo como un mal sueño. Sucedió todo con tal rapidez que ni tiempo nos dio de alegrarnos. Hicimos nuestros equipajes, dejamos un retén de apoyo al conde de Jaffa y dos dispusimos para regresar a Acre.

Ya nuestros movimientos tenían algo de fatigado y repetido, como de muñeco mecánico. Estábamos perdiendo empeño en la empresa porque nada aplasta tanto el ánimo como la rutina de la derrota y la repetición del miedo. Se nos herrumbraba el alma y el cuerpo por la incapacidad y el ocio.

Durante el regreso, en nuestra segunda jornada, me aconteció un suceso que tiene su enseñanza. Es ello que a la noche disputaron Bartolomé y l'Estripat sobre quién dormiría en mi tienda y quién haría la centinela. Enconóse la disputa y l'Estripat agarró por los pelos a Bartolomé y comenzó a zarandearle. Grande fue mi indignación y golpeando con toda mi fuerza al abanderado le grité: ¡Fuera de mi tienda, y juro a Dios que no volverás a entrar! El pobre salió llorando y fue al encuentro de Sant Jordi con el fin de explicarle lo sucedido y pedirle su intercesión. Viendo Sant Jordi que l'Estripat estaba arrepentido de su locura, acudió a rogar que le perdonara y admitiera en mi tienda, que el muchacho estaba desolado. Respondí que perdonado ya estaba, pero que había jurado no aceptarle en la tienda. ¡Mal pecado!, dijo Sant Jordi. Voy a preguntar al obispo Hug si puede librarle del juramento. Y allí que se fue; pero el obispo Hug, indispueto por unas legumbres comidas aprisa y sin mascar, andaba de muy mal talante y respondió entre regüeldos que bien estaba el juramento y muy merecido, y que así aprendería yo a tomar el nombre de Dios en vano. Era tan oscuro de tez y tan fuertes los vientos que soltaba que más parecía un horno de carbón que un ser humano, pero el caso es que ya no pude acoger en mi tienda a l'Estripat sin cometer perjurio. Lo cuento como enseñanza del dicho: Quien mucho jura, mucho perjura. El buen Bartolomé, que también estaba contrito, quería hacerme ver que el juramento no era válido, y citaba en apoyo otro dicho: Jura mala en piedra caiga. Este dicho lo atribuyen a una mujer partera que en medio de los dolores juró no volver a parir. Pero el obispo Hug no quiso ya nunca desdecirse y hube de perjurar. ¡Qué remedio! No iba a dejar al chico a la intemperie.

XXXVIII. PARTIMOS A SIDÓN SIN DESCANSAR

Cuando llegamos a las puertas de Acre supimos que los turcos, en su regreso a Damasco, habían arrasado la ciudad de Sidón, que es plaza fuerte muy importante, y pieza maestra en la defensa del reino de Jerusalén. No pudimos, pues, ni reposar unas horas; de Acre partimos a Sur, también llamada Tiro, y de allí a Sidón, a donde llegamos extenuados y enfermos, pues el hedor de los cadáveres nos había avisado de la carnicería que nos esperaba. Era como si el cuerpo muerto mismo se nos hubiera entrado por las narices y contagiado el alma. Estábamos insensibles, inertes.

En Sidón quedaban todavía muchos cadáveres por enterrar, amontonados y en cueros, pues las gentes, habiendo perdido todos sus haberes, robaban hasta a los muertos. Nos unimos a la cadena de porteadores e incluso el mismo rey cargaba muertos muy podridos y hediondos. Nadie hablaba, sentíamos que era ya mucha matanza la que habíamos vivido. Pensábamos en los que se fueron y en el parlamento de Sant Jordi que tanto hizo por mudar la opinión del rey. Yo recordé, mientras cargaba brazos, manos, piernas sueltas del tronco, mi pozo de Sils, tan fresco y cubierto de pámpanos. Algo del tufo podrido comulgaba con el olor del lodo, del moho y del agua estancada. Así me asaltó el recuerdo sin aviso y no pude retener el llanto, pero creyeron que era por la matanza de cristianos.

Al anochecer montamos el campamento en silencio. A la luz de las hogueras, con la cabeza gacha y el alma encogida oíamos el lejano aullar de las bestias carroñeras, inquietas por el hedor, rascando la tierra para desenterrar manos y cabezas. La luna era muy grande y amarilla, con unas rayas verdes que, según decía Bartolomé, son de muy mal agüero.

A la mañana siguiente nos despertó un jinete al galope, dando grandes voces. Acudía para informar al rey de que Gengis Khan había tomado la ciudad de Bagdad y hecho preso al soldán. Los tártaros habían vencido a los turcos casi sin combatir, pues estos huían despavoridos a la sola mención de su nombre. El soldán estaba ahora preso en una jaula, seco y flaco como fiambre. Gengis Khan lo tenía sin comer ni beber y de vez en cuando le mostraba una bandeja cubierta de alhajas y joyas. ¿Ves estas joyas?, le decía. Sí, las veo, fueron mías en otro tiempo. ¿Y te gustan mucho? Sí, por eso las guardaba. Puedes comer cuantas quieras, añadía Gengis Khan acercándole la bandeja. Pero no son para alimento, se quejaba el soldán. Ahora comprendes lo mal defendido que estabas; de haber repartido estas joyas entre tus guerreros no te verías hoy guardado en una jaula. De tu inmenso poder solo te quedan las joyas, pero ahora las cambiarías por un pedazo de carne seca. A ver, ¿quieres cambiar estas joyas por unas gotas de agua? A lo que el soldán respondía que sí, hundiendo el rostro entre sus barbas larguísimas y plateadas para ocultar las lágrimas.

Cuando el rey supo los sucesos de Bagdad quedó muy inquieto. Me miraba

esquinado y comentaba con un susurro: ¿Tú crees que hice mal en no devolver a los embajadores? Pero estos seguían tan contentos y sonrientes como el primer día, e igual de amarillos a pesar de que el obispo Hug ya los tenía muy bautizados y les daba de comer mucha sangrecilla; pero dicen que esa color amarilla es indeleble a partir de los quince años, y nuestros tártaros aparentaban más edad, aunque con ellos es muy difícil de saber.

Pasaron unos días de gran desasosiego para el rey por la proximidad de Gengis Khan. Caminaba a largos pasos y se mesaba la barba al detenerse mirando al suelo. Habían comenzado los trabajos de reconstrucción de las murallas de Sidón y ya nos veíamos de nuevo meses y meses sin mover el cuerpo, pues éramos pocos para guerrear sin plazas fuertes de refugio. Caí de nuevo en la filosofía de Aristótil, en el hastío y en la gordura. Para mí la Cruzada estaba concluida; de eso no me cabía la menor duda.

XXXIX. FRUSTRADA PEREGRINACIÓN A TORTOSA Y REPENTINA DECISIÓN DEL REY

Al cabo de una semana supimos que había una peregrinación a la Iglesia de Santa María de Tortosa, que es ciudad muy principal al norte de Trípoli, y frontera con el castillo de los assassinos. Sant Jordi y yo pedimos permiso para peregrinar, con el fin de no enmohecernos en Sidón. Primero el rey dijo que no, yo creo que por envidia, pues él no podía abandonar la plaza, pero luego tuvo un pronto, volvióse a mí y con mucha intención en las palabras me dijo: Espera un momento. Tengo aquí una bolsa con varios besantes de oro, la cual te entrego con el fin de que peregrines a Tortosa y allí compres reliquias, que las hay muy buenas. Quiero, a mi regreso, obsequiar a familiares, amigos y allegados con santos recuerdos de la Cruzada. Compra bien, no te dejes engañar, que he visto caballeros pagar fortunas por un bacinete de nuestro Señor Jesucristo, siendo así que en aquella tierra usaban turbante.

Salimos Sant Jordi y yo, y él iba muy serio y contrito, en tanto que yo estaba feliz como un chiquito. Bien sé de qué te alegras, dijo Sant Jordi. Que si el rey compra ya los regalos quiere decir que regresaremos pronto. Pero ni hemos alcanzado la gloria, ni volveremos con honor. Yo estaba un poco picado por la insistencia de Sant Jordi y su santa industria por alcanzar la gloria, así que le dije: Tú al menos llevas el jabeque ese de la cara, que lo que es yo... Fue la única vez que sentí un poco de rencor hacia él y lo he llorado mucho.

Pero estaba de Dios que ya no podíamos emprender cosa ninguna que no se truncase al punto, y eso era señal de que andábamos a las últimas de la peregrinación y Dios nos lo hacía notar. Dos jornadas de caballo llevábamos hechas cuando oímos un galope y llegaron dos mensajeros del rey con orden de devolvernos a Sidón. Acudimos cuan rápido pudimos y era que el rey acababa de saber la muerte de su madre, la reina, a quien amaba tiernamente. Tres días estuvo el rey llorando a su madre, hasta hacerme perder la paciencia y a la enésima vez que exclamó: ¡Ay, senescal, que ha muerto mi madre! No me extraña, le respondí, pues era mortal, pero mucho me extraña en cambio que vuestro duelo sea tan impropio de un sabio, pues el hombre de corazón y de seso no deja nunca aparecer en su rostro el dolor para no alegrar a sus enemigos ni afligir a sus amigos. El rey dejó de llorar al instante y sorbiendo por las narices me preguntó: ¿Eso es de Aristótil? Creo que sí, le respondí.

Diez días más tarde, con los muros a medio terminar y cuando paseábamos en inspección de obras, el rey dio con el puño contra la palma de la mano, asintió dos veces con la cabeza como quien acaba de tomar una resolución y gritó: ¡Nos volvemos! Me dio un vuelco el corazón pero traté de disimular diciendo que todavía no era la hora del almuerzo. Nos volvemos a casa, senescal bobo, añadió riendo, pero primero terminaré de fortificar esta ciudad hasta hacerla inexpugnable. Quiero gastar

aquí todo el oro que nos queda para que nadie nos reciba en Barcelona tendiendo la mano; volveremos más pobres que nos fuimos y nadie podrá acusarnos de rapiña. Desde luego, añadí.

La noticia voló como una flecha y aquel día todo fueron abrazos, risas y fiestas; excepto Sant Jordi que andaba cada vez más contristado. Acabamos la fortificación hasta gastar el último dinero y quedó en verdad inexpugnable, pero no sirvió para nada pues, según supimos más tarde, en cuanto partimos fue atacada por los tártaros y arrasada; no sobrevivió ni uno solo de sus habitantes, Gengis Khan envió un mensaje al rey diciendo que preparase bien los puertos, que un día u otro se acercaría de visita. Pero el rey lo tomó como una bravata.

XL. ABANDONAMOS ACRE. DE LO QUE ACONTECIÓ A LA VISTA DE CHIPRE

Llegamos a Acre a comienzos de la Cuaresma de 1252, y durante ese triste período encargamos y dirigimos la construcción de las naves que nos llevarían de regreso a Barcelona; trece galeras bien aparejadas y capaces. Más de cuatro mil libras costó cada una de ellas, precio de todo punto exagerado que impusieron los cómites de galeras Berenguer Sesposes y Pere Martell, abusando de nuestra impaciencia. Pero ellos decían que la prisa también se paga. Embarcamos la víspera de San Marcos, después de Pascua, con muy buen viento, y el sábado avistábamos Chipre.

A lo largo de esta travesía me pregunté fuertemente el porqué de mi desencanto y las razones por las que un buen día dejé de sentir emoción cierta viéndome cruzado, guerrero y peregrino en Tierra Santa, y cuál fue el motivo por el que, a partir de entonces, me sintiera tan desdichado. Llegué a una conclusión; y es que solo había vivido una batalla verdadera, la de los muros de Mansura, y un hombre no soporta el paso de los meses con solo una batalla para aliviar el alma y alimentar la imaginación. Comprendí también que nuestra expedición había sido marcada por el infortunio desde el primer momento, y que para muchas gentes nuestra historia y peripecia sería la de un puñado de hormigas tratando de sujetar la arena del desierto. Con la madurez de la edad viene siempre el sentido de la inutilidad; y de la mano de la inutilidad camina el desamparo y el hastío.

En estas tristes cosas ocupaba mi pensamiento cuando avistamos la isla de Chipre y Bartolomé me habló de unas palomas que allí viven y que son princesas encantadas de la corte de doña Afrodita, la cual es nativa de esta tierra.

Tiene la isla de Chipre una montaña llamada de la Cruz, que se divisa a lo lejos por su gran tamaño. Iban nuestros pilotos guiándose por ella, sin percatarse de una niebla densa que desde la tierra se adentraba en las aguas, así que de improviso la nave golpeó fortísimamente contra el suelo y caímos todos derribados. Se levantó entonces un clamor unánime entre los marineros, porque la isla de Chipre está rodeada de rocas y si habíamos chocado contra una de ellas es que íbamos a naufragar sin remedio. Vi al hermano templario que cuidaba de los cofres rasgarse el guardacós y gritar: ¡Ay de mí! ¡Ay de mí!, como una plañidera. Sentí tan gran asco que le di un empujón y le derribé sobre unas sogas. Allí quedó gimiendo, incapaz de devolver el golpe.

Bartolomé no había perdido la calma y sin decir palabra echó un flaón sobre mis hombros desnudos. ¿De qué me va a servir, le dije, si estamos todos sobre el punto de perecer ahogados? Más prefiero veros ahogado, contestó Bartolomé, que cogiendo una enfermedad con este frío que os lleve a la tumba, voto a Dios. Yo no tenía ánimos ni para reír. ¡Tener que naufragar cuando ya se olía la tierra cristiana! A veces parece

como que el Señor juega con nosotros, y se entiende que ha de sufrir un aburrimiento infinito en su vastísimo reino.

Entonces oímos gritar a los marineros: ¡ea, ea!, llamando a las otras galeras pidiendo chalupas. ¡Para salvar al rey, para salvar al rey!, decían; pero yo los veía dispuestos a saltar sobre las chalupas en cuanto se aproximaran. Ninguna galera osó enviar salvamento para el rey. Lo digo como fue.

Escuchamos entonces el repique de la campana y era el piloto, quien la tañía riéndose que parecía estar loco. En la mano izquierda blandía una como cuerda, y de pronto se nos hizo la luz sobre lo acaecido; era la sonda, y no habíamos chocado con roca sino encallado en un banco de arena, de donde saldríamos con la marea. En ese preciso instante vi al rey; iba en camisa y con el pelo todo alborotado. Parecía una imagen de San Juan el Bautista que pintaron cerca de Cardona. Tenía un aire salvaje, hosco, y al mismo tiempo indiferente, como quien ya ha sufrido más de la cuenta y todo se le da igual.

Cuando salió el sol y se disipó la niebla, vimos ante nuestros ojos las terribles rocas en las que habríamos naufragado con toda seguridad, de no ser por el banco de arena que nos retuvo como mano de la divina Providencia. Así, a veces, lo que creemos una gran desdicha nos protege del verdadero infortunio, y una pena menor evita otra más grande. Esta es verdad de muy buen uso en el amor.

Pero no había terminado aún nuestro padecimiento, porque se levantó un viento fortísimo que hacía imposible gobernar la nave, con lo que hubimos de echar el ancla para retener la galera, cosa que solo se consiguió con la quinta ancla. Esperamos entonces bien cogidos a los palos y a las cuerdas, escuchando con terror los crujidos de las cuadernas, pues era tan violento el temporal que parecía iba a soplarnos como a un montón de cenizas.

Vino el rey hasta donde nos encontrábamos Sant Jordi y yo: Senescal, dijo, ¿no tienes algún remedio para este aire, tú que tanto sabes de la ira de Dios? ¿Crees que puedan valer las procesiones del viaje de ida? Sin duda que no, respondí, que eran aquellas para otro orden de votos y con el fin de traer lluvia, lo que nos faltaba. Además, ¿cómo podríamos hacer para caminar en procesión con este viento? Nos empujaría al mar como a una fila de hormigas. Pues pensad un remedio, insistió, que no es bueno perder a toda esta gente ahora que casi la he puesto en tierra cristiana. Se me ocurre, añadí, que una peregrinación a Sant Benet de Bages podría valer contra este viento. Senescal, bien quisiera hacer ese voto, pero la reina, mi mujer, no permitirá que peregrine una vez me tenga en Barcelona. Hagamos una cosa, dije; prometed una navecilla de plata a San Nicolás, de buen tamaño, de buen precio, y yo mismo la llevaré en peregrinación a Sant Benet de Bages. Iré descalzo por compensar la diferencia de rango y calidad. El rey pensó un buen rato con el mentón en el puño y luego dijo: ¡hecho! Una hora más tarde cayó el viento. Acudió de inmediato el rey, me dio un espaldarazo y comentó: Senescal, sois más útil en el mar incluso que en la tierra. Pero yo pensaba para mí que el rey ya no me decía de tú, como en Tierra

Santa, sino de vos.

XLI. LA ISLA DE LAMPEDUSA

En Chipre cargamos agua fresca y víveres. Bogamos luego sin inconveniente hasta una isla que llaman Lampedusa en donde viven miles de conejos. Caminamos unos pasos por el monte, que es ralo y espinoso, para desentumecer las piernas, y advertimos una ermita adornada con olivos, higueras, viña y frutales, bien regados por un riachuelo con fuente. La ermita, en la que penetramos con mucha devoción, había sido cavada en la roca y blanqueada a la cal. Una hermosa cruz de tierra bermeja presidía la entrada. En el interior de la ermita había dos cuerpos humanos, ya viejos y podridos. Las costillas estaban enteras y los huesos de las manos reposaban sobre lo que fue el pecho. Ambos cuerpos miraban al Oriente, como en los enterramientos. El aire respiraba mucha tristeza, santidad y frescura. Como disponíamos de poco tiempo, cavamos las tumbas cerca de las higueras y rezamos por aquellos santos eremitas con un nudo en la garganta. Cuando nos hicimos de nuevo a la mar, el maestre advirtió que faltaba un marinero. El rey comprendió de qué se trataba y mandó aguardar hasta que un compañero dejara dos sacos de fiambre en la playa, lo que hizo nadando con un solo brazo. Bartolomé pidió a Mateu que cantara algo sobre este suceso, y así lo hizo con una canción que comienza diciendo:

Quiero ir morar al monte
solo, sin más compañía
que la tierra y su agua fría.

Es canción tristísima y todos lloramos gruesas lágrimas y nos la hicimos repetir por la noche.

XLII. DE CÓMO EL ABAD DE POBLET NOS ESPERABA EN LA ALMADRABA

Tras diez semanas de navegación gritó el piloto que veía la costa de Tarragona. Nos agolpamos a proa, excepto los más jóvenes que trepaban a los palos y bromeaban diciendo: veo a mi padre; y otro, veo a mi hermana. El día era muy limpio y fresco gracias a un viento del norte y pudimos ver, en efecto, la línea verde y blanca de la costa de Tarragona, que es tierra muy seca y poco poblada, aunque en otro tiempo fue tan rica y fuerte como el mismísimo imperio romano, al que le compraron sus templos y teatros, según contaba Bartolomé.

El puerto al que arribamos resultó ser uno que queda a pocas leguas de la ciudad de Tarragona y que llaman la Almadraba porque allí los sarracenos remataban a golpes los atunes capturados. El rey no quería entrar en ese puerto, que era del conde de Tarragona, primo y enemigo suyo. Sigamos hasta Barcelona, senescal, en donde podremos descansar, ¿no opináis lo mismo?, me preguntó. Aproveché la ocasión para contarle la historia de un pariente de mi madre que no quiso entrar en el puerto de Rosas por enemistad con el barón de Torroella, y naufragó dos leguas más al norte. Asustado por mi mal agüero el rey convocó consejo, pero todos fueron unánimes; parecía tentar al cielo seguir corriendo peligros en el mar, pudiendo pisar suelo cristiano. Así pues, fondeamos en el puerto llamado la Almadraba.

Busqué en mi corazón una emoción, una dicha, con la que saludar a nuestra tierra. Pero nada encontré. Se me habían entrado los desiertos del África en el alma. Muchos de mis compañeros, como yo mismo, se limitaban a mirar, ceñudos, la áspera tierra de algarrobo. No sentía nada; era como tener estopa en las entrañas. Pero de nuevo di en pensar que había un motivo para mi parálisis, y era ello que solo habíamos luchado en Mansura, y que luego fuimos juguete de la fortuna, de la desgracia, de la traición o del pacto, pero ya nunca más fuimos nosotros mismos, carne y sangre al asalto del enemigo. Comprendí que algunos hombres muy fuertes, como Sant Jordi, pueden vivir toda su vida con una sola batalla, alargándola eternamente como en una ensoñación. Pero para mí, que volvíamos con una guerra escasa y mucho cautiverio. La indiferencia y el desorden habían consumido tantas horas que con ellas voló nuestra juventud, y regresábamos a casa convertidos en viejos escaldados. Ahora, como se verá, comenzaba otra lucha; la de los viejos; la de la Corte.

Puede parecer cosa de invento, pero yo no cuento más que verdades; créalo o no aquel que me escuche, cuando desembarcamos nos estaba esperando el abad de Poblet, Ponç de Copons, acompañado del célebre apotecario Carulla, hombre frailuno y codicioso, siempre mezclado a cosas de curas. ¿Cómo pudo adivinar el abad nuestra llegada? Él afirmó haber sido informado por un vasallo que avistó las galeras y los gallardetes con las armas reales, pero yo no me lo he creído nunca. Lo más seguro es

que los espías del apotecario Carulla, cuyas redes se extienden hasta Génova y Venecia, tengan la solución del enigma. Pero si es así, nunca sabremos la verdad.

El caso es que allí estaba, recibiendo al rey con grandes muestras de alegría; le acomodó en una tienda riquísima, le obsequió un caballo que no bajaba de las doscientas libras, y se despidió por la noche pidiendo audiencia para la mañana siguiente, «con el fin de hablaros de mis asuntos cuando estéis reposado», según dijo, más zalamero y meloso que todos los sarracenos juntos.

Al día siguiente el rey recibió al abad y mantuvo con él una larga conversación, pero cuando el abad se retiró habló de esta manera: Señor, os ruego que contestéis a una pregunta. ¿Habéis escuchado con mayor atención y complacencia al abad por causa del caballo y el magnífico recibimiento que os ha hecho? El rey reflexionó con la mano en el mentón, según era su costumbre, y respondió: Sí, así es, le he atendido con más gusto por el regalo y el recibimiento. Pues mucho os recomiendo, le dije, que a partir de hoy prohibáis a vuestros consejeros recibir obsequios de cualquiera que tenga asuntos con la corona, pues corréis el peligro de que vuestros consejeros escuchen con mayor atención a quien más obsequios traiga y no a quien mayores agravios sufra. El rey me miró de hito en hito y luego se apresuró a prohibir a sus barones que aceptaran obsequios de quiera tuviese asuntos con la corona. Sin embargo, no devolvió el caballo, que era, en verdad, magnífico.

XLIII. DISCURSO DEL FRAILE JOAQUINITA

Cuando llevábamos una jornada de marcha lenta y calurosa, pues los caminos entre Arbós y Vilafranca son polvorientos, nos cruzamos con un fraile al que seguían las gentes en tropel. Era franciscano, de los que llaman joaquinatas, por haberse adoctrinado con un santísimo varón de la Italia llamado Joaquín de las Flores. El rey le pidió que hablara a su hueste y el franciscano, que era muy gordo y bermejo, comenzó a hablar con una voz de trueno: Me pedís que hable, pero os veo bien surtido de clérigos. Aquel, por ejemplo, o aquel otro, y aquel de allí que se esconde detrás del arquero. Muchos religiosos veo, señor, que han elegido por convento la Corte, y muchos hombres de Iglesia veo en vuestra compañía. Pero no es eso lo que dicen las Escrituras que debe hacer el hombre para salvar su alma, pues el clérigo no puede salvar el alma fuera del claustro, como el pez deja de vivir fuera del agua. Y no es la corte un claustro austero, pues yo he visto que allí se come mucha carne y se bebe vino muy fuerte y de mucho color. Y he visto que la corte atrae mercaderes, y allí donde hay mercaderes hay dinero para gastar, y allí donde hay dinero para gastar hay meretrices, y no son ellas las que más vergüenza inspiran, sino los clérigos que dejan el crucifijo en el pupitre y las visitan, para luego hablar contra el pecado desde el púlpito. Desconfiad, señor, de esos clérigos, que si no han tenido fuerzas para cumplir su vocación, es que son débiles, y del débil solo podéis esperar traición y latrocinio.

Así habló durante un buen rato, y yo me sentía muy satisfecho de oír aquellas palabras, pues los frailes y clérigos de la corte eran un sumidero de vicio y un pozo de avaricia, y es que los hombres sin mujer son de pésima vida y poco aseo de cuerpo y de alma. Eso mismo le dije al rey en cuanto terminó de hablar el buen franciscano. También a mí, me contestó, me ha complacido mucho; preguntadle si quiere venir con nos y acompañarnos a Barcelona. Pero, señor, contesté, ¿no acaba de condenar a los frailes que viajan en vuestra compañía? Decidle, insistió el rey, si quiere acompañarnos a Barcelona. Así que fui hacia el fraile y hablé en nombre del rey. ¡Antes me veréis muerto!, gritó colérico, levantando los puños sobre la cabeza, con lo que se le subía la sotana hasta las pantorrillas, que las tenía redondas como calabazas.

El rey se reía de mí, y también Bartolomé, al verme tan maltratado. Años más tarde supe que este fraile vive en un monasterio de Jaca, donde hace muy hermosos milagros las fiestas de guardar. Quise saber por qué se había empeñado el rey en proponer cosa tan insensata al fraile predicador. Porque los clérigos son viciosos, avaros y desaseados, me respondió, pero también hipócritas, y conviene siempre ponerlos a prueba; yo no confío ni en ese franciscano que tan santo parece.

XLIV. DE CÓMO LLEGAMOS A BARCELONA, Y DE LAS DESGRACIAS QUE ALLÍ AGUARDABAN AL AUTOR

Tras descansar una noche en Sant Climent, llegamos a Barcelona. La entrada fue muy ruidosa y festiva, pero estábamos cansados y de mal humor. No quedó nadie en su casa; todos querían ver la comitiva y tocar los faldones de la cota de armas real. Pero el rey estaba consternado y cabizbajo, sin consolación por las grandes desgracias sufridas que ahora, cuando todo había terminado, aún parecían mayores. Apenas atendía al sonido de los instrumentos de música y a los gritos alegres y un poco bobos de sus súbditos. El obispo Jaume Sarroca, hombre de piedra como su propio apellido, le increpó con violencia. Sabed, señor, le dijo, que perder el amor a la vida y la alegría de vivir es gravísimo pecado contra el Espíritu Santo. El rey trató de recobrar cierta jovialidad, pero por lo bajo yo le oía lamentarse de su suerte y maldecir el día de su nacimiento.

Al llegar a la sala del Tinell, en el palacio real, la que luego pintaron con nuestras andanzas por Tierra Santa, creí morir de emoción. Allí estaban todos los barones del reino y las grandes damas. Busqué ansioso a mi mujer, no por ella, pues nunca hubo entre nosotros aprecio, sino respeto y amistad, sino por mi hijo, pero no estaban allí. Sí estaba en cambio María de Montpellier. La que cuatro años atrás fuera la más hermosa doncella del reino, era hoy una dama tan noble de cuerpo y de mirada que parecía la reina, y bien podía aspirar a ser la esposa de un rey.

No llegué a entrar en la sala. Antes de que pudiera hacerlo acudió a tirarme de la manga mi mayordomo, a quien abracé con mucho cariño y lágrimas en los ojos. Traía malas nuevas; mi mujer no había podido acudir por hallarse postrada de muy grave mal. Pedí permiso al rey para viajar a Sils de inmediato y con una última mirada a María, quien ni siquiera había reparado en mí, salí al galope hacia mis tierras. Cuando llegué ya había fallecido; mi hijo fue el único consuelo que encontré después de tanto sufrimiento. Tenía mis ojos, pero lo poco que hablaba me recordaba a su abuelo, el conde Arnau de Cervelló, y me dije que mi primera tarea sería librarle de esa tutoría.

En tanto me reponía yo en mis tierras de Sils, el rey, que tan gran aprecio me había tomado, elevándome, como se ha visto, a uno de los cargos más codiciados de la corte, supo lo sucedido y que estaba yo viudo con un hijo pequeño, y comenzó a mover a sus gentes por ver de encontrarme una mujer. Consultó, como es natural, a Jordi de Sant Jordi, siendo como era mi confidente y compañero de armas, al cual se le mudó el color y quedó callado y comenzó a sudar. Yo he sabido todas estas cosas por la persona que luego os diré, pero son todas ellas ciertas y verdaderas y muestran cómo los hombres de honor aman a sus amigos.

Preguntóle el rey a Sant Jordi por qué no respondía, a lo que este replicó: Señor, es que sé muy bien cuál es la dama que vuestro senescal desearía por esposa y madre

de su hijuelo, y la emoción me ha cortado el aliento. El rey levantó los brazos: Me alegráis el alma, Sant Jordi, decid su nombre de una vez. Pero Sant Jordi no respondía. Estaban presentes todos los barones y las grandes damas y comenzó a oírse un murmullo por toda la sala. Entonces, Sant Jordi, como si hubiera tomado una resolución, dijo: Señor, dudaba en hablar porque la dama a la que os he hecho referencia está presente en esta sala, pero tengo razones para creer que también ella se alegrará de vuestra bendición. Señor, la dama que vuestro senescal desea por esposa es María de Montpellier. ¿Y está casada, preguntó el rey, esta María de Montpellier? La propia María avanzó un paso y con el rostro mirando al suelo para ocultar su palidez, dijo: No, señor, no estoy casada ni he querido compromiso ninguno antes del regreso de los cruzados, que es promesa que hice cuando partieron, la de casar con uno de ellos, y la he mantenido con gran disgusto de mi padre el francés. Habló con la voz muy quebrada y al borde del llanto, por lo que el rey dedujo que estaba muy emocionada por su próxima boda con el senescal de su majestad: Te prometiste a un peregrino, y un peregrino te concedo. Si tus padres así lo quieren, es mi deseo que te cases con nuestro senescal, hombre valiente y apuesto, cuyo consejo nos ha sido y seguirá siéndonos de la mayor necesidad. Si así lo haces prometo encumbraros a la altura de vuestros méritos y de mi cariño.

Mantuvo María el rostro bajo, y los más próximos la oyeron llorar. Luego el rey se dirigió a Sant Jordi: Y vos, que tanto habéis hecho por nuestro común amigo, seréis su padrino y os dotaré muy ricamente para ello. Deseo, además, que os ocupéis de la guardia y centinela de palacio y que ordenéis mi ejército como duque de Sant Jordi. Pero Sant Jordi interrumpió al rey hincándose de rodillas y habló de esta manera: Ya sabéis, señor, que quise permanecer en Tierra Santa cuando algunos caballeros emprendieron el regreso. También sabéis que fui el único que no pudo alegrarse y compartir el gozo de todos, el día en que tomasteis la resolución de abandonar Sidón. No era un afán desmedido de guerra y de matanza lo que así me hacía obrar, sino el deseo de ofrecer, a mi regreso, mérito y honor suficientes como para osar pedir un don a vos y a otra persona cuyo nombre debe permanecer callado. No creo haber conseguido lo que me propuse y nada tengo que ofrecer, excepto una herida que me desfigura el rostro. Así pues, no deseo seguir en la compañía de los hombres, ya que la tristeza me haría odioso a sus ojos. Os ruego, señor, que me dejéis partir a la isla de Lampedusa a vivir santamente de ermitaño, junto a aquel valeroso marinero que allí quedó cuidando de la ermita y del jardín. Quiero rezar y hacer penitencia en aquel lugar el resto de mis días, por la felicidad de las personas amadas y el engrandecimiento de la corona; y allí quiero reposar, en aquel suelo, y mirando al Oriente, en donde no hemos encontrado más que desdichas. Este es el humilde ruego que os hace un peregrino de vuestra hueste.

Todos los presentes tenían una tenaza en la garganta y el silencio pesaba como un sudario de piedra. Tampoco el rey quería hablar por miedo a que la voz se le quebrase, pero al fin, no pudiendo seguir callado con Sant Jordi arrodillado a sus

plantas, preguntó: ¿Y cuándo queréis partir a tan rigurosa penitencia, buen caballero? A lo que Sant Jordi respondió: Hoy mismo, mi señor. Entonces el rey, sin poder reprimir las lágrimas y hablándole más como a un hijo que como a uno de sus barones, le dijo: No puedo reteneros, pues vuestra petición es ejemplo y modelo para mí y para todos los que os hemos conocido. Id, pues, Jordi de Sant Jordi, despedíos de vuestros padres, partid con mi bendición y sabed que allí donde estéis llevaréis con vos las telas de mi corazón. Fue la escena tan dolida de ver que María de Montpellier cayó desvanecida; también hubo que sostener por los brazos al padre del joven, cuyos cabellos, con los que una vez puso en juego su honor, encanecieron de golpe.

Durante tres días y dos noches María permaneció como muerta y sin color, pero al tercero, su naturaleza, que es fuerte como la de una osa, la devolvió a la vida. Fue apareciendo una luz rosada en sus mejillas tal que si amaneciera, y ya al cuarto día lucía esplendorosa. Esto lo sé porque acudí al llamado del rey, fui informado de lo sucedido y cuidé de mi futura esposa de día y de noche. Sant Jordi ya había partido, dejándome como regalo su espada y un escrito que suelo leer todos los años el día de los muertos, deseándonos felicidad a María y a mí.

XLV. GRANDES SUCESOS DEL REY, Y ENGRANDECIMIENTO DEL REINO

Vino entonces un tiempo de bendición y riqueza. María parió todos los inviernos y mis bienes crecieron hasta hacerme uno de los barones más poderosos y pertrechados del reino. Mis hijos, entre vivos y muertos, llegaron a ser catorce; y de los vivos, ni uno solo se apartó de la senda caballeresca. Todas las noches, sin que olvidáramos hacerlo ni una sola vez, rezábamos por Sant Jordi; también bautizamos con ese nombre al primogénito de María.

El rey no encontró oposición para engrandecer sus tierras, y no tuvo otro tormento que los clérigos, cuya audacia sometió a duras pruebas. En una ocasión el obispo Jaume Sarroca, a quien con el paso del tiempo se le había afilado tanto la boca que más parecía tener hocico, logró juntar todo el poder eclesiástico en su persona y trató de socavar la autoridad real para aumentar la suya, eligiendo como argumento las ejecuciones de excomulgados. La escena culminante fue un discurso de monseñor, en la catedral de Barcelona, ante el rey reunido en consejo. En aquella ocasión Jaume Sarroca dijo: Señor, la religión decae en nuestro reino por causa de vuestra desidia y pereza en reprimir al enemigo de la Iglesia. Ya nadie teme la excomunión, que es el arma más poderosa y como si dijéramos el fondafuste del clero, porque no ordenáis a vuestros alcaides y sargentos que obliguen a los condenados a dar satisfacción a la Iglesia. Os requerimos el cumplimiento de vuestra obligación, y a que forcéis el pago de sus penitencias a los excomulgados, no vayáis vos mismo a ser reo de esa pena.

Se escuchó un gran murmullo de voces en la sala, pues todos comprendían la amenaza de aquel eclesiástico rufián y avaricioso. Pero el rey, imperturbable, se levantó y dijo muy brevemente: Así lo haré, en cuanto pueda ver vuestras sentencias para juzgar si son buenas o malas. Lo que desconcertó a Jaume Sarroca, el cual esperaba una defensa y no un ataque. Pero, señor, balbuceo, no tenéis derecho alguno en lo tocante al fuero eclesiástico; no podemos daros a juzgar esas sentencias porque son casos que ya hemos juzgado nosotros, y si juzgáis vos, ¿para qué juzgaríamos entonces? El rey se puso nuevamente en pie, lo que era muy extraño en él, que siempre hablaba sentado: Eso mismo os digo yo a vos, señor Sarroca, que no me pidáis nada de lo que atañe a mi propio fuero, ni que obligue a los excomulgados con mis sargentos y alcaldes a ganar la absolución, pues si así lo hiciera actuaría contra la ley de Dios y contra el derecho, forzando a las gentes por delitos que desconozco.

Aquella decisión fue un verdadero terremoto y a punto estuvieron los obispos de excomulgar también al rey, pero no se atrevieron porque, de hacerlo, perdían ya toda esperanza de que el rey forzara algún día a los otros excomulgados. Y esta decisión la tomó el rey muy a tiempo, pues poco después los obispos bretones excomulgaron al duque de Bretaña para quedarse con sus tierras y la curia romana, en cambio, le dio

por absuelto, lo que nos causó enorme alegría, y una color amarilla en los obispos.

Otra gran reforma del rey fue la siguiente: era ello que el cargo de Justicia Mayor, en la ciudad de Barcelona, se adjudicaba por venta a los burgueses que pujaban por él. Malo es siempre que los cargos públicos estén en manos de los ricos, pero mucho peor en este cargo que en todos los otros, pues tras el inmenso pago, el Justicia debía resarcirse y solo fallaba a favor de quienes podían obsequiarle ricamente. Así que la justicia de Barcelona solo era buena para los ricos, y los pobres pasaban grandísima penalidad. Pero cuando hay rapiña y el pueblo pasa miseria, se multiplican y crecen los ladrones, pícaros, ribaldos y demás canalla. Llegaron las cosas a estar tan malamente que Barcelona era un zoco para el latrocinio de los ricos burgueses, asistidos por un ejército de criminales, ladrones y bandidos. Pero abolió el rey la venta del cargo, se atribuyó la designación del mismo en adelante y puso como primer Justicia del Rey a Bernat d'Entença que era el mejor hombre y de mejor alma del reino. Volvió la paz a la ciudad; sus hordas de mendigos y criminales desaparecieron; los mercados volvieron a florecer y la prosperidad de los pequeños afianzó la riqueza de los grandes.

Hizo la paz con todos sus vecinos de Provenza, de Ampurias, de Urgell y de Pallars. Firmó un tratado con el rey de Inglaterra y casó dos de sus hijos con princesas inglesas muy rubias, muy blancas y muy aficionadas a beber. Con los franceses se mantuvo distante, pero tengo para mí que más era debido a la antipatía que sentía hacia los modos de hablar y de vestir de nuestros peculiares vecinos, que por razones de estado. En fin, acrecentó y pacificó el reino como en ningún otro siglo se había visto.

XLVI. DRAMÁTICA DECISIÓN REAL, Y SUS CONSECUENCIAS

Al cabo de quince años el rey ya no sabía en qué emplear su tiempo. Todo lo había hecho y todo lo había hecho bien, menos una cosa, una sola cosa que le atormentaba el ánimo. Así que decidió cruzarse de nuevo y así lo anunció cuando nadie lo esperaba.

Sucedió durante la Cuaresma de 1267. Todos los barones del rey recibimos orden de acudir a Barcelona, sin más explicaciones. Estaba yo con unas fiebres cuartanas y traté de excusarme, pero el rey insistió en que debía presentarme sin falta, así que viajé con gran incomodidad en unas angarillas y llegué a Barcelona en peor estado y vomitando una liebre que había comido aquella mañana.

El rey convocó el consejo en la catedral y allí pude oír las primeras palabras sobre la cruzada, que hasta creí estar soñando. Un caballero, próximo a mí, habló de esta manera en voz muy baja: Si el rey inicia otra cruzada será un día nefasto para todos, pues si no nos cruzamos con él perderemos su estima, pero si nos cruzamos cometeremos pecado mortal porque lo haremos por temor al rey y no por amor a Dios. Allí mismo se cruzaron el rey y sus tres hijos.

En mi opinión, quienes empujaron al rey a esta segunda cruzada son reos de traición porque estaba el reino en paz y próspero, pero en cuanto se ausentaron el rey y sus fieles, todo comenzó a declinar. El rey me pidió que le acompañara, pero mi salud estaba tan quebrantada que no pudo ser, juro ante Dios que, de haber podido, con él habría embarcado, aunque no fuera más que por evitarme la vista de las luchas que su partida originaba. A dentelladas fueron barones y obispos, a despedazarse como perros, y tuve el mayor trabajo de mi vida por mantener en su sitio a la reina.

El rey, viendo que no podría acompañarle, me miraba con afecto y me palmeaba el hombro. No olvidéis visitar Lampedusa, le dije. Ya pensaba hacerlo, me respondió. Antes de embarcar, mi mujer entregó al rey unas huesas de cuero altas, fuertes y calientes, pues, dijo, es el calzado lo más difícil de coser o construir, y en el invierno se sufre mucho del frío en los pies. El rey prometió entregárselas a Sant Jordi de su parte, si le encontraba vivo, añadió con voz muy suave. Los tres dimos en llorar, pero a mí volvió a atacarme la tos y hubieron de retirarme a cubierto. Estábamos ya viejos. No era tiempo para cruzadas.

Partieron un día gris, frío y desapacible. No voy a hablaros de ese viaje porque solo hablo de lo que he visto, pero todos nuestros presentimientos se cumplieron. No bien hubieron llegado a Túnez, y delante del castillo de Cartago, el rey tuvo un flujo de vientre que le dobló por la mitad, como si le atravesara un venablo. Aquella noche sus hijos creyeron que moriría, por lo que ordenaron le fuera administrada la extremaunción.

En Lampedusa habían encontrado tres tumbas con cruz, y un muerto ya desecado, en el suelo, mirando al Oriente. Por las ropas no fue posible saber quién murió antes, si el marinero o Sant Jordi, pero en la tierra, antes de morir, el último superviviente había escrito: Ave María Gratia Plena. Y dado que el marinero no sabía escribir, dieron en pensar que se trataba de Sant Jordi. Pues bien, mientras le untaban los sagrados óleos, el rey suspiró profundamente y dijo: ¡Lástima no poder reposar junto a Sant Jordi! ¡Qué buena compañía es aquella! ¡En verdad, hijos míos, que no hay amigos como los de la juventud! Luego dio órdenes para que le acostaran sobre un lecho de ceniza, cruzó las manos sobre el pecho y entregó su alma a Dios. Coincidió en que era el día de San Bartolomé de 1270, por cuya causa cambié el nombre de mi fiel Bartolomé y quise darle el de Guillem, pero no hemos podido acostumbrarnos, y es que el hombre, a partir de los treinta años de edad es como la madera vieja, muy dura pero sin substancia.

También el legado había muerto de flujo, por lo que fueron los hijos del rey quienes ordenaron hervir el cadáver en agua y vino para separar la carne de los huesos. Su hijo mayor guardó el corazón y las entrañas, con el fin de enterrarlas solemnemente. Los huesos del rey fueron recogidos en un cofre y reposan en la catedral de Barcelona. Tuve la suerte de poder entregar el reino intacto a sus hijos, cuando regresaron con su triste carga, pero fui separado de mi puesto, y lo agradezco, en vista de cómo andan hoy los asuntos públicos.

XLVII. EL AUTOR EXPONE UNA ÚLTIMA Y ESCONDIDA RAZÓN QUE LE EMPUJÓ A ESCRIBIR ESTA CRÓNICA

Poco tiempo después de que los huesos del rey fueran sepultados en Barcelona, tuve un sueño. Le vi alto, gallardo, joven, como en los tiempos de la peregrinación, paseando por mi huerto de Sils; a su derecha caminaba Sant Jordi, muy alegre y sonriente por su cicatriz; a su izquierda iba yo, orgulloso de recibir al rey en mi casa. Señor, dije, cuánto me gustaría que os quedarais aquí, conmigo, para siempre. No puede ser, me respondió; debo permanecer en donde estoy ahora, pero bien podrías, mientras te esperamos, contar a las gentes de nuestra tierra lo que batallamos entonces, y que no siempre una derrota es un fracaso y un pendón. Cuéntales, cuéntales, lo que son los años de juventud y de guerra.

Y ahora ya sabéis la cuarta y última razón que me ha llevado a escribir estos recuerdos que son todos verdaderos, en memoria de los grandes hombres que me precedieron en el camino de la eternidad, donde espero encontrarles algún día no muy lejano. Amén.

Sils, año de gracia de 1309, en el mes de octubre.